

928
Val.

23

GUILLERMO VALENCIA

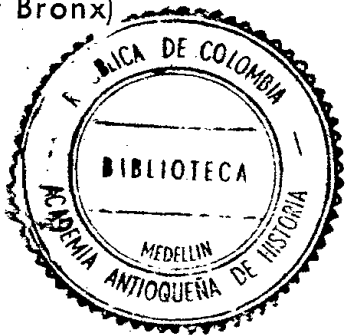
ACA

0979

Discursos y
Páginas Históricas

(Precedido de la Biografía del poeta por el
Dr. Humberto Bronx)

11



Colección ACADEMIA
ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

0562

PROLOGO

Grande, entre los grandes poetas de habla española es el inmenso Valencia, gloria inmortal de las letras colombianas. Por este aspecto es un incomparable colombiano, un americano glorioso, un hombre continental. Varios de sus poemas han sido traducidos a diversos idiomas y sigue leyéndose por cuantos hablan español y son capaces de extasiarse ante la serena majestad de la belleza. Sus poemas son como monumentos eternos que han quedado en el palacio de la literatura universal española, para ser admirados por los hombres.

Como fue también un católico convencido, sin subterfugios ni cobardías, pudo decirle en carta a su amigo Daniel Gil: "es preciso persuadirse de que nada se escribe bien y nada se hace bien si no se cree bien en Dios". Y la vena religiosa llevó sangre de amor a Dios, a los misterios de la religión, al interrogante angustioso del más allá, la eternidad, ya que fue también, ante la suprema Majestad de Cristo Dios, un mendigo humano en demanda de lo infinito en que creyó, esperó y murió. Es significativo que haya leído y estudiado con profundidad y tengamos ya varios estudios sobre su obra, hechos por universitarios, aun extranjeros, con el fin de obtener lauros académicos. Basta recordar a un doctor payanés, cuyo nombre se me escapa en este momento, que hizo estudio profundo sobre su "Canto a Popayán", para su grado de Doctor en Filosofía y Letras; otro de la señorita Ana Rosa Mena Betancur, de la Universidad Javeriana (1964) titulado por ella "Guillermo Valencia, Ritos y el poeta" y últimamente Stanley W. Connell de la Univer-

sidad de Minesota otro sobre "El Cristianismo en la poesía de Guillermo Valencia".

Caro, ya en sus postrimerías, alcanzó a leer de Valencia con cierta sorpresa y asombro, algunas de sus audacias modernistas. Gómez Restrepo pudo decir de él, desde su orilla clásica: "Nació Valencia predestinado para cultivar este arte, nervioso, sugestivo, enamorado de las bellas y voluptuosas apariencias, fruto de una sensibilidad aguzada hasta tal punto que toca los límites de lo excepcional. Lo fascinan las visiones artísticas y sangrientas; la lucha del amor y de la muerte, cuanto en la naturaleza y en la historia pueda conmover los nervios y hacer flotar una mancha roja ante los ojos. Reviste las cosas con el manto de púrpura de su fantasía. Si sus poesías originales son bellas, no menos lo son sus traducciones; en las cuales reproduce, no sólo la palabra sino el espíritu del original, dando a inspiraciones extrañas carta de ciudadanía de nobleza en nuestra lengua".

Desde 1953, cuando fui elegido correspondiente de la A. A. de Historia, debido a mi cuarta obra publicada, "Biografía crítica de Caro, Cuervo, Suárez, Carrasquilla y Gómez Restrepo", pensé en lo patriótico y conveniente que sería para esta institución, sumarse a la obra de cultura colombiana, con la fundación de una serie de volúmenes históricos. La idea puede realizarse, cuando en 1964 fui elegido Presidente. Con el feliz resultado de gestiones para obtener auxilios permanentes para la Academia, tanto de parte de la nación como del departamento, procuré hacer realidad, esa ilusión. En los cuatro años durante los cuales presidí la Academia, se publicaron tres números anuales del Repertorio; un tomo con el Índice general y técnico de veinte volúmenes del mismo y 9 folletos históricos. Al entregar la presidencia al Dr. Guillermo Jaramillo Barrientos, hace poco tiempo, ya tenía en la imprenta, como Director de la revista y de las publi-

caciones de la Academia, los originales, de dos volúmenes más; el N° 10 "Antonio Gómez Restrepo y otros ensayos" y "Discursos y Páginas Históricas de Guillermo Valencia", precedido de una biografía sucinta del inmenso poeta hispanoamericano, grande entre los grandes de Colombia que avasalló mi inteligencia de adolescente, cuando me aficioné a la poesía y a la literatura, en los años de mis estudios.

Para documentarme sobre el Maestro tuve en mis manos las siguientes obras: "Guillermo Valencia" por Alberto Duarte French, (1.941) publicado antes de morir el poeta; "Valencia", por Manuel Serrano Blanco (1.945) editados en Bogotá y Bucaramanga respectivamente. Leí con mucho cuidado los estudios que sobre él realizaron Rafael Maya en "Consideraciones Críticas sobre la literatura colombiana" y "Estampas de ayer y retratos de hoy"; René Uribe Ferrer en "Modernismo y poesía contemporánea" Medellín 1.962; "El Cristianismo en la poesía de Guillermo Valencia" de Stanley Connell, de la Universidad de Minesota, traducido por C. López Narváez y publicado en los números 5, 6 y 7 de 1.967 del "Boletín cultural y bibliográfico" de la B. L. Angel Arango, de Bogotá. Hablé con varios admiradores de Valencia, que lo conocieron y visitaron, con algunos doctores de Popayán y me valí de una colección de artículos de prensa, del gran poeta, publicados por él en las postrimerías de su vida en su hoja "Claridad" de Popayán.

Varios escritos que aquí publico, no han sido incluidos en ninguna de las colecciones en prosa que sobre Valencia se han hecho en el país. Transcribo apartes de la "Autobiografía" o reminiscencias hechas a Luis E. Osorio por el Maestro. La Biografía que he realizado sobre Valencia es necesariamente incompleta, por cuanto me he propuesto únicamente vulgarización de algunos aspectos y hechos de su vida. También es muy fragmentaria la selección de sus escritos. La

índole de los folletos y su finalidad, es dar una síntesis en volumen pequeño de ciertos hombres representativos.

Se ha dicho que Valencia no ha tenido discípulos ni imitadores, ni podía tenerlos, porque las cualidades de su poesía dependen de su idiosincrasia poética y de su constitución artística. Además, es el poeta de más copiosa y selecta cultura.

Lo más grandioso de su primera época de plena juventud soñadora, apasionada, estudiosa y sedienta de saber, fue escrito en Bogotá a fines del siglo XIX. Así se expresa el propio Valencia:

“Bogotá era entonces la Santa Fe de los entusiasmos literarios. Se llegaba a sus calles empedradas y sus casonas españolas después de varias jornadas de mula; pero bajo los anchos aleros andaba una juventud que consideraba las letras como una de las más atractivas ocupaciones humanas. Entonces conocí a mi maestro queridísimo Sanín Cano. Era la figura intelectual más prestigiosa de la ciudad y su primer erudito. En torno suyo nos reuníamos todos los muchachos ansiosos de saber, cualquiera que fuese el grupo porque había dos cenáculos que se diferenciaban, tanto por la orientación literaria como por la tonalidad de la vida; el círculo bohemio y alegre de Julio Flórez, Enrique Alvarez Henao, Jorge Pombo y el grupo retraído, al que yo me acercaba, en el que intimé con Víctor M. Londoño, Max Grillo, Aquilino Villegas. Todos acudíamos a casa de Sanín, que era nuestra basílica intelectual. Allí el maestro nos informaba sobre las corrientes literarias de Europa y nos abría los ojos a las firmas más prestigiosas del viejo mundo en aquella época. Sanín no circunscribía su inquietud, a la mentalidad francesa e inglesa, sino que penetraba en ese gran horizonte de pensamiento de los filósofos alemanes. Aquella fue la época definitiva de mi carrera literaria. Todos ansiábamos producir y superarnos,

porque a más del halago de producir una poesía o una novela, estaba el de sentirse aplaudido y admirado por una muchachada que vivía para el arte y lo consideraba ocupación de inmortales.

“Antes de venir a Bogotá ya había publicado yo varios poemas; pero casi toda mi obra inicial, todos los versos de ‘RITOS’, los escribí en la fiebre de aquellos años de vida bogotana. Comencé con el soneto ‘Decadencia’ seguí con ‘Ovidio en tome’ y ‘Las Cigüeñas’ y después vino el impulso incontenible de creación, estimulado por el aplauso y por la crítica que provocaban las audacias inusitadas. En 1.897 escribí Anarkos para recitarlo en un concierto de beneficencia.

“Terminaba el siglo pasado cuando se me abrió un nuevo horizonte: el viaje a Europa.

El General Reyes, nombrado Ministro de Colombia en París, me llevó consigo como Secretario. Hay que pensar lo que eso significaba para una persona como yo, que tenía fiebre de lectura y estudio y que, a pesar del íntimo contacto con Sanín Cano, sólo podría asomarse a Europa a través de la librería de Jorge Roa.

“Comencé a asimilar cultura con verdadera furia. Quería saber de todo y en el afán de abarcar cuanto fuese posible perdía la noción del plan. Temeroso de que la oportunidad fuera corta, vivía día y noche en los museos y bibliotecas, oía a todos los catedráticos de la Sorbona, cualquiera que fuese su materia: ciencias políticas, medicina, helenismo. A veces mi cabeza trataba de estallar. Procuré al mismo tiempo relacionarme con todo lo que había de ilustre en las ciencias y las artes y penetré en el alma francesa a través de cada uno de sus grandes hombres. Un día dejaron de llegar los sueldos de los secretarios. Había estallado la guerra de los mil días y el fisco de la república no estaba para lujos diplomáticos. Tuve que regresar a Colombia”.

“La visión de Europa y la influencia de sus emociones y pensamientos me había elevado sobre las pasiones locales. Pero sentí que el destino me ordenaba un rumbo distinto del que tomé en los últimos años del siglo que quedaba atrás. . . . Sentí lo que se experimenta en la niñez cuando termina el recreo y nos llaman a la tarea árida. Acepté entonces la jefatura civil y militar del Cauca”.

La primera edición de “RITOS” fue publicada en 1.899 en Bogotá, en un tomito estrechísimo y alargado, que leí en mi adolescencia y todavía recuerdo porque con él aprendí de memoria varios de sus poemas.

UN HIJO DE ANARKOS Y OTRO DE CIGUEÑAS

Guillermo León y Alvaro, dos de los hijos de Valencia, tienen ideas diametralmente opuestas en política. Sobre esto, cuenta el poeta Carlos López Narváez, secretario privado por diez años de Valencia y a quien llamaba él “mi D’Artagnan” y ‘mis tres mosqueteros’ a los dos hijos arriba nombrados y a su secretario, lo siguiente: Estaban ya Alvaro y Guillermo León en edad de tomar partido. Alvaro Pío estaba para contraer matrimonio y al preguntarles su padre por sus ideas políticas, Guillermo León afirmó;

—Yo soy conservador como tú, papá.

—Y tú, Alvaro?

—Pues yo papá, tengo ideas muy avanzadas. A mí me desesperan los abismos entre las clases sociales; que haya tantos pobres y tan pocos ricos; que a la gente se le digan tantas mentiras para obligarla a permanecer en su miseria; en fin. . . .

—Pero eso suena a comunismo.

—Exactamente papá.

Y el Maestro remató con su fina ironía;

—Ve Alvaro, ya conseguiste quien te quiera; lo que ahora necesitas es buscar quién te crea.

Guillermo León apunta sobre esto: Lo que pasa es que Alvaro es hijo de Anarkos y yo de Cigüeñas Blancas”.

Job. Sanín Cano afirmó que este poema había sido escrito por Valencia en época de depresión por sus fracasos políticos. Carlos López Narváez, conecedor profundo de la vida de Valencia, por haber sido su Secretario y por el culto que ha mantenido a su memoria, con gran erudición y entusiasmo, cuenta así su origen. “En diciembre de 1.926 se hallaba en Popayán el violinista Dalmau. Para su despedida de la ciudad, resolvió acudir a Valencia en solicitud de que lo apadrinara con una recitación poética. A Dalmau le había ido mal pecuniariamente. El Maestro dióse al punto a la tarea de ofrecer algo inédito, presentado por primera vez por él mismo y especialmente elaborado para aquel acto., cuyo producto, en parte era para beneficio de un leprocomio. Este el motivo inmediato para que escogiera el asunto del poema. Job, el leproso. En menos de cuatro horas surgió el poema de más honda sabiduría y más armonioso fervor valenciano: Las Dos Cabezas. Fue uno de los poemas favoritos del propio Valencia, en cinco sonetos, inspirado en sendos episodios del A. y del Nuevo Testamento, compuesto en 1.901 y que mantenía muy bien memorizado para recitar en auditorios ceremoniales o en círculos familiares, pues el Maestro fue gran recitante y muy condescendiente. A varios que lo oyeron recitar, les he oído encomiar sobremanera la gracia y la vida que infundía a su propia obra, con el poder mágico de su mirada, su acción y las cadencias de su voz. En una tertulia familiar en casa de Juan Fríde en Bogotá, con intelectuales y damas, éstas le pidieron al Maestro que recitara Las Dos Cabezas. Valencia accedió y comenzó con este preámbulo:

“Es exquisito avasallarse a tan luciente y señorial demanda: diré, pues, Las Dos Cabezas. Para cap-

tarlo mejor voy a permitirte un breve preámbulo. El poema está calcado sobre la teoría Hobbesiana así: Tesis; Judith, mujer virtuosa, mata a Holofernes, hombre vicioso; Antítesis: Salomé, hembra viciosa, mata a Juan el Bautista, varón virtuoso; Síntesis (y acompañando las palabras con el ademán que indica degüello): Señoras, con vuestras lucentísimas mercedes no hay escapatoria”....

El tema de Juan el Bautista lo empleó en tres poemas Valencia; el primero, compuesto en el Seminario de Popayán, ha desaparecido o está perdido; el segundo, en Las Dos Cabezas y el tercero en el Desdén Trascendental que comienza con la presentación que hace Salomé de la cabeza del Bautista a un pretor griego, y le contesta: La tuya Salomé, yo querría. Y al despuntar el día un esclavo le presenta la cabeza de Salomé, enamorada del pretor. Este mandó sin emoción llevarse aquella cosa, para seguir su lectura de Platón.

ACADEMICO DE LA LENGUA

En 1.920 fue elegido para un sillón de número en la Academia Colombiana de la Lengua. Honor similar recibió de muchas corporaciones extranjeras, como el Ateneo de Madrid, La Sociedad de Gentes de Letras de Francia; la Sociedad de Letras y Artes de Honduras y otra de Alemania.

OBRA EN PROSA

La obra en prosa se integra de estudios críticos, oraciones académicas, Discursos o Panegíricos a grandes hombres, artículos necrológicos, polémicas literarias, discursos parlamentarios y labor periodística y epistolar. Esta última muy constante y muy intensa en Popayán, en diarios capitalinos y en revistas. Usó seudónimos como los siguientes: Juan Lanás, Matusalén Anarkos, El Vengador de Wilde.

La producción en prosa, a diferencia de la poética, que Aguilar (1.951, 52 y 55) publicó casi completa, no ha sido recogida editorialmente. El país ha esperado que alguno de sus hijos al menos, se proponga hacerle ese homenaje póstumo a su padre, que el lector colombiano y la literatura agradecerían. Pero no son escritores, ni publicistas y esto requiere vocación. Sin embargo, creo que nadie, fuera de ellos, podría recoger cuanto su inmenso padre produjo, para que alguna editorial se encargara de esa publicación. Que yo conozca, se han publicado: "Panegíricos y Discursos" de la editorial Zapata de Manizales y "Oraciones Panegíricas" (Vol. 25 de la Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá, 1.952).

El Cristianismo en la poesía de Guillermo Valencia. Me ha llamado la atención la publicación en los últimos años, de dos estudios de autores yanquis, de habla ajena a la nuestra, sobre dos cumbres literarias colombianas: Guillermo Valencia y Tomás Carrasquilla. Y en ambos el objeto ha sido la religión católica y su influjo en las obras de los respectivos autores. John Wayne Creene, de la U. de Lousiana, publicó para optar el título de Master de arte "El tema de la religión en varias obras de Tomás Carrasquilla", y Stanley W. Connell de la U. de Minesota, "El Cristianismo en la poesía de Guillermo Valencia". Una lectura muy concienzuda y un análisis muy certero y con admirables anotaciones y penetración en el alma de Valencia, a través de sus poesías y traducciones, revela este magnífico estudio vertido al español por C. López Narváez. De los poemas originales, dice Stanley, 31 tienen carácter religioso; y dentro de los óptimos poemas suyos, los más perfectos, la proporción de los religiosos se destaca patentemente mayor, así en cantidad como en elevación. Para refrendar, dice él, ésta apreciación, está la muy autorizada antología Poemas de Colombia, conformada por la Academia Colombia-

na de la Lengua, en la cual figuran 15 poemas de Guillermo Valencia, todos originales, escogidos por el voto de los miembros de la corporación. De estos quince, siete son de tema esencialmente religioso. Advier- te también Stanley que otro índice de la significación del cristianismo de Valencia en su obra de poeta, es el propio concepto y juicio sobre su credo y principios católicos: siempre y dondequiera se abordó el punto declaraba que el poema de sus predilecciones era San Antonio y el Centauro, el que, con Las Dos Cabezas, Anarkos y El Artista integraban el grupo de los que mantenía en impecable memoria. Y 3 son esencial- mente religiosos. Incluyen temas históricos de ambos Testamentos, poemas de filosofía cristiana y de ética y apologética, poemas glorificantes de Cristo, María Santísima y de los Santos. Por parte alguna, en forma alguna, se encuentra sombra siquiera de duda valen- ciana sobre la existencia de un Dios todo Poder, todo Justicia, todo Esperanza, todo Misericordia; ni vacila- ción alguna frente a las doctrinas de la fe católica. Concilió así en su espíritu como en su corazón, la ra- zón y la fe; por ello no sintió jamás la torturante an- gustia de Unamuno. Y en sus discursos también se no- ta un catolicismo sincero, profundo, sin vacilaciones, sin subterfugios, sin cobardías, sin concesiones a la heterodoxia. Defensor fue integérrimo de la moral. Y es sintomático el hecho de que tanto la primera como la última poesía, fueron inspiradas por la religión: A San Juan Bautista y Ofrenda, inspirado por la Pri- mera Comunión de una de sus nietas, poco antes de morir. "Mater Christi" compuesto a instancias de Mon- señor González, fue publicado meses antes de su muer- te, cristiana, ejemplar y con todos los sacramentos re- cibidos en pleno uso de sus facultades, pues el cáncer que le arrebató la vida, le permitió hasta el final clarividencia mental. Comulgó fervientemente duran- te los últimos días.

“Escribió también poemas de filosofía y de moral cristianas con el pensamiento de la muerte, la eternidad y el más allá. Día de Ceniza, Codicilo y Sursum. Acosta Polo llama el poema Día de Ceniza, uno de los que más sugerencias encierra sobre la actitud de Valencia ante la vida: Y habló sobre mi mente la ceniza —para decirme que la sima oscura— recogerá tras la sangrienta liza—los restos de mi ajada vestidura— y entre la gruta de los negros hados—en el regazo de la noche ciega—seco montón de huesos desatados— verá la luz si a acariciarme llega—.

En tres categorías distribuye Stanley la poesía religiosa de Valencia: a) poemas histórico-religiosos; b) poemas que expresan ideales y ética cristianos; c) poemas de alabanza y de plegaria. De poemas históricos religiosos analiza doce inspirados en personajes y en hechos bíblicos: siete del A. Testamento y 5 del Nuevo.

Es acertada y magnífica la interpretación que hace de LA BALADA DEL POZO elaborado por Valencia en 1.932, inspirado en una parábola oriental cuya lección apologética es la de buscar y esperar a Cristo como suprema respuesta a nuestras necesidades, al Redentor que siempre está esperando, dondequiera al hombre pecador para redimirlo de sus culpas. Cuando los hombres dejen de abreviar en pozos de iniquidad, volverán a los manantiales de la vida eterna. El Emir-Dios, el Pastor-Cristo y el rebaño de caballos-la humanidad.

Y ha veinte siglos que el Rabino
dulce pastor del hombre fiero,
piensa ante el pozo cristalino:
“Aquí llegarán y aquí espero.

El “pastor haraposo” con su negro cayado nudoso, cegó los pozos del desierto a los caballos, felices en

su libertad y . . . se acordaron, enloquecidos de sed, de los pozos del emir, y regresaron.

Es imagen del hombre, ese rebaño de caballos fieros que se ausentan o se apartan de Dios, buscando el desierto de las locas alegrías del vivir sin moral, cuando la tempestad de la juventud los ahuyenta. Cristo, ciega los pozos de la iniquidad, es decir, pone amarguras sin fin en los vicios y en los deleites. Entonces el hombre fiero, muerto de la sed de la paz y de la auténtica felicidad, la de la infancia tranquila y sin pecados, regresa buscando la fuente de aguas vivas y busca y ama a Cristo y sigue sus enseñanzas.

Que anduvo errante por tres años
sembrando amor con manos tiernas
que hablaba al pueblo sin engaños,
desde el brocal de las cisternas

Y que una vez le dijo al mundo
"Yo soy la fuente de agua viva"
Y el que lo oyó, gustó el profundo
sabor de un agua no sabida.

Sobre "ANARKOS", compuesto por Valencia a los 24 años, dice Stanley: sorprende la madurez de conceptos a esta edad, pues Valencia, enemigo de la violencia, que no hace más que destruir, señala que el padecer humano sólo puede remediarse con la Fe y con la más o menos rápida evolución de leyes y estructuras, inspiradas en las doctrinas de León XIII. Valencia mantuvo y recitó con nítida memoria a todo lo largo de su vida, este poema predilecto de la gran masa colombiana y americana.

En un Tranvía de Medellín. López Narváez cuenta la siguiente anécdota de Valencia sobre este poema; En 1.930 o 31 vino Valencia a Medellín. Después de la recepción al príncipe de la poesía colombiana,

dos veces candidato, comenzaron a dispersarse los notables y los intelectuales, que casi nunca van juntos. Valencia aprovechó esto para escurrirse solo. Tomó tranquilamente un tranvía y se fue al barrio Aranjuez y recorrió esas calles como cualquier turista del montón, solo. Ya casi a las 9 de la noche tomó nuevamente el tranvía para regresar a su hotel. El vehículo andaba casi sin pasajeros y el maestro se sentó en uno de los últimos puestos. Por los lados del Bosque de la Independencia hubo cambio de motorista y el que iba al timón se dirigió como pasajero al fondo y se sentó al pie del poeta.

—Para mí es muy honroso sentarme aquí, al lado suyo, porque Ud. es el mismito Guillermo Valencia. No lo puede negar.

—Sí, soy Guillermo Valencia.

—Dígame una cosa, maestro; Ud. se sabe el poema "Anarkos" de memoria?

—Pues, hombre, yo creo que sí.

—Vea maestro, es para que me lo tome, porque yo sí lo sé completo.

Y el poeta de "Anarkos" siguió hasta el Parque de Berrío en destartalado tranvía con el acompañamiento musical de uno de sus mejores poemas.

En los poemas de alabanza y de plegaria, Stanley coloca los que Valencia dedicó a Jesucristo, la Ssma. Virgen, San Antonio, San Francisco, Santa Teresa de Jesús y a algunos ministros y prelados del culto católico.

Final. Y aquí termino este Prólogo, que me resultó desordenado, porque cuando tenía ya todo listo para la impresión definitiva de mi biografía corta sobre Valencia, el altísimo poeta colombiano a quien me propuse honrar con mi esfuerzo, vino a mis manos por conducto del columnista J. Michelín de "El Correo", gran admirador del poeta y gran amante de los libros y de la literatura, un reportaje que él le hi-

zo a Carlos López Narváez y el estudio admirable de Stanley W. Connell, del que he entresacado algunos apartes.

Cuando yo tenía 12 años leí de puño y letra, del maestro, este pensamiento, en el álbum de La Casa de Córdoba, en El Santuario:

“Córdoba es la cifra y compendio de la gloria militar posible. Antioquia que dio al héroe por antonomasia puede ufanarse de haber creado la categoría de lo sublime en la acción. Sus mismos pies borraron el camino que dejó a su espalda y sobre él está escrito: Imposibilidad! Hoy podría yo plagiarle ese pensamiento así: “Valencia es la cifra y compendio de la gloria literaria posible. Colombia que dio al poeta por antonomasia, puede ufanarse de haber creado la categoría de lo sublime en el arte. Sus mismos pies borraron el camino que dejó a su espalda y sobre él está escrito: Imposibilidad!!

Humberto Bronx

GUILLERMO VALENCIA

El maestro Guillermo Valencia nació en Popayán el 20 de octubre de 1873. Fueron sus padres Joaquín Valencia Quijano y Adelaida Castillo. Uno de sus antepasados, el Conde de Casa Valencia, optó por el orden republicano y fue sacrificado por los realistas. **Su infancia contada por él mismo.** De un artículo autobiográfico que publicó la Revista "Vida", tomo los siguientes apartes.

"Yo era el menor de los hermanos varones. Por allá en las postrimerías de la federación, cuando la figura de Núñez se destacaba en un ciclo de odios políticos, recelos regionales y guerras civiles, tenía yo apenas diez años y mi padre me sentaba en sus rodillas después de la comida tempranera, para que oyese leer de sobremesa los autores de su gusto. En estas veladas de familia comencé a abrir la imaginación al verso. Era yo algo enfermizo y cuando caía a cama, me entretenía esforzándome para convertir en poema los relatos de un libro de aventuras. Asaltando la librería de mi hermano mayor, aprendí de memoria a Espronceda, Núñez de Arce, Becquer y Quintana. Me impregnó, sobre todo, a través de las lecturas familiares, la figura de Don Quijote, que era un huésped en mi casa, y con frecuencia oí comentar la leyenda pintoresca de que el hidalgo había muerto en Popayán. Considerábalo como algo de mi raza, de mi ambiente íntimo, y en más de una ocasión su lanza, sus molinos y sus mostachos caídos se enredaron en el desarrollo ilógico de mis sueños.

"Por esa época mi madre, para ayudar a llevar la carga doméstica, tomó en arriendo el caserón contiguo y abrió allí un colegio para señoritas, donde se-

guía la rutina del programa docente entonces en boga. Al lado de las muchachas ya púberes, nos sentamos en aquellos bancos, más como niños mimados que como alumnos regulares, muchos hombres de mi generación.

“Pronto, sin embargo, la vida había de fruncirme el ceño. Murió mi madre, quedaron vacíos los amplios salones donde el canto cariñoso de las chicas y la suave reprensión de la maestra me iniciaron en la sabiduría y se me puso en manos de doña Felicianá Lemus, para que me enseñara a leer con cierto rigor. Pasé después pocos días en el colegio mixto de don Rafael Zerda y su esposa y como ese ambiente algo alado no resultara satisfactorio, se me envió a la escuela pública de don Manuel Ma. Luna, el maestro de los Arboledas. Allí aprendí a escribir con palito sobre mesas cubiertas de arena que se traía del Cauca y hacían las veces de pizarra; cuando no anduve diestro, conocí el calabozo y la palmeta. Eran los tiempos en que un tal maestro Vélez tenía este letrero en la puerta de su instituto: “La letra con sangre dentro”. El mismo que hacía controversias sobre los distintos temas de estudio y el vencido tenía que pagar su derrota con una muenda”.

“Por la noche, después de oír leer los artículos y comentarios de “La Regeneración” dormía junto a mi padre. Las sociedades democráticas pasaban por la calle gritando: “abajo los godos”, “El partido liberal no muere”. Como nuestra familia era conservadora, nos escribían en la fachada frases agresivas con sangre de res. En cierta ocasión un hombre empujó la ventana, rompió las armellas y tiró al piso de nuestra alcoba un puñal ensangrentado.

“Cuando mis hermanas obtenían permiso para ir al campo, en cacería de pájaros, tenían que regresar ya de noche, porque estaban expuestos a que les echaran látigo los enemigos políticos. Yo guardé mucho tiempo aquel puñal, que me impresionó hondamente

y lo llevé conmigo al seminario, donde se me internó, para que siguiera estudios académicos. Allí escribí mi primera obra poética: unos tercetos a San Juan Bautista”.

“Muy niño entré por el molde clásico. Me enseñaron latín y algo de griego y me aficioné a perseguir el pensamiento de los autores antiguos.

“Alcancé a recitar en griego algo de Anacreonte y aquella famosa defensa de San Juan Crisóstomo al eunuco Eutropio, cuando lo arrebató en Bizancio al furor de las turbas.... Me aficioné de manera especial a los padres de la Iglesia.... Tertuliano, San Jerónimo. Sentí en latín a Virgilio, Horacio y Ovidio, y también en su idioma original a los clásicos franceses del siglo XVII. Aquello sin embargo no saciaba mi anhelo de lectura. Considerando que el horizonte intelectual del seminario era algo estrecho, aprovechaba las salidas para llevar ocultas, entre el forraje y el paño de la sotana, las obras más interesantes que hallaba en la biblioteca de mi padre. Voltaire, “El Contrato Social”, el texto de Tracy y la tan combatida filosofía de Bentham. Todo aquello lo bebía rabiamente, mientras en la tribuna del refectorio nos leían a Antonio Solís y a don José Manuel Groot.

“No me orienté hacia la carrera eclesiástica, porque desde un principio fui declarado inhábil para el sacerdocio, a causa de mi temperamento rebelde”.

El Seminario de Popayán entonces estaba dirigido por los Padres Lazaristas o Vicentinos, o Paulés, que de acuerdo con sitios distintos, de las tres maneras son llamados. Cuando entró al seminario habían muerto sus padres.

Entre sus profesores del Seminario figura el P. Melezieux, francés, que señoreaba el latín, el griego y el hebreo. En el resto de su vida, Valencia continuó siendo asiduo cultivador del griego y el latín. En la generación literaria a que perteneció, fue él acaso el único de quien pudo decirse que conocía un poco la

lengua del viejo Testamento. Del Seminario pasó a la Universidad del Cauca, en cuyas aulas hubo de permanecer corto tiempo, por falta de recursos pecuniaros.

“Al terminar la revolución liberal de 1.895, corta y escasa de incidentes heroicos, el general Rafael Reyes, se valió de su alta posición en el gobierno y de su prestigio para hacer de Valencia un alto funcionario en el ministerio del Tesoro. Con este nombramiento el poeta vino a establecerse en Bogotá.

“En lo espiritual, Bogotá era en aquellos días de fin de siglo, un medio excepcionalmente propicio para una inteligencia de altos vuelos, de una curiosidad insaciable y de una capacidad feliz de asimilación, como fue la de Valencia. Acababa de morir José Asunción Silva, cuya vida de combate contra circunstancias personales despertó grande emoción y simpatía desde su muerte y el ambiente estaba lleno de su memoria y de su influencia como explorador de nuevas vías y promovedor de ideas en el terreno de la literatura. Silva fue, en ciertos aspectos, un renovador de los mismos rumbos poéticos en que Valencia fue un portaestandarte.

“Silva había traído desde Europa en 1.896 preocupaciones literarias distintas de las que habían predominado en el ambiente literario de la capital en los últimos cincuenta años.

“Un estado de espíritu que formaba parte de la amplísima, de la profundamente humana transformación que había iniciado su dominio intelectual en Francia a principios del ochocientos y se había difundido por todo el mundo, con las más variadas, espléndidas y a la postre exageradas manifestaciones, dominaba en Colombia, en toda América con el nombre universal, pero ocasionalmente acogido de romanticismo.

“Las Influencias de ese formidable movimiento de transformación espiritual, duraron en Colombia en

formas restringidas de un lirismo monótono y ya desprestigiado. Silva, lleno del espíritu de las influencias personales del momento renovador de Francia, trajo a la capital de Colombia esas ondas de renovación y muchos libros desconocidos en Bogotá: Bourget, Maupassant, Mirbeau.

Valencia apenas conoció a Silva. Pero de la impresión que le produjo su raro y premeditado suicidio hay testimonio perdurable en los bellos alejandrinos pareados compuestos bajo la impresión de tan violento suceso. (1).

De los alejandrinos, copio éstos:
Oh Señor Jesucristo!. Por tu herida del pecho,
¡perdónalo, perdónalo!, desciende hasta su lecho

de piedra, a despertarlo! Con tus manos divinas
enjuga de su sangre lás ondas purpurinas

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho; sus versos saben partir el alma.

Prestigio literario de Valencia

En el mismo año de la muerte de Silva empezó a hacerse conocer en todo el país y en el hemisferio la persona de Valencia, su valor como hombre de letras y su orientación como político. La formación intelec-

-
- (1) José A. Silva, desesperado por un cúmulo de problemas económicos y familiares, se hizo pintar de un médico la zona del corazón, sobre la piel y allí el vértice exacto, abriéndole los ojos desmesuradamente al médico que se la dibujó. A los pocos días, una noche, tras una tertulia con amigos y después de haber leído mucho, pues aparecieron más de diez colillas de cigarrillos y abierto "El Triunfo de la Muerte" de D'Anunzio, sobre su no-cherro, se dio un balazo preciso, en el vértice del corazón.

tual de Valencia, iniciada en Popayán, en donde empezó a florecer entre los intelectuales y varones estudiosos de esa ciudad y en donde se hizo apreciar, jovencito apenas, como cultor del verso y de la oratoria, se completó brillantemente en Bogotá.

Una anécdota de Caro

La fortuna lo llevó a la Cámara de Representantes.

De estudiante le oí la siguiente anécdota a mi profesor de literatura: "Cuando el Maestro Valencia, apenas un joven, llegó a la Cámara de Representantes, Miguel Antonio Caro, un coloso de la literatura colombiana, en la plenitud de su enorme prestigio intelectual, para encomiar la hazaña de la democracia de haber elegido a un personaje tan joven para Representante, dijo: "En Colombia, los niños dejan los bancos de la escuela para sentarse en las curules magistrales". Esto fue ya casi en las postrimerías del siglo diecinueve. 1895.

La cultura colombiana era europea como lo fue prácticamente hasta casi mediados del siglo actual. Apenas después de 1.940 comenzó la yanquización. Los jóvenes que deseaban perfeccionar estudios, acudían a París, Roma o Madrid. Guillermo Valencia, en 1.899 fue a París y en La Sorbona y en el Instituto de Francia hizo estudios profundos de literatura antigua y moderna.

Cuando llegó a Bogotá, investido del cargo de Representante por el Cauca, halló seria oposición para poder cumplir con el mandato de sus electores porque no había llegado a la edad mínima que la ley exigía para ello. Su primera intervención de jovencito fue para pedir un auxilio para el joven violinista Narciso Garay a fin de que fuera a París a perfeccionar sus estudios. De su primer discurso en la Cámara son estos apartes:

“Ha de invertir tamañas cantidades la república para propender al culto de las formas que al cabo no son más que accidentes? Al meditar en la noción del Estado he comprendido que debe ser bello hasta en su forma orgánica y que necesita tanto más de Arte, cuanto por él embellece y consigue ennoblecer su existencia. He logrado persuadirme de que los pueblos, individuos inmensos —necesitan como éstos, de que una mano cariñosa y delicada—la del Arte— les adorne su vivienda. Por eso los atenienses hicieron de su teatro una institución político-religiosa y supieron imprimirle un sello característicamente nacional, fin a que aspira la escena en lo moderno.

“Quiere la república, me he dicho, crear sólo aficionados a las Artes; escultores del tres al cuarto, grabadores que emborronen nuestros libros con figuras melodramáticas y cursis músicos de aldea, que cambien los pobres productos de su ingenio yaquístico por unas cuantas monedas; o aspira a darse la satisfacción de prohijar artistas cuya fama traspase los lindes de la patria y que, al calor de la inspiración, puedan llamar a la vida el mundo de belleza que está durmiendo a nuestras plantas, arrancando a la piedra la estúpida materialidad que la enseñorea para que nos deleite en la viviente perpetuación de nuestros héroes y nuestros confesores; recogiendo en las escalas el rugido de nuestros volcanes y las apagadas voces de una raza desaparecida y el himno gigante —todo laurel y llamas— en que las generaciones nuevas están cantando lo futuro?

“Vosotros todos sabéis amar el arte y comprender la gloria. Todos cuantos en este recinto me escuchan, han buscado sus ósculos de fuego. Unos persiguiéndola, desmelenada y jadeante, entre el humo negro de las batallas; otros la han sentido aleteando sobre su cabeza en las tempestades de la tribuna; a quienes trajo cítaras blandas y sonos dulces; a quienes acera-

do estilo para labrar la verdad política, severa y luminosa como una escultura antigua.

“No queráis encadenar en la playa a este extraño conquistador del país del ensueño. Poned en sus manos la batuta que cree armonías y nos deleite en nuestro Colón, no sea que aquel organismo privilegiado herido por el desaliento se ahogue en las fuentes amargas del desencanto y tal vez del ajeno. Recordad su hermosa cabeza suavemente inclinada sobre el misterioso instrumento y oid. Dijérase que estos mal traducidos versos fueron escritos para Garay el joven: “El sabe arrebatarse sus melodías a otros cielos, cuando bajo un arco firme que acaricia al herir hondamente, hace vivir junto a su pecho en un corazón de fresno, los suspiros ahogados y el canto doloroso y frío. Cuando bajo aquel arco súbitamente delicado, ágil flagelador de la cuerda —a sus fogosas sacudidas— la hace sollozar como un niño que llora y gritar loca, con sus besos crueles”.

Ya se adivina en este pequeño discurso la garra del orador parlamentario que fue, signado siempre por el esplendor escultórico de la frase.

Su permanencia en Bogotá lo elevó a figura nacional, Sanín Cano dice: “habría sido sólo por unas semanas si no hubiese tenido más méritos que la precocidad y la apostura. Tenía, sin embargo, una sensibilidad nueva que desenvolver y ampliar a los ojos de los bárbaros. Cuando terminó su labor parlamentaria, el espíritu de Valencia se difundió por los cenáculos literarios de Bogotá. Era un momento en que estudiar parecía un nuevo vicio inventado para destruir una raza, y en que el objeto más bello de la vida había sido concentrado en la ardua, complicada y destructora labor de pensar. En ese medio Valencia encontró por instantes su natural habitáculo. Durante su permanencia en Europa gustó todo lo artístico y recibió por todos los poros las ideas y sentimientos de que es-

taba impregnada la atmósfera cultural. Su forma natural de expresión artística es el verso, dice Sanín Cano; pero la música, la estuaria, la pintura, le hacen vibrar con vehemencia sonora.

Regresó a Colombia, cuando ésta se encontraba en ascuas. "Encauzada su vida hacia la política, no por éllo olvidó su inclinación literaria y artística. Antes bien, parece que las agitaciones del ágora le sirvieron para estimular su temperamento locamente emotivo, en el terreno pasional privado, herencia de su apellido materno, de que se solazara con tanta ingenuidad y ternura. Es aquella la época más literaria de su vida, cuando produce sus obras maestras, cuando entre arrebatos y sofocos de las cuestiones meramente políticas, da para la literatura eterna, muchos de sus poemas más perfectos y definitivos, todavía dorada su cabellera abundante por el sol radiante de la juventud.

En la Guerra de los Mil Días, fue Jefe Civil y Militar del Cauca. Poco después de la guerra, Ministro de Hacienda, en la dictadura del quinquenio; un poco más tarde Ministro de Guerra en la presidencia de Concha; de Instrucción Pública en la de Ospina y Marroquín; Secretario de las Legaciones de París, Berna y Berlín, durante su permanencia en Europa por los años 1.899 y 1.900; Secretario de Instrucción Pública de Cundinamarca en 1.901; dos veces candidato a la Presidencia de la República, tras muy reñidos y tremendos debates políticos, sobre todo el último (1.930); segunda vez gobernador del Cauca; concurrente a las 3a. y 4a. Conferencias Panamericanas de Santiago de Chile y Río de Janeiro y por mucho tiempo Presidente del Senado.

Dice Manuel Serrano Blanco: "Nuestros más insignes hombres de letras no resistieron los halagos de los partidos y a ellos se dedicaron, olvidando muchas veces su propia grandeza. Ni Arboleda, ni Núñez, ni Caro, ni Suárez, ni Restrepo, ni tantos otros, quisie-

ron conservar su solo y límpido nombre de hombres de letras, de intelectuales, oradores, filósofos, poetas, sino que se sumaron al clan infinito de vociferantes que hablan sobre todos los temas. Casi todos sufrieron golpes, adversidades, frustraciones momentáneas o definitivas. Y casi todos sacrificaron a esta deidad furiosa, parte de su grandeza literaria, porque sin esa pasión y sin ese imperativo, habrían dejado obra vasta y monumental en el campo intelectual.

De Suárez se dice que no pudo elaborar la obra comenzada, "Gramática Histórica", precisamente por el demonio de la política que lo envolvió; y de la preparación y vastedad de conocimientos profundos que adquirió Valencia, se dice que no corresponde su producción literaria, contando sus discursos, a lo que todos sus grandes admiradores esperaron de él. De Juan Lozano escribió Lleras Camargo que con el tiempo y el entusiasmo que gastó en defender la candidatura de Carlos Arango Vélez habría podido escribir veinte volúmenes para que admiraran y leyeran generaciones de colombianos.

Serrano Blanco dice: "El poeta que cantó bellas y suaves manifestaciones del alma se apechó con la ruda pelea de los partidos que no conocen la piedad ni la blandura, que se solazan en la crueldad y en la bravura, que viven sus horas en la acometida, en la controversia buscando siempre la realización de las más amplias ambiciones".

No conocí a Valencia, ni hablé jamás con él; sólo conservo un recuerdo de infancia, cuando en 1929, en su recorrido por los pueblos y ciudades del país, en su campaña presidencial, fue a El Santuario. Yo tenía 10 años de edad y me impresionó vivamente la figura del Candidato presidencial, su voz, su ademán y las cadencias de su oratoria y su figura de rostro color de cera, como de marfil, pues me arrimé al automóvil

en que llegó a la plaza y lo miré fijamente durante su discurso. A los dos años, nos mostró el profesor de castellano, el pensamiento que estampó en el "Libro de Autógrafos" de la Casa de Córdoba:

"Córdoba es la cifra y compendio de la gloria militar posible.

"Sus mismos pies borraron el camino que dejó a su espalda y sobre él está escrito: imposibilidad!!"

Después, con motivo de las clases de "preceptiva literaria" que me dio el Profesor Pbro. Dr. Emilio Botero Ramos en el seminario, en 1.935 me aficioné a la lectura de grandes poetas. El que más me impresionó de todos, hasta haberme aprendido de memoria "Cigueñas Blancas", "Los Camellos", "Palemón el estilista", "Croquis", "En el Circo", "La Balada del Pozo", parte de "Anarkos" y "San Antonio y el Centauro", fue Guillermo Valencia.

1.918 Enfrentado a Suárez

En la plenitud humana de los cuarenta y cinco años, edad que ya ha dejado huellas profundas en el hombre, y la experiencia, maestra insigne, señala rumbos más precisos, Valencia fue enfrentado a Marco Fidel Suárez, para la Presidencia de Colombia, por una coalición de los partidos liberal y conservador y al término del período presidencial de José Vicente Concha, a quien correspondió un tiempo difícil y estático, por la penuria aterradora del país, durante la guerra europea del 14.

Concha ha sido calificado como fogoso orador de la vieja escuela, desmelenado, elocuentísimo, que se imponía ante las multitudes por el fulgor de su palabra, por la arrogancia y belleza varonil de su figura, por su gesto napoleónico o cesáreo que causó inmensa admiración en su época. Había sido jurista, penalista y profesor insigne por largos años.

Con Valencia estuvieron los jóvenes Laureano Gómez, Eduardo Santos, Luis E. Nieto Caballero, Alfonso López y también hombres de la talla de Ramón González Valencia y Antonio José Cadavid.

Laureano Gómez acaudilló en su periódico "La Unión", la candidatura Valencia con un lenguaje desenfadado, deslenguado y demoleador, calificado por Marco Fidel Suárez "la demagogia mística". Fue coalición sin compromisos ideológicos y doctrinales, pero en todo caso apoyada por un liberalismo que consideró a Marco Fidel Suárez, capaz de hacer un gobierno estilo Gabriel García Moreno. Es cierto que pocos hombres públicos y grandes de Colombia han profesado un catolicismo más intenso, interior, profundo como él; un verdadero laico santo. Por esa misma causa, el Maestro Guillermo Valencia, no obstante la certeza de sus convicciones tradicionalistas y católicas, fue considerado por los conservadores de raigambre, como peligroso, al estar acaudillado por prohombres del liberalismo, cuyas cuentas con la religión y el sentimiento religioso del país, estaban todavía pendientes y frescas. Triunfó Marco Fidel Suárez y fue derrotada la candidatura de Valencia, tras un debate acalorado, intenso y agresivo.

Años más tarde, el Maestro Valencia, al visitar la humilde choza de paja, en que nació Suárez, hoy resguardada para la eternidad, en inmensa urna de cristal escribió con lápiz, en uno de sus muros este pensamiento:

"A Suárez:

Si me lanzó la vida contra tu carro un día
Mi alma ante tu genio siente un fervor profundo.
Y aquí donde está el sitio de tu alma epifanía,
Traigo la voz de un pueblo, quisiera la de un mundo!
Valencia se retiró nuevamente a la vida tranquila.

de su ciudad, Popayán, con la pluma frente a la cabeza pensadora, junto a las gentes que lo vieron nacer; sufrir y gozar, convertido como siempre, en el poeta predilecto de la patria y el hombre de renombre ya continental, en el panorama de las letras españolas.

Debate Presidencial de 1.929.

Vásquez Cobo y Valencia

El demonio tentador de la presidencia, máxima gloria para un hombre; la política audaz, la asoladora política, volvió a hacer caer en grave tentación al gran poeta, en 1.929.

Marco Fidel Suárez renunció a la presidencia poco tiempo antes de terminar su período, tras un debate violento y furioso, injusto y ridículo, cuando hemos visto tanta mengua en la honestidad de los hombres, arrebatados tras el amor al dinero. Suárez, fulge hoy como estrella de austeridad y despego de los bienes y del dinero, como un anacoreta y sin embargo acusado, por ser tan honrado, que tuvo deudas y vendió, para atender urgentes menesteres, unos sueldos. Exigió la aceptación de un tratado con EE. UU., que trajo millones de pesos y un presidente práctico y activo, Pedro Nel Ospina, el General, el hombre de empresa que sacó a Colombia de la edad medioeval.

Al terminar su período se pensó en darle nuevamente las riendas del país a un general; pero los civilistas optaron por un civil, Abadía Méndez, dicen muchos que con el compromiso secreto de otorgarle nuevamente la oportunidad a Alfredo Vásquez Cobo, después. Vásquez Cobo, durante la dictadura del quinquenio castigó con cárcel momentánea al joven Abadía Méndez.

Guillermo Valencia fue el Candidato del Directorio Nacional Conservador y Vásquez Cobo de un grupo respetable de Parlamentarios. Esa fue una división aguda del conservatismo; que no pudo en ningún momento arreglarse en favor de un tercero, única mane-

ra de impedir el triunfo de Olaya Herrera y que lanzó con excesivo ardor al episcopado y al clero, divididos también fuertemente en favor de uno y otro candidato.

El maestro Valencia recorrió buena parte del país, alentando con su voz y su oratoria los propósitos de su gobierno, si triunfaba.

En la agria disputa presidencial, hirieron profundamente al gran poeta y literato, hasta tildándolo de ateo pues alcanzaron a publicar fragmentos de una poesía, en que Valencia dice: "no creo en Jove", para escribir "no creo en Dios". Y como el Excmo. Sr. Nuncio de entonces, Mons. Pablo Giobe fue adverso a su candidatura, él pudo después decir con sorna: "tergiversaron mi poesía; porque yo traduje "no creo en jove" y ahora podría escribir: "no creo en Giobe".

Tuvo mayoría de votos sobre Vásquez Cobo; pero no sobre Enrique Olaya Herrera, quien trajo nuevamente al poder al partido liberal, con todas las secuelas que un cambio de partido de gobierno ha derramado siempre sobre el país en esa lucha violenta por las mayorías parlamentarias.

Antioquia fue de mayoría Valencista en ese debate.

Cuentan que, cuando se estaban terminando los escrutinios, algunos liberales ya seguros de su triunfo y su regreso alborazado al poder, le pidieron al Maestro Valencia que reconociera su derrota. El contestó en telegrama, muy de su estilo:

"Como dos manos amigas que tienden a estrecharse a través de una vidriera, tiendo la mía a la de ustedes. Mi impaciencia no justificaría la ruptura del diáfano estorbo "Guillermo Valencia".

Baldomero Sanín Cano expresa así su sentir sobre el influjo de las dos derrotas en los debates para Presidente de Colombia: "Esas dos pruebas políticas (1.918 y 1.929) dejaron huellas sensibles en el carácter y en la vida del gran poeta. Sin perder fe en el

hombre, dejó de confiar en los hombres. Con su salud un tanto afectada, se retiró del mundo de la capital, se dedicó al afecto y educación de su familia, a cultivar la amistad de unos pocos hombres, a sus lecturas favoritas, al pensamiento y a la poesía. De esta época datan algunos de sus más bellos apólogos, la versión o interpretación del poema de Job y algunas poesías de tema familiar hondamente sentidos.

El Maestro Valencia delegado a Río de Janeiro. 1.932

En septiembre de 1.932 llegó al gobierno nacional el informe de que en el Amazonas, unos audaces peruanos con el favor del gobierno del Perú, habían ocupado el Trapecio. En el parlamento estaba encendida tremendamente la chispa de los odios políticos y un debate agrio impulsaba a los conservadores contra el partido de gobierno, porque en García Rovira habían caído sacrificados algunos conservadores humildes. El Jefe del partido conservador pronunció entonces aquellas frases históricas: Paz, paz en el interior; guerra, guerra en las fronteras!!

Y las cosas del patriotismo: los dos contendores de Olaya Herrera: Valencia y Vásquez Cobo, acudieron a la cita con la patria: el primero como delegado a Río de Janeiro y el segundo se embarcó en unos pobres barcos hacia Leticia, para vengar el ultraje peruano.

Todos los que estamos doblando la edad cumbre, recordamos la oratoria, el fervor, la poesía y las manifestaciones patrióticas de todos los rincones de la patria; "las poncheradas" de anillos, argollas de compromiso matrimonial, relojes, alhajas, zarcillos, aretes, todo de oro, que regalaron hombres y mujeres, en un festín del oro para ayudar a la defensa nacional. Oro que en gran parte se esfumó.

Guillermo Valencia llegó a Bogotá y la ciudad salió a recibirlo en apoteosis que a muy pocos se ha he-

cho en Colombia. Quienes recuerdan aquel recibimiento, todavía lo añoran, porque desde los balcones del llamado entonces "Pasaje Rufino Cuervo" Valencia hizo correr en fulgor sagrado y elocuentísimo su oratoria soberbia para explicar cómo, a lo largo de la noche de la colonia y de la mañana de la república, Colombia había ejercido en esas inmensidades amazónicas su poderío y su jurisdicción.

Valencia se entregó en absoluto al bien de la patria, con todo su fervor, y la ciudad y el país lo vieron como un símbolo. Entretanto, hubo luchas, avance difícil a través de la selva, la manigua y los ríos terribles; algunos sacrificados, entre los cuales sólo se salvó la memoria de Leguizamo, el encuentro de Tarapacá, el regreso de la expedición del General Vásquez Cobo, que no vaciló en abandonar su refugio de París, para meterse patrióticamente por los montes en aventura peligrosa etc. etc.

Al término de escaramuzas y combates, siguió la mesa redonda de la diplomacia. En esta tuvo Valencia su cita con la inteligencia. Y viajó hacia Río de Janeiro a cumplir su cita con la patria, presidida la embajada por Urdaneta Arbeláez. Cuando el gran poeta salió, dijo en su lenguaje inconfundible:

"Vamos a Río de Janeiro a cumplir con un deber para con la patria. Si regresamos después de haber arriado la bandera con deshonor, que todos nos lapiden. Sino, que los dioses tutelares de la justicia silencien para siempre las gargantas blasfemas de nuestros detractores".

Dice Serrano Blanco:

"No conozco nada de los pormenores de la controversia con los ambiciosos vecinos peruanos. Pero debieron ser notables. En todo caso, Valencia regresó tras esa tarea ingrata a dar cuenta a Olaya Herrera de su cometido. Olaya Herrera, hombre seductor, acostumbrado a tener de los hombres un concepto uti-

litarista, recibió con halagos a su plenipotenciario. Dicen que, en cierto momento, se levantó de su sillón del Palacio de Nariño, acercó un Mapa Mundi y con su índice fue señalando las más bellas ciudades europeas: Londres, París, Viena, Madrid, Berlín. Y mirando con ojos alegres y labios sonrientes lo interrogó:

—A cuál ciudad, maestro, quisiera usted viajar, y en ella vivir?

Y el maestro, levantándose y avanzando lentamente hacia el Presidente Olaya, con gesto de desdén y calándose las gafas, tomó el mapamundi, buscó en él con morosidad un sitio; con su índice pálido de aristócrata, señaló un punto en el hemisferio, mostró a su muy ilustre ciudad de Popayán y con grave y orgullosa entonación le contestó:

—Aquí, en esta ciudad, señor Presidente!!

Después de haber asistido a Río de Janeiro, tuvo disgusto grande cuando los intérpretes del estatuto dijeron que había perdido su curul en la Cámara por haber concurrido como delegado, con nombramiento del gobierno. Su credencial fue cancelada en forma desleal.

Análisis del partido conservador

Como fue jefe y político conservador de garra, hasta su muerte, hizo la exégesis de la colectividad que tanto le hizo sufrir, unas veces, pero a la cual siempre estuvo adherido. He aquí algunas apreciaciones históricas sobre ese partido, hechas por el maestro Valencia:

“Si estudiamos al partido conservador en las diversas fases de su ya secular carrera, veremos presentarse en él ciertas formas de afirmación que han acentuado algún rasgo de su fisonomía. Frente al espíritu levantisco de los primeros años, cuando el caudillaje quiso dilapidar el capital de libertades ordenadas con seguidas con tanto esfuerzo, los prohombres de 1.828 y 1.840 fueron paladines del orden en Colombia. Sus

ponentes les tildaron de autoritarios y de godos: epíteto con que todavía nos regala un tradicionalismo impenitente.

“El amor a la libertad y el horror al socialismo revolucionario livaron a liberales y conservadores, hacia 1.854, cuando un concepto veneroso de patria y de solidaridad para el orden, trajo el clima templado de la administración de Mallarino.

“La idea federalista movió fervientemente al liberalismo en 1.858 y con cierta timidez y desconfianza a nuestro partido. Esta situación hizo viable las rebeldías de 1.860 y la revolución tomó abiertamente el carácter de una guerra civil iniciada por una ambición personalista y con suma habilidad aprovechada por un laicismo importado, de sabor antirreligioso. Nuestro partido continuó la lucha y se hizo entonces patente como defensor convencido del espíritu cristiano en las instituciones, del centralismo, en oposición a “la anarquía organizada”, y del regreso a las fuentes tradicionales de nuestro derecho público, para buscar en ellas una posible convivencia de los bandos. Esta lucha, la más larga, la más tremenda, la más brillante y la más gloriosa de todas, cubrió 26 años de nuestra historia. El Estatuto de 1.886 contiene el ideario de aquellas lides tan instructivas como heroicas. Ambos campos se superaron a sí mismo en arrojo y tesón. El conservatismo ya solo, ya en alianza de afines, conquistó una por una las fortalezas enemigas que fueron ocupadas de nuevo por sus antiguos defensores, por simple penetración pacífica. Como siempre, los errores del vencedor dieron oportunidades al vencido y hubo un momento, después de varios años de lucha, en que el acuerdo para restaurar la patria, quebrantada tras un guerrear de tres años, abrió las puertas del gobierno al derrotado de la víspera bajo un mandatario emprendedor y fuerte. Este aspecto rompió en breve la armonía de la familia colombiana. Vino la crisis que se resolvió en sangre, crisis análoga

en parte a la de 1.854. Una coalición tornó a los ideales antiguos, esta vez llamados republicanos por autonomasia y en la reforma constitucional del año 1.910 se consagró el acuerdo que había aproximado teóricamente de tiempo atrás dos fracciones poderosas de ambas colectividades. Ese cambio institucional pareció haber echado las bases definitivas de la conciliación patriótica. Merced a él vivimos 26 años en una paz fructuosa, muy bien aprovechada por el temible enemigo para organizarse y extenderse.

"LA CRISIS ELECCIONARIA DE 1.930

La crisis eleccionaria de 1.930 entregó al liberalismo las riendas del poder. Contra la tradición liberal y todavía sobre la plataforma de un Estatuto por ambos bandos aceptado, el nuevo gobierno salido de las urnas se presentó con las características del viejo partido conservador tal como lo consideraron los liberales de 1.828, 1.840, 1.876 y 1.909: autoritario, intervencionista, manofuerte. Circunstancias especiales como la crisis de 1.929 y el conflicto con el Perú) sirvieron de oportuno bastidor para el cambio de trajes. Después comenzó la marcha de la revolución. Reformas sovietizantes del Estatuto, intervención del Estado como heredero a título universal de los fueros antiguos, tendencia antirreligiosa, solapada y mañera, expolio de la economía individual y gobierno a puerta trancada y libertades mútilas de la cabeza—como la de radiodifundir—o de manos y pies como la electoral.

"Hasta la reforma de 1.934 corrió el agua liberal por su lecho conocido y su orientación era notoria. De allá acá le han robado el cauce aguas de color bermejo que recuerdan las del Trebia, después de la batalla. Hay quien opine que, como en el mapa del reino de Maya, el nuevo Mío Cid puso a correr al revés las corrientes de la comarca y trashumó las cordilleras. En tanto, nuestro partido sigue su mismo curso, ya más hinchado con los afluentes que hacia él ha traf-

do el desquiciamiento de la economía universal. Ahondamos en la conciencia del partido y no encontramos nada que desdiga de nuestra ideología, que crece paralelamente con las necesidades apremiantes de la hora, como ocurriera en el pasado. La impaciencia cantarina de los gallos no adelanta las luces del alba. Bajo el rescoldo del fogón disperso, hay brasas con qué reencender, mientras dos leños secos, antes de convertirse en cruz, recuerden a los vencidos el origen de la señal gamada. El partido conservador es combatiente por esencia, como implica su nombre: instinto de conservación se llama aquella fuerza inefable que defiende la vida haciéndonos meter el brazo en el resbalar o llevándonos hasta la agresión para seguir viviendo. La historia de nuestro bando conservador es la de sus combates en campos que él se buscó o a donde fue retado. Siempre hallará en hora oportuna al hombre del sino: A Bolívar y Córdoba en 1.828; a Herrán y a Neira en 1.840; a Mosquera en 1.854; a Arboleda y Canal en 1.860; a Vélez y Casabianca en 1.876; a Ulloa en 1.885; a Reyes en 1.895; a Pinzón en 1.899, para sólo nombrar a los mayores”.

EL MAESTRO VALENCIA DECLINÓ DOS GRANDES HOMENAJES

Dos grandes homenajes que le quisieron hacer sus admiradores, y a los cuales la nación que lo idolatraba se iba a sumar, fueron declinados por el maestro.

A fines de 1937 el P. Daniel Restrepo S. J. propuso la coronación de Guillermo Valencia, como poeta. En carta histórica a don Tomás Cadavid Restrepo, declinó ese homenaje.

Los poetas Antonio Llanos, Ricardo Nieto, Gilberto Garrido y los señores Alberto Carvajal, Alejandro Garcés Patiño, Antonio Muñoz, Alfonso Llorente y otros se constituyeron en junta para erigirle en Popayán un monumento en vida. La famosa carta que les envió el maestro, para declinar ese homenaje, es la siguiente:

Belalcázar, abril 7 de 1938

Muy queridos amigos de todo mi aprecio:

Hace ya algunos días que en una carta a mi dilecto compañero Tomás Cadavid Restrepo, le expresé sinceramente, con mis agradecimientos, la indefinible sensación que me había causado su gallarda acogida de mi coronación propuesta por el R. P. Daniel Restrepo, insigne cultor de las divinas y humanas letras. Hoy toca el turno a ustedes, mis generosos y constantes amigos. Han constituido ustedes comité para que en mi ciudad natal me sea erigido un monumento, mi mismísima figura en bronce perenne (así como suena) Oh, no, amigos, no en mis días se hiciese tal agravio a la conmutativa. Llevados ustedes de un sentimiento de afecto que quiere superar con creces el mío, han ideado el máximo homenaje, ese, que la humanidad

reserva hoy todavía para la gloria inatacable y el mérito cribado por los años. Entre nosotros aún se escatima el mármol y el bronce como en la Grecia de Pausanias. No hemos llegado a los días de la Roma cesárea con sus dos mil y más estatuas de aurigas vencedoras. ¿Para qué entonces desvalorizar el noble metal que aún conserva su sentido y su precio, ya que las palabras han perdido su probidad de signos representativos de realidades, para tornarse valores fiduciarios de la insinceridad, la ligereza y la lisbnja? Es el bronce a modo de fosilización a que llegan los hombres tras un arduo proceso, después de pasar por estados sucesivos de crecimiento, madurez, reposo y preservación definitiva. En vano se procura precipitar los grados en esa escala de transformaciones; a cada fase corresponde una modalidad apreciable en pureza y resistencia, a que se llega por lenta evolución. Al hombre viviente lo sorprende un trasunto de bronce, como pasmaria al árbol activo y germinante amanecer transformado en ágata impasible; ni el uno ni el otro aciertan a explicarse esa mudanza que está al arbitrio del porvenir. Si el árbol razonara no podría entender cómo su corteza perforada de insectos se ha tornado inatacable y traslúcida; cómo su sed de cielo y su hambre de profundidad se han mudado en rigidez y en atofía. Y algo análogo se apodera del hombre frente a su propia estatua: pálpase y se halla flojo; mírase y ve los signos de su fragilidad indudable; compárase y arde avergonzado; empínase y no logra exceder la altura de la mediocridad. Mientras piensa y labora siente aguado el acicate que lo impele hacia la perfección; mas si la meta se apresura a su encuentro, fórmase un gran vacío en la conciencia que anhelaba detrás del ideal; se acentúa el desnivel que agobia, entre el galardón y el esfuerzo y palidece y se hace lánguida la noción de justicia. Quizás cuando un espíritu satisfecho y conforme puso lindes a su empeño y se aquietó moroso recreándose en su propia obra, de-

ba mirarse con los ojos de la modestia, la ofrenda, la consagración; mas cuando el alma insatisfecha siente la amargura y pobreza de lo que deja atrás, el vacío del presente y la abrumadora imposibilidad del reino por conquistar, el galardón entonces lejos de ser un premio y un alivio, muéstrase con el airado ceño de un acusador implacable. Cómo intentan ustedes, mis cariñosos amigos, ponerme a sostener en los pocos años que me restan ese terrible diálogo entre mi doble y yo? Qué habré de responder cuando el espectro de bronce me interrogue, dónde están las figuras de Joaquín y Manuel José Mosquera, la del poeta soldado, la de su hermano Sergio, la del temerario Almirante, las de olvidados mártires de nuestro progreso y redención? Qué contesto cuando me increpe el haber consentido mi exaltación a un pedestal, si Pedro Felipe Valencia que despreció cortes de Europa para venirse a morir por la libertad de sus paisanos y en plena juventud, en todo el hervor de su insigne talento, en todo el ímpetu de su corazón de fuego no tiene hoy una mísera lápida que recuerde a los beneficiados sus sacrificio heroico? Dónde habré de esconderme cuando se me haga el recuento a lo largo del patrio territorio de todos los grandes olvidados cuya existencia fuera una cadena de martirios, de triunfos y de dones a la república que así los borró tan presto para crear en mí, con bronce de inmortalidad, el símbolo desalentador de lo que sólo pudo existir por gracia de amigos corazones. Qué habré de responder cuando me explique el fantasma, cómo el afecto fraternal queriendo librar mi nombre del seguro olvido se apresuró al embalsamamiento del bronce para preservarme así de la destrucción inevitable? Ese tremendo diálogo no podrá sostenerlo mi conciencia honrada. No me lleven ustedes al terrible trance del rubor merecido y de la mudez avergonzada. Consideren ustedes que hoy en Colombia son muchos, muchísimos, innumerables los que interrogarían con las mismas palabras del bronce,

si su generosidad o su cortesía o su discreción o su piedad no se lo vedasen. Hay que interpretar el verdadero sentimiento del país que seguramente es el mismo del presunto agraciado. Todos temen como él, quede ya de par en par abierto el hasta hoy difícil pórtico de la máxima consagración. Si a las generaciones futuras se les señala en mí lo fácil que es trepar al solio de los inmortales, habremos recortado la fatigosa escala de innumerables peldaños que llevan al merecido galardón. Así no lograrán otros superarse en la dura carrera y Colombia lamentará su flojedad.

Al hablarles de esta suerte no apelo al sabido recurso que los moralistas españoles nombraron humildad de garabato, es decir a esa engañosa y terca inclinación de la soberbia. Muy triste sería para mí, después de tanto tiempo de estudiar historia humana y de un intenso vivir en compañía, no haber llegado a tener conciencia de mi modestísimo valor. Esa laguna moral en mi espíritu sería la máxima de las desventuras. A estas horas de mi vida la vanidad se me aparece como un engaño juvenil que espoleó mi pereza; hoy sólo deploro la inanidad de aquel lejano esfuerzo....

Decir a ustedes, cómo agradezco, porque sé interpretarla, la magnanimidad de su propósito, es para sentido más que para escrito. El grado de admiración y afecto que les he profesado, es el mejor garante de mi sinceridad. Prevalido de ella, vengo hoy a pedirles, a encarecerles, a suplicarles, den fin y remate a su desproporcionada iniciativa en mi favor, publicando esta carta con la bondadosa declinación de ustedes ante mis deseos ya expresados, en la seguridad de que de hoy más me sentiré alojado en sus hospitalarios corazones sobre el único pedestal digno de buscarse: el aprecio y cariño de ustedes. Suyísimo Guillermo Valencia.

ULTIMO DISCURSO DEL MAESTRO VALENCIA

A fines de julio de 1.942, un año escaso antes de su muerte, pronunció en Popayán el último discurso de su vida, en la recepción a Monseñor Juan Manuel González Arbeláez, con motivo de su posesión como Arzobispo de Popayán. Meses más tarde, y a instancias del mismo Monseñor González, compuso el último Poema titulado "MATER CHRISTI" (octubre de 1.942) para las solemnidades del Congreso Mariano de Popayán, que resultó nacional, por fuerza de las circunstancias.

Apartes de ese discurso son los siguientes:

Cómo no regocijarnos con vuestra venida, excellentísimo señor, cuando todos vemos en esa designación un insigne favor de la providencia otorgado en horas difíciles para la patria y peculiarmente para nuestra comarca tan necesitada de una activa y fecunda dirección espiritual, ya que circunstancias anteriores, no por deficiencia de voluntad y de recta intención para ejecutar el bien, sino por contratiempos de orden diverso y en nada imputables al hombre, mantuvieron largo tiempo esta arquidiócesis en un estado de interinidad propicia a la inacción y muy reñida con el principio de gobierno responsable y enérgico.

No se me oculta la poquedad de atributos materiales de esta Sede Metropolitana, en parangón con otras de más visible atavío. En cambio, acaso ella tenga características que atraigan a quienes busquen más que un cortesano brillo firmes valores del espíritu. Algo así debió de mover a la santidad de Paulo III, cuando 10 años después de conquistado el caserío, lo elevó a sede episcopal cuyo primer templo fue un pajizo bohío levantado por los indios bajo la dirección del primer Obispo electo. Y bajo aquel humilde techo se sentó luego a irradiar fortaleza y santidad Fray Agustín de la Coruña, varón eximio cuya virtud sin par, ha

sido celebrada en muchas lenguas por más de veinte historiadores. Fue esta sede, pasada la Conquista y durante la Colonia, vivero de pastores egregios, desde allí llevados por su manifiesta prudencia y bien probada doctrina, a ilustrar otras urbes.

Sabedores de vuestras virtudes sacerdotales, de vuestro espíritu hondamente cristiano, de vuestro ilustrado celo, de vuestra predilección por los humildes, de vuestro interés por la niñez y por la juventud, confiamos en que haréis por la Arquidiócesis cuanto permitan los tiempos que vivimos. Este, el sentido neto de nuestro júbilo y de nuestra adhesión, de nuestro deseo de colaborar y del carácter de nuestra obediencia. Descansamos tranquilos en vuestro saber y prudencia y en vuestra rectitud y vuestra caridad para sobrellevar flaquezas. **Tenemos sed de cristianismo, anhelo de sinceridad pastoral, hambre de dulzura evangélica, ferviente deseo de restauración del culto externo y de un ganancioso canje entre la devoción rutinera y la religión vivificante de esclarecimiento y de consuelo. Nos envuelve una helada y ceñida mortaja de indiferencia y marasmo que sólo se rasgarán cuando resuene el Veni foras". Sed la poderosa dinámica que ponga a andar esta demedrada máquina corroída de herrumbre. Con vuestra gama de virtudes en que la lealtad es luz y la sinceridad espejo, hacedme olvidar para siempre el torturante aviso de Gourmont: "Desconfiad del violeta. Es el más pérfido y cambiante de todos los colores de la vida".**

Para que se viese colmada la copa de nuestro deseo en este instante jubiloso, fáltanos la presencia aquí de vuestra santa madre y vuestra noble hermana que, como los querubes que hizo esculpir Moisés, amparan insomnes con sus alas la urna inefable que hoy encierra toda nuestra esperanza"....

La amistad profunda con Monseñor González, los frecuentes paseos que juntos hacían por las tardes, en diferentes sitios de Popayán, dialogando con profun-

didad, destreza y como dueños, por campos dilatados de las ciencias humanas y divinas y finalmente, la Confesión y Comunión que el señor González le administró ya en los umbrales de la muerte, le hizo confiar nuevamente en el violeta, haciéndole olvidar para siempre el torturante aviso de Gourmont.

MUERTE DE VALENCIA

El maestro Valencia murió en Popayán, ciudad de sus amores, que cantó con maestría insuperable y donde comenzó su genio de poeta a irradiar sobre Colombia y América todavía dorada su frente por el sol reverberante de la juventud. Desde fines de junio de 1943, su salud había decaído en tal forma, que se anunciaba la disolución definitiva de su cuerpo. Cristiano y católico convencido, desde el 3 de julio comulgaba diariamente, tras una confesión general hecha con el Arzobispo de Popayán, Mons. Juan Manuel González Arbeláez, quien quiso personalmente llevarle todos los días la sagrada comunión.

A las doce de la noche del día 8 de julio comenzó su agonía y murió a las cinco de la mañana rodeado su lecho por sus hijos, yernos, familiares, Sanín Cano, Mons. González Arbeláez y Mons. Vallecilla. Su faz estaba adornada por una abundante barba negra, que en su rostro de color marfilino, daba la sensación del mármol e infundía cierta extraña grandeza. Su libro "Katay", quiso que fuera exornado con un retrato en que aparecía completamente barbado y abundante de pelo.

De toda la república, especialmente de Bogotá y el Valle, acudieron personalidades notables a su entierro; que resultó de pompa funeraria y respetuosa, con muchedumbres que la prensa de entonces calculó en 50.000. En la Catedral pronunció "Oración Fúnebre" en su honor el Pbro. Angel Arce; en diferentes lugares, ya camino del cementerio, hablaron, J. Le-

mus Guzmán, Jesús Ma. Casas, Arcesio Aragón, Rafael Maya y Hernando Navia.

Toda la prensa del país, todos los municipios de la nación, como en emulación admirativa, aprobaron Acuerdos y Honores al llamado por la prensa de toda América, con motivo de su muerte "PRINCIPE DE LAS LETRAS AMERICANAS".

La familia recibió cincuenta mil mensajes de pésame; su féretro estuvo rodeado por un poco más de mil coronas y durante todo el resto del año 1943, y buena parte de 1944, revistas, periódicos, estudios de Universidades de América toda y de España, escribieron sobre su obra poética, en un inmenso obsequio de admiración.

HONORES

El Decreto de Honores del Presidente de Colombia, dice así:

"El Presidente de Colombia considerando: que falleció en la ciudad de Popayán el doctor Guillermo Valencia, figura excelsa de la patria, por el genio poético creador de obras perdurables que dilataron el prestigio de Colombia en el mundo culto, por el decoro de su vida dedicada a las más exquisitas disciplinas del espíritu y por la vastedad de saber que dominó en las zonas diversas de las ciencias humanas y por el constante anhelo de enaltecer a Colombia que ennoblecó sus empresas políticas; verdadero maestro mental de varias generaciones colombianas y que sus obras y enseñanzas dejan huella indeleble en el proceso de la cultura nacional; que Valencia no restringió su fecundidad al ejercicio de la inteligencia pura sino que sirvió a la república en los más arduos cargos y supo ser fiel a la democracia por él exaltada en páginas inmortales, interpretando el público sentimiento y la admiración por el sumo poeta y estadista insigne y su dolor por su desaparición, decreta: El gobierno considera la muerte de Guillermo Valencia co-

mo un motivo de duelo nacional. Por el ejército se le tributarán al cadáver del extinto los honores correspondientes a los generales de la república y el pabellón nacional permanecerá izado a media asta durante tres días en todos los edificios públicos del país”.

En diferentes diarios del continente se exaltó su valor así: “El Imparcial” de Santiago de Chile en su editorial manifestó: “Era el poeta estrella de primera magnitud en el cielo de la poesía castellana, gloria de toda la América hispana”.

Luis Alberto Sánchez, del Perú, dijo: “Ha muerto el más grande artífice del verso en América”.

Alberto Lleras Camargo: “La muerte de Valencia es para Colombia la extinción del siglo XIX. No fue un sobreviviente, sino al contrario, un prolongador. Hacer sobrevivir una época no es lo mismo que ser sobreviviente, sino al contrario, un prolongador en el campo de las letras, Valencia es la más alta figura colombiana de dos siglos”.

José Gálvez: “Valencia fue uno de los pontífices máximos del modernismo, con Gutiérrez Nájera, Silva, Darío, Chocano, Casal y Lugones.

Andrés Eloy Blanco dijo: “La muerte de Valencia es duelo del idioma castellano del que fue uno de los más puros instrumentos”.

VALENCIA POETA

Fray Luis de León dijo que “la poesía es una comunicación del aliento celestial y divino”. Y es que, cualquier persona que recibe este don incomparable es un ser de excepción, superior en destino a los demás hombres, que sabe comprender la belleza y manifestarla en sus cantos.

“Ni los más famosos guerreros, ni los más encumbrados estadistas, ni los sabios se han conformado con obtener renombre, al margen de la poesía. Casi todos han ensayado ser poetas. Napoleón quiso serlo; don Alfonso el Sabio, Cervantes, Pericles, Cuervo en Colombia, hicieron versos. Tan grande es el hechizo de la poesía, que casi todos los que estudian a fondo el idioma o se preparan para seguir una profesión, en su juventud romántica y sentimental han hecho versos. Un gran poeta no sólo tiene inmortalidad sino que la comunica a la nación bajo cuyo suelo nació o vivió”.

En cada poeta vibra el anhelo de lo eterno ya que el hombre es un mendigo en demanda de lo infinito. Todos los poetas, viven enamorados de la naturaleza y clavan escrutadoramente sus ojos en el cielo, en el que brillan, en noches serenas y pomposas, millones de estrellas, y en días radiantes y embriagados de luz, la portentosa antorcha del sol. Todos se extasían con el espectáculo de las flores, los árboles, los ríos, el mar, las palmeras, los animales, las aves cantoras. A través de ese lenguaje mudo y elocuente que refiere en silencio la gloria del Creador, si son cristianos, buscan a Cristo, principio y fin de todo pensamiento alto o se inspiran en la Biblia, acumulador de pensamientos eternos, ya que nadie agota lo divino.

Cristo es un tema inmenso, incomparable y por lo tanto, generalmente abruma la potencia poética. Por eso los poetas prefieren expresar su amor a El por as-

pectos humildes, afectivos y de dolor por personales extravíos o ingraticudes.

Al hablar de Valencia como poeta, confieso que él, con "San Antonio y el Centauro", "A Jesucristo", "Los Caballeros de Emaús", "En El Circo" y "Croquis", las primeras poesías con que ejercité mi memoria en mi primera adolescencia, me hizo gustar la poesía y me introdujo en ese palacio suntuoso y deslumbrante, donde campean tantos, como reyes de la emoción y el pensamiento, de la estética y la belleza.

A través de los años he observado que desde sus veinticinco años, cuando irrumpió con empuje soberano en el cielo de la literatura española, su brillo no ha menguado, ni su popularidad, ni su influencia, así haya habido tantos y de tan diversas escuelas literarias, que se hayan propuesto eclipsar ese sol, amontonando prácticamente tierra por oriente.

Sus poemas todos, son de inspiración universal; traducidos a cualquier idioma despiertan interés, delatan inspiración y promueven admiración.

"Guillermo Valencia como poeta, es el caso de popularidad y de gloria más grandes que ha tenido Colombia. Su nombre y su persona suscitaban admiración casi supersticiosa, para algunos". Todas las escuelas poéticas que han surgido en el país, desde fines del siglo pasado, hasta ahora, se han propuesto sepultarlo, o por lo menos tumbarlo del pedestal de gloria en que vivió, desde en vida, como en casa propia. Pero en vano. Se le ha tachado de frío, de poco humano, pero es porque, como él mismo lo dijo una vez a Carranza, en las cumbres altas hace frío. Y también porque muchos creen que para ser humano un poeta, necesita dar alaridos. Reune en si las cualidades de numerosas corrientes poéticas de manera extraordinaria y única. Dice de él Bayona Posada: "Enamorado de la cultura clásica en cuanto ella tiene de armónico, de sereno y de sencillo; amante como los románticos del paisaje oriental y de las evocaciones caballerescas; Benvenu-

to del verso y de la estrofa al igual que los maestros del parnaso; amigo de expresar las ideas, como lo hacen los simbolistas, por medio de bellas metáforas y profundas alegorías; derrochador con frecuencia de exotismos sutiles y de refinadas delectaciones decadentes; cultivador a veces del versilibrismo alquitarado y cultor franco del suprarrealismo y del dadaísmo en lo que ellos tienen de aceptable. Por eso es tan grande Valencia como poeta; porque hizo de su poesía una mezcla feliz de todas las escuelas y una especie de antena en que vibran espléndidamente las más variadas ondas. De ahí que "RITOS", el libro en que coleccionó lo mejor de su obra, sea el conjunto poético mejor logrado de Colombia".

(Panorama de la Literatura Colombiana. Bogotá 1.953).

Y Rafael Maya, su coterráneo, de quien cuentan en Popayán que se propuso menoscabar en algo el prestigio de Valencia como poeta y literato en general, tiene apreciaciones tan estupendas sobre su obra que bien puede considerarse uno de los mejores intérpretes que ha tenido en el país. En Popayán oí yo de labios de un popayanejo ilustre la siguiente anécdota. Cuando el Consejo Superior de la Universidad de Popayán resolvió darle a Rafael Maya el título de Doctor "Honoris Causa", fue consultado Guillermo Valencia, miembro que era de él, sobre el concepto que tenía de Maya como apto para recibir ese honor. Y manifestó: le falta un poco de preparación humanística, pero lo merece. En alguna ocasión, en una fiesta, fue informado Maya de ese concepto de Valencia sobre él y, orgulloso de su propio valor y en forma vengativa, anunció: "Con que eso piensa de mí? Aguarden y verán yo me lo tiro".

Unos veinte años después de la muerte del Maestro Valencia, la revista Bolívar preparó un volumen con selección de las mejores poesías de "Ritos" con prólogo de Rafael Maya. Una hija de Guillermo Va-

lencia, doña Josefina de Hubach, protestó enérgicamente por el citado prólogo. Leído con cuidado, a pesar de la aspereza de algunas apreciaciones, se encuentra en él un análisis estupendo sobre el autor de "Ritos".

Dice el maestro Rafael Maya: "Guillermo Valencia es el caso de popularidad y de gloria más grande que ha tenido Colombia. Su nombre y su persona suscitaban admiración casi supersticiosa. Su gracia y su ironía eran proverbiales y también su genial facilidad para forjar frases lapidarias y redondear expresiones que después circulaban a modo de proverbios o máximas. Una de las cosas que más pasma en Valencia es su precocidad, pues a los veinticinco años de edad ya había escrito sus poemas capitales e inmortales. Valencia es el artista supremo que supo salvar hábilmente el escollo de la finalidad docente, reforzando la ejecución artística con todos los recursos de su variada y fastuosa imaginación. No es su poesía la espontánea de otros, sino la laboriosa y lenta concreción de ideas que la cultura va depositando en su inteligencia y que el poeta desprende luego de la corteza cerebral, como se arranca la perla del nacarado estuche, para ofrecerla a la luz cambiante, irizada, dura y traslúcida como obra de cristalización realizada en grutas misteriosas por los sapientísimos genios de la tierra. "Ritos", su obra fundamental es un epítome de cultura y un breviario de erudiciones. Tiene valores humanos representados por la pasión intelectual y la fiebre estética que estremece esos poemas concebidos por un cerebro caldeado. Y en sus poesías filosóficas y profundas existe un sedimento de humanidad. Es que hay allí la fatiga de una inteligencia que busca una interpretación o una respuesta. La teoría de que el alarido o la angustia son más humanos pertenece a los rezagos críticos del más trasnochado romanticismo.

"La poesía de Valencia es erudita y renacentista; orientalista y medioeval, moderna y antigua, cristiana

y gentílica, simbolista y parnasiana. “En Ritos”, hay un aire helénico que discurre por entre la urdimbre de los ritmos con rumor de mar y de sirenas, con galopar de sátiros, con susurro de colmenas y con fragancia de racimos maduros. Al lado de este helenismo de forma hay también una conciencia mucho más vivida de la civilización latina como heredera de ese mismo sentido gentílico de la existencia.

“Las más famosas poesías son: “**San Antonio y el Centauro**”, su poema de más vasta inspiración, de serena y alabastrina perfección, en el que se plantea la lucha de las dos civilizaciones que se han disputado el alma de los hombres. “**En el Circo**” fresco mural donde están agolpadas escenas que corresponden a los días del Circo Flavio con criterio integral de historiador, de arqueólogo y de cristiano; “**Los Camellos**” poesía de intención simbolista que al final toma un sesgo lírico de incalculable belleza; “**Anarkos**”, su poema más popular y de los más importantes de la obra del poeta, canto apasionado de vigorosa ejecución y de belleza ideológica extraordinaria; “**La Balada del Pozo**” y “**La Parábola del Foso**” poemas de intención filosófica y religiosa admirables; “**JOB**” una gran creación de su madurez, la poesía de más íntima vibración, reflejo de personales amarguras; “**Cigüeñas Blancas**” poema espléndido por la nobleza del pensamiento y la elegancia y hermosura de las metáforas; “**Palemón el Estilita**”, portento de colorido, de humanidad y musicalidad; “**Elegía a Selva**”, de lo más bello en su género en el idioma castellano; “**Croquis**”, esbozo intenso y rápido capaz de provocar la admiración a cualquier lector; “**Las Dos Cabezas**”, “**Moisés**”, “**Día de Ceniza**”, “**Los Crucificados**”, “**Leyendo a Silva**”, “**La Tristeza de Goethe**” y numerosas traducciones de poetas orientales, ingleses, alemanes, franceses, holandeses, italianos, etc. en las que casi siempre supera el original.

“Fue también prosista inigualable y orador de los mejores que ha dado América. Poseía una cultura casi universal unida a una memoria prodigiosa y única y una lúcida facultad de asimilación. Disertaba con propiedad y doctamente sobre muchas cuestiones por completo ajenas a las disciplinas literarias. Polemista y periodista extraordinario, declamador y político, estuvo siempre en el pináculo de la gloria, recibiendo distinciones y honores de todas partes y de diversos países.

“Guillermo Valencia como creador de valores estéticos se halla en el plano de Garcilazo y de Góngora. Por la extensión de sus conocimientos, por su capacidad de comprensión, es de la familia de Goethe. Su sentido decorativo del arte y de la vida y su concepción humanística de la cultura, lo acercan al renacimiento italiano. Parece al mismo tiempo ciudadano de Roma y de Atenas y de Bizancio.

Ni la gracia de Wilde, ni la fuerza de Heredia, ni la riqueza de D'Anunzio explican suficientemente a Valencia. Hay en el poeta de “Ritos”, un poder de pensamiento que no siempre asistió a los estetas de fines del siglo pasado. En sus grandes poemas avanza hasta el centro mismo de los problemas sociales, estéticos o religiosos. Valencia es un parnasiano, el primer parnasiano de América que se refleja en un pensador. El cofre que deposita en nuestras manos como prenda de su genio no se halla repleto de arena como aquel que los prestamistas judíos recibieron del Cid, sino colmado de auténticas bellezas” (1).

Maya advierte que no corresponde la preparación intelectual de Valencia a la obra realizada y publicada. Tanto más, cuanto que a los veinticinco años, ya había elaborado lo mejor de su producción poética.

(1) Rafael Maya. “Consideraciones Críticas a la Literatura Colombiana”. Bogotá 1.900. pág.

Otro intérprete y crítico del maestro, René Uribe Ferrer, tiene un estudio de inmenso valor y de penetración decisiva sobre su obra.

Así se expresa:

“Es asombroso el caso de precocidad estética de Valencia, mucho más si se tiene en cuenta el tono dominante en la colección de “Ritos”, más de decantación cultural que de primaveral inspiración juvenil.

“Al cumplir el cuarto de siglo, era Valencia uno de los mayores poetas de su lengua. Viene luego el triunfo político, también fulgurante, que lo consagró como uno de los jefes máximos del partido conservador y lo enfrentó al prestigio gigantesco, a la sabiduría y al orgullo de don Miguel Antonio Caro. Desaparecidas las grandes figuras del pasado siglo —Caro, Pombo, Silva— será a lo largo de su vida el máximo representante de la inteligencia colombiana. Murió en 1.943 y la paz crítica no se ha firmado en torno a su sepulcro. Todavía se discute en torno a su nombre y a su significación, con la exaltación de lo actual. Suscita aún la admiración ciega, que para él tuvieron sus contemporáneos o el rechazo violento pero no razonado ni sereno.

“La intensa producción de sus veintitrés a veinticinco años hacía esperar una relativa fecundidad en su obra posterior. Pero la diplomacia, la política y sobre todo, el ansia de asimilación cultural, esterilizaron un poco su vena creadora en los años inmediatos. La segunda edición de “Ritos” es de 1.914. En los diez y seis años que la separan de la primera, sólo alcanza a componer, fuera de algunas traducciones, una media docena de sonetos y cuatro poemas de alguna extensión: **Dijo la Lechuza, A Popayán, Las Dos Cabezas y La Parábola del Monte**”. En significado estético sólo el Canto a Popayán marca, hasta cierto punto, una innovación. Lo demás continúa, sin superarla, la dirección de la edición primera. Sólo algunos duros golpes de la vida —el fracaso de su primera campaña

presidencial, la muerte prematura de su esposa, la segunda derrota— habrá de caldear nuevamente su número. Entre 1916 y 1928 aparecen varios de sus poemas más significativos, menos brillantes de forma pero con un contenido más auténticamente humano que su obra juvenil. Luego, al llegar la vejez y la caída irremediables de las ambiciones soñadas, escribirá, entre 1930 y 1938, tal vez lo más definitivo de su creación poética. Creo que la miopía de la generalidad de la crítica colombiana frente a la obra de Valencia, radica en haber enfocado su consideración únicamente sobre "Ritos". Los mismos estudios de Maya, lo más sólido que al respecto poseemos, adolecen bastante de esta falta de valoración suficiente del último Valencia".

"Al mencionar a "Ritos" se ha hablado demasiado de parnasianismo. Evidentemente es uno de sus aspectos dominantes. Los primeros sonetos que dieron a conocer al joven poeta —**Decadencia, Ovidio en Tome**— son legítimamente parnasianos. El mismo tono se encuentra en otros poemas: **Caballeros teutones, Balada, Moisés, Las Dos Cabezas**. Este último, el más fastuoso y variado. Síntesis de su parnasianismo puede ser el soneto "**Oh Paganismo**". Los artistas enamorados de la forma clamarán por la resurrección del paganismo en su sentido estético. En Valencia esa posición contrasta con su cristianismo intelectualmente profesado. Las contradicciones no deben extrañarnos en los artistas, que, mientras más grandes y complejos, más han acostumbrado mostrarlas. Esa es la vena parnasiana de este poeta, innegable, pero no tan fundamental, ni única como tantos críticos han pretendido. Hay otras vetas más ricas y hondas en este libro cuya vigencia continúa. Una de ellas es la aplicación de la misma técnica parnasiana a los grandes cuadros históricos, pero con un sentido intelectual y emotivo, simultáneamente, que los parnasianos, con la relativa excepción de Leconte de Lisle, no acostumbraron. En

el Circo, Palemón el Estilita, San Antonio y el Centauro, los tres encarnan esa lucha entre paganismo y cristianismo que en Valencia libraban entonces y libraron siempre su estética y su ideología.

“En el Circo, exalta a Nerón como síntesis de la estética decadente y refinada:

Sabes morir como el artista sabe!
al desaparecer del Universo,
antes que el ritmo de tu voz acabe
¡amas de Helenia recordar un verso!

Pero exalta también a los vencedores del perseguidor, a los mártires que levantaron con su sangre y sus dolores del reino de paz del Cordero:

Te ha vencido la tímida figura
que en el sangriento fondo del estadio
burló con risa angelical y pura
los filos tajadores de tu gladio!

“No hay en este poema el triunfo de ninguna de las dos causas ya que el canto termina con una estrofa donde se expresa la duda. La posición cristiana se impone aparentemente en **San Antonio y el Centauro**. Hay aquí una obra maestra. Pero el cristianismo es exaltado sólo desde un punto de vista estético. Cristo es el trágico sublime. La posición del poeta continúa vacilante.

“En **Palemón** la lucha se traslada al alma del solitario que duda entre la carne y el espíritu. Aquí, como tantas veces en la vida, triunfa la carne. El contraste entre la figura del monje, escuálida y ascética y la lujuriente y luminosa de la tentadora, da al poema una vibración dramática insuperable.

“Hay un grupo de composiciones que se sitúan en la corriente simbolista. Sirvan de ejemplo **Los Camellos**, **A la manera moderna**, **Voz Muda**, **Cigüeñas Blancas**, **La Parábola del monte**, **Telepaña**. Debe observarse que estos fueron los poemas predilectos de

Baldomero Sanín Cano, de Víctor Ma. Londoño y de los amigos contemporáneos del poeta. Lo que debería hacernos pensar que llamar a Valencia parnasiano ante todo es fruto de una visión descentrada.

“Podríamos intentar resumir en una síntesis el significado de **Los Camellos**. Pero pueden reducirse a un símbolo único. **Voz Muda** y sobre todo, **Cigüeñas Blancas**”: Qué cantidad de sugerencias concentran ambos poemas. Pero junto a la vena parnasiana y a la simbolista, discurre por estas páginas el torrente romántico.

“Anarkos” ha sido y sigue siendo la obra más popular de Valencia, a pesar de que faltan en ella muchas de las características de “Ritos”: su rígida selección formal, su concisión expresiva, su esoterismo aristocrático. Es un poema desigual en la forma y en la expresión, en el que no faltan los prosaismos ni la oratoria. Tiene en cambio algo que vale mucho más: el calor humano, sostenido y trémulo; y el sentido de la desigualdad y la solidaridad social. La pintura de la tragedia del artista y la exhortación que la sigue, son tal vez la parte mejor lograda de este largo canto.

“El fervor religioso no se encuentra en “Ritos”; únicamente la mentalidad religiosa. (1)

TRADUCCIONES

Muchos críticos de Valencia dicen que varias de sus traducciones superan la obra original.

Las traducciones ocupan en Valencia una tercera parte de su libro “Ritos” Uribe Ferrer dice: es cierto que la traducción ocupa un lugar secundario en la creación poética y verdad también que el lirismo expresado es ante todo del autor primitivo. Pero también es verdad que el hecho de escoger determinados

(1) René Uribe Ferrer. “Modernismo y Poesía Contemporánea” Medellín 1.962. pp. 68 y siguientes.

autores revela afinidades profundas de temperamento lírico. Es significativo que, a pesar de su formación juvenil griega y latina, a pesar de que dominó el latín y conoció perfectamente y releyó siempre la poesía romana, en Ritos no hay ninguna traducción de este idioma y sólo una del griego. Las versiones allí incluidas son todas de los que fueron maestros de su evolución modernista: D'Anunzio, Hugo, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé. Maeterlink, Wilde, De Castro, Altemberg, Stefan George, Homansthal, Si muchas de esas versiones llaman la atención por su fidelidad como "**Las Manos**", otras son verdaderas recreaciones.

Uribe Ferrer, en un reportaje que le hizo al Maestro en 1.941, éste le preguntó: Entre los poetas que ha vertido a nuestra lengua, cuál es su preferido? Y él contestó "Ninguno especialmente, puesto que he traducido a los mejores del mundo. He consagrado especial cuidado a este arte de la traducción, porque sirve para profundizar en el propio idioma. Para traducir hay que conocer más la lengua a que se traduce que aquella de que se vierte. Basta conocer bien el sentido de la poesía original y luego hay que escoger los términos, los giros que en la propia se adapten más al pensamiento y a la forma del autor primitivo. Pero es difícil valorar preferencias. Todos son perfectos dentro de su manera". (1)

Valencia en su "**Réplica a Don Lope de Azuero**" defiende arrogantemente su labor de traductor con pruebas de que no la han desdeñado a través de los tiempos los más grandes ingenios. Nada más que en traductores de poesías italianas, citó cuarenta españoles, los más encumbrados como poetas originales por el estilo de Lope de Vega, Quevedo, Garcilaso, Fray Luis de León, Menéndez y Pelayo, Zorrilla, etc. y en América Bello, Caro, Calcaño, Pombo, Gómez Restre-

(1) Reportaje al Maestro Valencia por René Uribe Ferrer.
"El Pueblo" 1.941

po y tantos más. A quienes le criticaron prosaismos en sus traducciones contestó; "los prosaismos no deben atribuirse al traductor sino al modelo, como en el caso de expresiones, repeticiones, de Víctor Hugo, torrente desbordado.

Sobre traducciones del inglés dijo el mismo Valencia:

"La primera dificultad que encuentra quien vierte del inglés al español, es la disparidad esencial y orgánica entre las dos lenguas. Los filólogos han clasificado aquella de monosilábica, y hasta se permiten compararla con el chino. El monosilabismo chino es tan natural y primitivo como el monosilabismo inglés, apunta Cejador. Súmase a esta ventajosa concisión la elasticidad ortológica que puede acelerar o dilatar una sílaba mediante matices de fonética que sólo advierte el inglés nativo. Uno vacila, por ejemplo, ante la pronunciación de estas voces que expresan cosas distintas, se escriben de modo diferente y se articulan por modo idéntico: Right, rite, Wright y Writhe. El sentido antes que el oído guiarán para discernir de qué se trata".

"Cuando se trata de idiomas afines, la versión es más fácil si se atiende a la fidelidad literal: la etimología, la fonética, una morfología identificada y a menudo semántica, concurren de consumo al éxito afortunado de la traducción. Frente a una lengua radicalmente distinta de la propia, hay que llamar a concurso todas las reservas idiomáticas llevándolas a tal estado de fusión que permitan vaciarlas en los moldes originales, a su antojo plasmados por el autor que usó de toda libertad para esquivar como quiso las dificultades de expresión, ya retrocediendo en el concepto, ya modificándolo en vista de una rima selecta, ya adaptándolo a otra; mientras que el traductor da de bruces contra el obstáculo insalvable, definitivo, desafiante. Hay que apelar a todos los recursos del léxico para seleccionar las formas que entreguen el sentido

auténtico del verso o de la estrofa; si esto se logra, traducir equivale casi a producir. Antes que el metro elegido, priman para el resultado: la comprensión del poema y la intensidad para sentirlo. El sentimiento es hijo de la capacidad emotiva y estética del traductor que origina entonces una verdadera palestra entre pares: de poeta a poeta". (1).

Es un maestro en la traducción; un conocedor profundo del idioma y con un estro auténticamente sorprendente y único en América.

Es una verdadera curiosidad el folleto, "El Vengador de Wilde", publicado en Popayán para responder a Bernardo Arias Trujillo, por el maestro, en 1.936. Debido al concepto jacarandoso y renegado del novelista, que quiso ser poeta, tradujo también la "Balada" de Wilde y se atrevió estampar este concepto sobre la traducción incomparable de Guillermo Valencia "Merece más la horca don Guillermo Valencia por haber **adulterado tan criminalmente** la "Balada" de Wilde, que el propio soldado Carlos T. Wooldridge ajusticiado en Reading".

El maestro publicó su folleto de 76 páginas con un estudio tan perfecto sobre lo que es traducir del inglés, que revela conocimiento más que ordinario de ese idioma y reduce a cero la traducción de Arias Trujillo. Cumple a perfección el maestro su propósito expresado en estos versos con que principia:

"Sentenciado estoy a muerte!!

yo me río:

No me abandone la suerte
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena
quizá en su propio navío.

(1) Guillermo Valencia "El Vengador de Wilde", Popayán. 1.936. p. 6 y siguientes.

Tras analizarle casi verso por verso, para demostrarle a Arias Trujillo la incomparable ruindad y miseria de su traducción, le dice: “la versión de Arias Trujillo (Vengador de Wilde lo llama por ironía) es el más completo muestrario de la cueva de doña Urraca. Déjame a veces la impresión de un centenar de almohadas de trapo —regalo de la caridad a los asilos de viejos— en que la burda tela del percal que las cubre se dobla lánguidamente descubriendo a través la apelotonada hinchidura. Hace desternillarse que quien no conoce su propio idioma e ignora a fondo la materia que trata, sin más fiadores que la audacia y un par de dados para tentar el azar, se arriesgue así a distribuir lanzadas, jinete de un penco desechado en los desolladeros, para la suerte de pica....

El folleto termina con un veredicto proferido por la justicia del verbo, así: “En vista de lo expuesto, esta alta Sala, administrando justicia a nombre de la República de las Letras, y por autoridd de las Leyes filológicas, críticas, históricas, lexicográficas, gramaticales y métricas, condena al ya nombrado vengador a sufrir la pena de horca en el “patio asfaltado”, de la Casa Editorial de Zapata - Manizales. Suministrará ella la cinta necesaria para trenzar la cuerda de castigo, de la misma clase y negra color que se emplearon como registro en la Balada de la Cárcel de Reading. Presenciarán la ejecución los 84 auxiliares del reo, conforme a la lista que obra en autos.

Para memoria de este crimen y ejemplo en lo porvenir, se colocará una lápida en la fosa del ajusticiado, con esta leyenda en inglés y la correspondiente traducción del convicto: Bernardo Arias Trujillo (alias el Vengador) R. I. P. The man had killed the thing loved. And so he had to die. Este hombre asesinó lo que adoraba y por eso tenía que morir. En la cara opuesta a la lápida, en el pequeño hito que marcará la fosa, se grabará también esta sentencia del afrentado Príncipe:

“Un gran poeta, el verdadero gran poeta, es la menos poética de las criaturas, mientras los poetastros son en grado máximo fascinantes. A medida que sus rimas son peores, más pintorescos se ostentan. El haber publicado un solo libro mediocre los torna absolutamente irresistibles. Estos se viven la poesía que no pueden escribir. El otro escribe la que no osó realizar”. Firma Apollo Excoriator. Como Epílogo, Valencia puso:

Sentenciado estuve a muerte!

ya me río;

pues ha querido la Suerte
que el guapo de mi condena
se columpie de una entena
sobre su propio navío.

“Si tenéis que oponer, hablad, os ruego;
mas si nada objetáis, firmad conmigo.

Guillermo Valencia

Al leer este folleto de Valencia, se me vinieron a la mente las polémicas de Rivera J. E. y el poeta Castillo y me afirmo en que realmente es irascible e irritable la raza de los poetas.

De todos aquellos escarceos a que fueron tan adictos nuestros poetas centenaristas, sobreviven las famosas “Réplicas a Don Lope de Azuero” de Guillermo Valencia, que son páginas críticas de antología y eternas. Y creo que de este folleto agrio contra Arias Trujillo, es mucho lo de fondo, de crítica, de historia, de filología que el lector puede sacar.

Eduardo Castillo que fue Secretario privado de Valencia, se trenzó en tremenda lid poética con Angel Ma. Céspedes porque éste escribió en verso cuando la candidatura primera del maestro: y entre otras muchas cosas le dijo: “Cambiar tu sol de Grecia —por el falaz cocuyo— del público entusiasmó relampagueante y breve —y para conseguirlo rendir ante la plebe—

la lira sacrosanta. "Castillo le contestó: "Crees que, porque un público de imbéciles te aclama—liróforo de numen genial, niño prodigio—al rey de nuestros bardos iguales en prestigio? Rash Isla en un bello soneto les recordó, tras otros escarceos de insultos en verso: "ya os batistéis como bravos troveros del arte; mas es justo que, después de la liza—crucéis tras el incendio—sobre el campo en ceniza—en un cristiano signo de perdón, los aceros".

DON MATUSALEN ANARKOS

Fue muy famosa la polémica establecida entre don Lope de Azuero y don Matusalem Anarkos, que reprodujo en folleto las "Hojas de Cultura Popular", en su número de septiembre de 1.952.

El maestro Valencia atribuyó el pseudónimo a Tomás Márquez a Delio Seraville y otros suponen que fue Luis Ma. Mora.

La arremetida contra Valencia comienza así: "El poeta es un ser de excepción, superior en destino a los demás hombres". Luego de explicar por qué y de advertir que hay profundas diferencias entre el poder del ala y la virtud del canto, dice: "Al referirnos a Guillermo Valencia debemos confesar sincera y lealmente que jamás ha conmovido con su acento nuestras fibras cordiales y que tampoco cuando se remonta, asciende más allá de nuestros ojos. Quizá con este concepto piquemos la susceptibilidad de sus turibularios y la del pontífice. Si así fuere, venga el que guste a reñirnos porque aseveramos en alta voz que Valencia carece de emoción entrañable y de pujanza lírica, pero posee en cambio un talento literario tan asombroso y tan excelente maestría de expresión que logró imponerse como excelso poeta, siendo más bien un cincelador de versos, de esplendidez artificial y de bellas imágenes.

"Injusto sería olvidar que Valencia mantuvo el cetro de la poesía entre nosotros en los cuatro últimos lustros y que fue el guía mental de los poetas de la nueva generación en lo que toca al cultivo de las formas métricas. Hoy, hasta en los rimadores de segundo orden como Carlos Villafañe, es fácil dar con versos aislados de ejecución impecable cuyo timbre y cadencia evocan a muchos de los "Ritos". El influjo secreto del artista payanés expandió por el ámbito de la

república el culto de la expresión refinada y esa influencia más o menos remota, aparece en los nuevos líricos, especialmente en J. E. Rivera, Rash Isla, Castillo, Leopoldo de la Rosa, Liévano y Céspedes.

Valencia se hará inolvidable, además, por algunos de sus poemas de ahora veinte años como "Las Cigüeñas", y "Leyendo a Silva", y aunque en estos últimos tiempos no haya agregado joya alguna a su cofre mágico, tiene un tesoro suficiente para acreditarse como el poeta más opulento de ayer. Fácilmente se nota que carece del poder creador pero en cambio posee —a semejanza de los espejos— la rara aptitud de reflejar la belleza ya creada. Su inventiva poética es inferior a su facilidad de asimilación y casi no hay canto suyo que no lleve un tema sugerido por lecturas diversas. "Siempre hemos creído que el que traduce cumple una misión inferior, puesto que en vez de cabalgar en Pegaso se rebaja a la condición de palafrenero. Por esta creencia no aludimos a las versiones del vate".

La Réplica del maestro a las críticas duras e injustas de don Lope de Azuero fue famosa. En dos artículos magistrales hizo gala de erudición, de ironía, de sarcasmo, de elegancia, para defenderse y defender a todo el mundo de esa clase de invectivas.

Leamos algunos párrafos:

"Grande cosa es la poesía, pero no es más que la forma graciosa en que culminan procesos anteriores de mayor trascendencia. Ella es solamente como la flor del árbol de la sabiduría. La inspiración poética no implica por su misma fuerza mental creadora en el grado máximo, la que solo se halla en las ciencias abstractas; el matemático creador es la antítesis del poeta; sólo aquel mortal juega con valores eternos. El concepto literario obedece a una ley de subordinación, en la esfera de las actividades mentales.

A ayudarme a sobrellevar la cruz de corcho de autor inspirado por otros, llamaría a todos los poetas del

mundo habidos y por haber, entre quienes muchos grandes y excelsos tachados fueron de algo más grave: de plagiarios.

“Qué difícil señalar el alcance emocional de cada obra”. Por lo común cuantas dejó la antigüedad clásica sólo conmueven y arroban a quien dispone de preparación suficiente; el humanista logrará la entrañable emoción de Erasmo: el simple aficionado calará a menos hondura y el profano, de seguro no penetrará la superficie. Otras formas hay de arte que sí permiten la participación de todos en el abierto ágape de la belleza.

“Careciendo yo, como dices, de emoción entrañable, por qué “Anarkos” ha perdurado en la memoria de quienes pueden apreciar “la maestría de la expresión?” Algo deben de haber sentido los humildes que así gustan de conservar aún aquellos versos. “El Canto a Popayán” conmovió entrañablemente a un Doctor en Letras que consagró a su análisis y elogio la tesis de grado.

EDICIONES

Las ediciones de versos de Valencia más famosas son: “**Ritos**” Bogotá 1.899.

“**Ritos**” (Londres establecimiento tipográfico de Wertheimer Lea y Cía. Clifton House). 1.914.

“**Versos de Guillermo Valencia**”, Víctor Ma. Londoño, Cornelio Hispano Max Grillo”.

(Ediciones Colombia Bogotá 1.925. “**Traducción de la Balada de la Cárcel de Reading Popayán** 1.932; “**Goethe, la Ley de su Vida**” de Gerhard Masur (Bogotá 1.939; que contiene las traducciones de Goethe “**La Parábola del Foso**” y “**Job**”, publicados con bellas ilustraciones por la revista “**Pan**”, N° 18 de 1.937 y 21 de 1.938; “**Katay**” **Poemas orientales**”, Bogotá 1.929. Guillermo Valencia “**Obras Poéticas Completas**” Editorial Aguilar. Madrid; “**Selección de Poesías de Gui-**

lermo Valencia", colección El Arco y la Lira. Medellín. De estas últimas dos, se hacen constantemente nuevas ediciones y se venden en todo el público de habla española.

AGUILAR, con los títulos "Otras Poesías" y "Versiones" recopila toda la obra distinta de "Ritos" y "Katay".

KATAY

Valencia lo presenta con estas palabras: "Este librito no marca una reacción en mí. Ni es un programa. Prefiriera se le tildase de ingenuo.

Tampoco es original, porque como el traductor payanés ignora apaciblemente la lengua china, se ha resignado a ofrecer una versión sencilla de otra que, en noble prosa francesa de edición lujosísima hiciera Franz Toussaint para aficionados curiosos. Se trata pues de una traducción de segundo grado, en la que el texto francés suministró las líneas que intenté velar con los colores de la paleta castellana.

Como los grandes maestros de la estatutaria griega, que solamente crearon unos pocos tipos de belleza, reproducidos después por discípulos y sucesores, los poetas chinos por su parte, han venido explotando desde la más remota edad, unos mismos temas, valiéndose de corto número de selectos símbolos, accesibles a todos. La delicadeza constituye el principal encanto de la poesía china.

No deben buscarse aquí lujo de dicción, refinamientos de métrica que desvirtuarían el aroma de los cantos originales. Los chinos escriben como pintan en sus biombos, como bordan sus túnicas: con frescura, con intención, con humildad, con gracia. Feliz de mí si después de someter a segunda infusión estas hojas, puedo ofrecerla, aunque no en vaso azul de Ni-Cing a aficionados curiosos, por si logran sentir siquiera un leve dejo de aquel licor de divino aroma que acendró

para hombres sencillos la complejidad insondable del Celeste Imperio”.

Son 101 versiones y 5 Temas Arabes, originales del poeta. Vuelve aquí el tono sensual de muchos poemas juveniles, pero con cierta melancolía y añoranza que deja adivinar la huída definitiva de la primavera, y que le da una vibración personal. “**El Desdén Trascendental** es la expresión de un altivo estoicismo que no logra ocultar del todo un soterrado desengaño, dice Uribe Ferrer.

LA OBRA POETICA DE VALENCIA

188 son los poemas que integrari la obra poética de Guillermo Valencia, como producción original, aparte de las traducciones y de lo que corre en álbumes diversos.

Producción Original (Parte)

Motivos

Puntos de Vista

Cigüeñas Blancas

La razón de Don Quijote

El triunfo de Nerón

Decadencia

En el Circo

Melancolía

Job

Elegía en la muerte de “selva”

San Antonio y el Centauro

Los Camellos

La tristeza de Goethe

Futuro

La parábola del Foso

A un amigo muerto

La serie sustantiva

Tríptico (relatividad)

Palemón el Estilita
Tríptico (Los Caballos)
A Popayán
Desdén trascendental
San Antonio de Padua
Lección
La balada del Pozo
Fátum
Mater Christi
Al más enhiesto pico
Dijo la lechuza
Ovidio en Tome
Loa del Pobrecillo
Canción
En un álbum
Ella
Las dos Cabezas
Caldas
Leyendo a Silva
Balada "
Telepatía
Reliquias (del francés)
Nihil
Exégesis
Alma Mater
Caballeros Teutones
La Voluptuosa
Gacela
El camello robado
A un conductor
Los siete dones
Los taciturnos
Patmos
Tríptico (la estatua)
Croquis
Pro-Centenario
A Don Pedro Felipe de Valencia
Pigmalión

Codicilo
Hay un instante....
Invocación a la diosa
Moisés
Esfinge
Catleya
La Urna
Post Bellum
Estatua de la guerra
El caballero de Emmaús
A Erasmo de Róterdam
Día de Ceniza
Amor Fati
Amarillo Cromo
Voz Muda
Pax Nobis
Anarkos
Evocación
Vaticinio
Mis votos
Esculturas
Los pollos de Guateque
Enigma
No puede ser
A Tórtola Valencia
Díptico
A Jesucristo
Himno Patriótico
Himno de la Raza
Los Gansos
San Juan Bautista
Traducciones - Poesía Francesa:
Aparición y Brisa Marina, de Mallarmé
El Estoque, de José María de Heredia;
Sol Poniente, de Heredia,
La Muerte del Aguila, de Heredia,
La Espada, de Heredia
La Visión de Khem, de Heredia

El Lecho, de Heredia
César Borgia, de Paul Verlaine
Mujer y Gata, de Paul Verlaine
Agonía, de Paul Verlaine
El Retrato, de Charles Baudelaire
Los Gatos, de Charles Baudelaire
Poder igual bondad, de Víctor Hugo.

Poesía Italiana:

A las mujeres, de Gabriel D'Annunzio
Un sueño, de Gabriel D'Annunzio
Animal Triste, de Gabriel D'Annunzio
En la muerte de una obra, de Gabriel D'Annunzio
Pánfila, de Gabriel D'Annunzio
Manos, de Gabriel D'Annunzio
Regina Mors, de Gabriel D'Annunzio
Los Vencidos, de Ada Negri
Los Dos Niños, de G. Páscoli
Exhortación, de D'Annunzio

Poesía Alemana:

Mozo de Aldea, de S. George
El señor de la Isla, de S. George
Aniversario, de S. George
Las Guacamayas, de S. George
Sapientia, de Peter Altenberg
La balada de la vida exterior, de Hugo Von Hofmannsthal
Palabras Primitivas, de Goethe
Elegía de Marienbad, de Goethe
El Caballero, de Rilke
Sueño Vivido, de Hugo Von Hofmannsthal
Oid, de Peter Altenberg

Poesía Inglesa:

Balada de la Cárcel de Reading, de Oscar Wilde
Al Artista, de Oscar Wilde
Oda a una urna griega, de J. Keats

Poesía Portuguesa:

Amor Verdadero, de Eugenio de Castro
Después del Diluvio, de Eugenio de Castro

Poesía Rusa:

Los Gansos, de Krilof

Poesía Griega

Epigrama, anónimo
Retrato de la Amada, de Anacreonte

Poesía China

Poemas de 20 autores chinos, antiguos y del siglo pasado, compilados en "Catay", edición bogotana de 1.929. Editorial "Cromos".

ORIGINALIDAD

Rafael Maya y otros círculos, han querido minimizar la obra genial de Valencia como poeta refiriéndose a los temas que empleó para sus obras, auténticamente universales, pues traducidos a cualquier idioma del mundo, despertarán el entusiasmo. Han dicho, por ejemplo, con simpleza y aviesa intención: "Anarkos" fue inspirado en Zolá: "Palemón" en France; **La Parábola del Monte** en Nietzsche; "San Antonio y el Centauro" en las vidas de los santos; "En el Circo" en "Quo Vadis," etc. etc. Pero como él mismo se defendió: "en todo bloque de mármol existe una estatua. El trabajo es sacarla. Todo tema es un bloque; quitarle lo que sobra y pulirlo es hacer la estatua". Si porque en "Germinal" Zolá habló de mineros, Valencia se inspiró en esa novela para escribir Anarkos, ningún tema en el mundo sería original entonces. Habría que decir, como sugirió el maestro: "Tal o cual poema, o la obra entera existen de cabo a rabo en el diccionario de la respectiva lengua".....

Sanín Cano, quien prologó tanto la Edición de "Ritos", de Londres, como la de Aquilar, (Obras Poéticas Completas) dice que hay entre Valencia y su ambiente predilecto; Popayán, marcadas consonancias ya que en esa ciudad riñen batalla cotidiana el pasado, el presente y el porvenir. Y que esa lucha es el estado de espíritu más discernible en él. Luego prueba que es un poeta alejandrino. Alejandrinismo es la tendencia a un reposo relativo después de un período de agitación. El alejandrinismo es el resultado de una viva agitación producida en espíritus selectos por el choque de varias civilizaciones. Es una predisposición a hallar plausibles todas las teorías y a trazar las líneas sinuosas en que se enlazan todos los sistemas que se contradicen. Tal predisposición trae consigo una sensibilidad biperestética; una capacidad de percibir preferentemente las medias tintas, las ideas evanescentes, los conceptos que oscilan muellemente entre la verdad y el error".

Estos conceptos de alejandrinismo tienen bases sólidas; pero la posteridad no ha vuelto a hablar de ellos, ni los críticos posteriores han prohijado este encasillamiento de Valencia.

Frialdad

Eso de frialdad con que calificaron a Valencia algunos críticos, influídos poderosamente por el romanticismo llorón o de alarido, ha quedado relegado también. Carecen de lógica, dice Sanín Cano, y en mucho de mero raciocinio los numerosos propagadores de la doctrina según la cual la obra de Valencia carece de sentimiento. El poeta en Valencia, por delicadeza, por refinamiento mental, guarda para sí sus íntimas sensaciones personales. Cree más noble negarle el grito a la pasión intensa que suscitar con él la piedad o la conmiseración del lector indiferente. No negaba la intensidad. Como algo de belleza incomparable y de sentimiento están los tres sonetos que consagró a la me-

moria de su esposa. Hemos de decir que también hay emoción lírica en los cantos consagrados a Jorge Isaacs, a Júlio Flórez, y varios otros.

El dolor humano encuentra su resumen y profundidad insondable en el poema Job. Es una efusión de las más sinceras y desgarradas que brotaron de su alma. Se sostiene vivo y personal a pesar del recuerdo inevitable del libro bíblico, una de las creaciones supremas—si no la suprema—de la literatura universal. Pero es que el Job que aquí clama es el Job del antiguo testamento y es el hombre eterno y es el poeta que **recreó** el tema, añade con gran penetración Uribe Ferrer.

La obra de madurez de Valencia

René Uribe Ferrer, con aguda crítica, amor al intenso Valencia y estudio profundo de su obra, insiste en que lo más valioso del poeta es su obra de madurez, precisamente la que los demás críticos, con muy pocas excepciones, no tienen en cuenta. En esos años y todavía en los finales, se continúa la manera parnasiana, sobre todo en sonetos, pero son lo menos significativo de su labor. La mera supervivencia de la manera superada. Esto lo vemos especialmente en los poemas de tema cristiano: **Los Caballeros de Emaús, Loa del Pobrecillo, A Jesucristo.**

Fuera de estos, para probar que esa obra de madurez, en contra de quienes han pretendido, por ignorancia sobre la vida de Valencia, que a los veinticinco años ya había escrito lo eterno de su estro, Uribe Ferrer cita preciosidades de tan intenso valor como **Los sonetos a la muerte de su esposa, La Tristeza de Goethe, En la Muerte de Selva, Mis Votos, Alma Mater, Balada de la Cárcel de Reading**, (preciosa traducción) **Post Bellum**, escrito a raíz de su última campaña presidencial que dice:

Oh mi vida!. Caíste con tus alas ya rotas .
destrozada la frente y adolorida y manca;
jirones de la túnica la tempestad te arranca
y como un ave herida, junto a las algas flotas.

Y hay que mentar aparte, como algo de gran preciosidad y de pesimismo inevitable, pero de méritos incalculables "La Parábola del Foso". Todos nuestros momentos de felicidad y nuestras largas horas de dolor y nuestras glorias mundanas se derrumban en la nada niveladora.

Uribe Ferrer dice que es la culminación lírica del autor:

Y como todo aquí sólo es símbolo y sueño,
en el orbe invisible del pensar hay abismos
para toda creación o conquista o empeño;
devoran todo simas de funeral diseño;
rememorar culturas es vivir cataclismos.

Cada instante el olvido como un sepulturero
cava fosas y fosas para el recuerdo triste y alegre;
pequeñas como suelen para guardar un niño
son las que se consagrañ a la breve alegría,
y largas y profundas si a las horas de fiebre
de ansiedad, de desdén o de melancolía.

Lo que existe es ya tumba de lo que viene:
percibe cada instante al nacer, su sepulcro abierto
Y el instante sepulta nuestro pensar, que es
(tiempo,
y con él un jirón de nuestra carne débil
que es fragmento de espacio
ardida en la perenne combustión de la vida.

Alumbrar es arder: el que no piensa se abrasa
(más despacio;
pero el vivir intenso y el soñar y el sufrir

enardecen las llamas y apuran el vivaz relucir
del ardua flor del ser: alumbrar es arder
y quemarse alumbrando es vivir! Es vivir!
(Es vivir!!)

La vida es angustiosa; todo pasa en este mundo; placeres, gloria, riquezas, alegrías porque el instante sepulta hasta pensar que es tiempo. Todo lucha contra todo y se destruye. Es largo el olvido de lo alegre; como un sepulturero, el instante cava fosas, que son profundas para las horas de ansiedad y de amargura.

Flores, flores, más flores!!
Se abrieron hacia el alba y a la tarde
se deshojan, lo mismo que la vida.
Rosas, rosas, más rosas....

El siguiente soneto a su esposa tiene sentimiento y belleza

Que te amé sin rival, tú lo supiste
y lo sabe el Señor; nunca se liga
la errátil hiedra a la floresta amiga
como se unió tu ser a mi alma triste.

En mi memoria tu vivir persiste
con el dulce rumor de una cantiga,
y la nostalgia de tu amor mitiga,
mi duelo que al olvido se resiste

Diáfano manantial que no se agota
vives en mí y a mi aridez austera
tu frescura se mezcla gota a gota.

Tú fuiste a mi desierto la palmera,
a mi piélago amargo, la gaviota
y sólo morirás cuando yo muera

En otro soneto a su esposa dice:

Sobre el olvido mi recuerdo impera:
de su sepulcro mi dolor la arranca;
mi fe la cita, mi pasión la espera.

De "Cigüeñas Blancas" transcribo:

Todo tiene sus aves: la floresta,
de mirlos guarda deliciosos dúos;
el torreón de carcomida testa
oye la carcajada de los buhos;

La gloria tiene al águila bravía;
albo coro de cisnes los Amores;
tienen los montes que la nieve enfría,
la estirpe colosal de los condores.

Esas aves me inquietan; en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

En "A la manera moderna", bellamente evoca los días radiantes y felices:

Venid calladas horas de mágico recuerdo
que en el profundo vértice de la memoria pierdo
con el naufragio de un Ayer!
Resurja ya el paisaje que reflejó mi mente
como refleja el fondo de límpida corriente
el gris del turbio amanecer.

En "Motivos", recuerda amores inocentes y tranquilos de la edad limpia:

Su imagen bella, como blanca nube
que flota en el azul de mi memoria
ya en alas del ensueño a lo alto sube
ya besa mi alma, convertida en gloria.

En "Los Crucificados" expresó un deseo que se cumplió, pues murió al entrar en la vejez:

Muy dulce morir antes que llegue
la trémula vejez envuelta en frío!
A qué seguir con taciturno paso
de camellos? Dormid al pie del Monte
para no ver manchado el horizonte
con el ávida sombra del Ocaso.

En "Día de Ceniza", canta los anhelos y los tedios:

Hoy el pálido numen de lo inerte
a su callada soledad convida
al que vive soñando con la Muerte
y al que muere soñando con la Vida.

¡No nos dejen morir! La luz colora
cálidos horizontes. Vuela, oh nave
tajando azul con tu luciente prora.
Todo es sol, todo es verde, todo es ave!

¡No nos dejen vivir! Un astro yerto
que empuja el huracán por el vacío
alumbra las arenas del desierto....
Todo es hiel, todo es sombra, todo es frío!....

Oh los ancianos! Soñolientos sauces
doblados sobre el lecho de unos ríos
que abandonaron, con los viejos cauces
ramajes que lamentan sus desvíos!

Gemid poetas! funeraria urna
do bullen entre gélidos arcanos
—bajo la propia lobreguez nocturna—
los versos como lívidos gusanos.

Al final de "Los Camellos", vuelve con el tema de los poetas:

Qué pueden los ceñudos? Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas
Sólo su arteria rota la Humanidad redime!

Es famoso el verso de "Anarkos"

Quién me dirá si un huevo
es de torcaz o víbora? La mente
no sabe leer lo que en el tiempo asoma:
el hombre como el huevo
en nidos de dolor será serpiente
en nidos de piedad será paloma.

No puede ser que vivan en la arena
los hombres como púgiles; la vida
es una fuente para todos llena;
id a beber, esclavos sin cadena;
potentado, tu siervo te convida!
Nada escuchan! Los pobres, a la jaula
de la miseria se resisten fieros
y con brazo de adustos domadores
y el ojo sin ternura, los enjaula
la codicia sin fin de los señores!!

En "La Palabra de Dios", da un consejo que seguramente es reflejo de personales amarguras provocadas por las locuras juveniles.

Nunca pruebes —me dijo— del licor femenino
que es licor de mandrágoras y destila demencia;
si lo bebes, al punto morirá tu conciencia
volarán tus canciones, errarás el camino.

Y agregó: lo que ahora vas a oír no te asombre:
la mujer es el viejo enemigo del hombre;
su cabellos de llama son cometas de espanto.

Ella libra la tierra del amante vicioso,
y ella calma la angustia de su sed de reposo
con el jugo que vierten las heridas del santo....

De "Elegía" tomo estos versos en honor de su perra de cacería:

El tañido servil de tu cadena
música fue triunfal y tus pisadas
el rastro del honor sobre la arena.

Cuántas veces cayó la sombra oscura
sobre los montes y su voz seguía
desvelando la paz de la espesura.

Y al despertar por el Oriente el día,
la gravedad de tu clarín sonoro
taladraba la selva todavía!

En "Hay un instante" encuentra el lector un primor de sutilezas:

Hay un instante del crepúsculo
en que las cosas brillan más;
fugaz momento palpitante
de una morosa intensidad.

Se aterciopelan los ramajes
pulen las torres su perfil,
burila un ave su silueta
sobre el plafondo de zafir.

Muda la tarde se concentra
para el olvido de la luz
y la penetra un don suave
de melancólica quietud.

Mi ser florece en esa hora
de misterioso florecer;
llevo un crepúsculo en el alma
de ensoñadora placidez.

Se podrá poner, en menos versos, un sello de más profunda personalidad en la pintura del crepúsculo?

En "La Voz en el Eco" añora las horas de felicidad pagana:

Fue todo un sueño! Ahora tu música pagana
arrulla mi recuerdo con esa voz lejana
de lo que fue otros días y se perdió en el viento.

Y añorando, revivo mis mañanas de oro
mis crepúsculos de ambar, mi vespéral tesoro
como cuando mezclabas tu ritmo a mi lamento.

La naturaleza en Valencia está como espiritualizada. No es un recuerdo directo el del poeta; es una trasposición intelectual, afectiva.

Las aves, los animales, atraen a Valencia. Pero no los que están cerca al hombre sino los que viven en paisajes, desconocidos y lejanos.

En "Cigueñas Blancas", dice:

Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas
con sus ojos que buscan el Oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la Quimera,
atraviesan en mística bandada
en busca de amorosa Primavera;

Y no ven, cual los pálidos cantores,
—más allá de los agrios arenales—
gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de abril, las noches invernales.

Si pudiesen, asidos de tu manto,
ir, en las torres a labrar el nido;
si curase la llaga de su canto
el pensamiento de futuro olvido;

ah! si supiesen que el soñado verso
el verso de oro que les dé la palma
y conquiste, vibrando, el universo
oculto muere sin salir del alma!!... .

Oh poetas! Enfermos escultores
que hacen la forma con esmero pulcro
y consumen los prístinos albores
cincelando su lóbrego sepulcro.

Dadme el verso pulido en alabastro,
que rígido, y exangüe, como el ciego
mire sin ojos para ver: un astro
de blanca luz cual cinerario fuego.

Busco las rimas en dorada lluvia:
chispa, fuentes, cascada, lagos, ola!
Quiero el soneto cual león de Nubia
de ancha cabeza y resonante cola!!... .

Es demasiado frecuente en Valencia el tema de los poetas, que se personifican en él mismo. No hay casi poema grandioso de los suyos, que no tenga estrofas dedicadas a ellos. Es un poeta total, desde el principio hasta el fin; en todo lo que canta y en todo lo que evoca. El quiere,

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;
querer remos de aguila y garras de leones
con que domar los vientos y herir los corazones;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo.

Seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el azul divaga de su rocín al tróte.

Valencia es el Miguel Angel de la poesía colombiana, soberano y único en el cincel burilador de bellezas inauditas y arcanas, misteriosas y exóticas.

Lo inviolado es albura; virginal idioma
do son cifras el ala de la esquiva paloma
y el oriente opalino de las perlas del mar;
donde riman los cisnes de mullido plumaje
con las nieves del monte, con la espuma salvaje
y las gasas del alma con el fresco azahar....

Lo inviolado es el cáliz de una lívida rosa
donde tiemblan los iris de sutil mariposa
ágil beso con alas de una flor a otra flor;
es la rubia pestaña de la virgen que adoro;
cuyos ojos cautiva con sus hilos de oro
leve jaula de halcones con que caza el Amor.

Lo inviolado es la rama donde forjan ensueños
avecillas gemelas cuyos cálidos sueños
interrumpe la aurora con su grito de luz;
es de sacras abejas la colmena sonora
que atesora las mieles de una rústica flora
en las cóncavas grietas de amarillo sauz.

Miguel A. Caro escribió: "Todo lo prehistórico, todo lo que es lejano y nebuloso es poético. Por esta razón sienta bien al poeta venir, digámoslo así, de lejos.

Javier de Maistre, delicado juez en estas materia, decía: gusto particularmente de aquellos poetas que me transportan a una antigüedad remota. El poeta debe cubrir sus opiniones con el velo de la alegoría y el simbolismo. El lenguaje de la poesía como el de la religión, ha de tener la solemnidad y la dulzura de lo que viene de lo alto. La poesía es lenguaje de sugerencias fecundas y discretas alusiones.

"Es característica de la poesía la facultad de transportar de un golpe a el alma del mundo real a regiones ideales. En medio de la vida material que todos arrastramos nos encanta y hechiza la poesía, lo mismo que una noche serena y estrellada tras largos días

de calor y de fatiga. Y esa región preternatural adonde ha de guiarnos el vate, no la descubrirá ciertamente mirando hacia afuera con ojos corporales y disipados, sino concentrándose en sí mismo. El reino de la poesía no es de este mundo. Opinamos con Pastor Díaz que lo que caracteriza al genio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive. Se ha visto en los poetas a unos como seres intermediarios entre los hombres y los dioses". (1)

Creo que Valencia, en este aspecto, encierra cualidades extraordinarias, pues viene como de lejos; nos habla con solemnidad y dulzura en un lenguaje de sugerencias y discretas alusiones y nos transporta a otros cielos y a otros mundos; a una antigüedad remota.

Por lo bien tratados, sus temas siguen siendo nuevos e interesantes. Envejece el mundo, como decía Caro, pero las generaciones se renuevan y nunca faltarán jóvenes. La sociedad se corrompe, pero siempre abrigará almas puras. **Virginibus puerisque canto**, decía el poeta de la disoluta corte de Augusto. Hay siempre y donde quiera, formada de algunos de los que se van y de muchos de los que vienen, una masa de gentes sensibles a lo bello y a lo bueno, que constituyen, aunque disperso, el auditorio de los poetas.

En muchas de sus poesías, Valencia, es contemplativo y profundo y cumple perfectamente con la inmensa cualidad de no ser meramente retozón y frívolo sino de pensamientos que hacen meditar. Cumple aquí con la definición que M. A. Caro dio: "La poesía no es humana música de palabras sino celeste música de pensamientos. Necesita para vivir de la luz de la idea y del calor del sentimiento.

(1) Miguel A. Caro "Estudios Literarios" p. 374

DECADENCIA DE LA POESIA

La juventud es el tiempo más eficaz de la vida. Hombre que a los cuarenta años no vale, ya puede perder las esperanzas de valer jamás, dice Mons. Carrasquilla (1). Sobre todo los artistas. Porque las artes —incluyendo la poesía y las bellas letras—, viven de imaginación, que es facultad sensitiva con asiento en el cerebro, y se desgasta con los años. Rafael de Urbino el rey de la pintura, y Mozart, príncipe de la música, murieron de treinta y cinco años de edad. El artista que siempre empieza temprano, como Valencia, cuando llega a la postrera jornada, unas veces se opaca, otras conserva las dotes recibidas. Miguel Angel esculpió el Moisés en la mañana y pintó el JUICIO FINAL en la tarde de la vida. Guillermo Valencia “sus más famosos poemas en la mañana y ya de más de sesenta años, en plena tarde de su existencia escribió “La Parábola del Foso”, “Job”, y otros, rebosantes de poesía y frescura.

Los críticos dicen que la poesía está en decadencia en Colombia y en el mundo entero, y se siente esta verdad. Precisamente por eso me detuve adrede en estudiar, a la luz de los críticos buenos de Colombia, a Valencia, cumbre altísima de la poesía española universal.

Miguel Antonio Caro, en el estudio que dedicó a su padre, José Eusebio, otra de las cumbres de la poesía nacional dice:

“Por grande que sea la importancia del arte, sin embargo desempeñando un papel temporalmente secundario, la imaginación que crea y el sentimiento que anima son las fuentes de la poesía; de donde puede

(1) Rafael Ma. Carrasquilla. “Obras Completas”. Tomo I
pág. 512.

inferirse que ésta es patrimonio de naturalezas jóvenes (comprendiendo bajo esta calificación así los individuos como las naciones): patrimonio cabal cuando aquellas dotes que a priori les pertenecen, van acompañadas como sucedió en la Grecia, con la del buen gusto, hijo allí de una razón precoz. Almas hay al presente y seguirá habiéndolas, que sonrían sensibles a la belleza ideal: hay todavía poetas, pero son pocos y pocos quienes los amen y comprendan. Vivimos una época demasiado adelantada. Pasó-la de los Homeros y Tirteos.

A medida que la civilización progresa, observa Maculay, la poesía decae. Ordinariamente nos figuramos las generaciones que se suceden en la historia, bajo un concepto diametralmente opuesto a lo que son en realidad. Los modernos somos los antiguos mismos envejecidos: ellos gozaron nuestra juventud. Tan cierto es esto que cuando queremos ser poetas volvemos a las antiguas ficciones, a los cuentos de la infancia. El Renacimiento no fue más que un movimiento general y simultáneo que hizo la Europa, a órdenes de la Italia para rejuvenecerse, volviendo a invocar Ninfas. Pero pasó esa reflorescencia o primavera artificial.

“La poesía mitológica vive aún en algunas almas, pero no tiene eco en la sociedad: hay quien consagre lágrimas a los héroes: *sunt lacrimae rerum*; pero el mundo se ríe de todo eso y quema incienso al Interés: Las leyes de la naturaleza son las del destino inexorable: las fuentes, las flores, los ecos han perdido sus historias. (1)

Parece un poco pesimista esta apreciación, pero se comprueba en la realidad. Siguen llamando la atención los antiguos poetas colombianos: los ya muertos. Los que viven, apenas si conmueven grupos de amigos admiradores; y si hacen poesía comprensible

(1) Miguel A. Caro: “Estudios Literarios”, Bogotá pág. 92

y a la manera antigua, atraen naturalezas románticas y jóvenes. Aún cuando ya no tanto. Será culpa de los profesores de literatura? Será porque ya no se estudia preceptiva literaria? Será porque, en Colombia concretamente, está de moda y de turno la novela, así se premien aparatosamente dislates y vulgaridades que peinan a contrapelo, sin arte, sin orden y sin argumento noble y alto? Creo que sí, por lo menos en cuanto a los adolescentes, que hasta hace unos años devoraban con fruición la poesía y ensayaban hacerla. Y de ese ensayo surgían poetas menores, cuyos nombres todavía son famosos en la Historia de la Literatura Colombiana.

Como dice el mismo Caro, importa distinguir en la sociedad actual la parte materialista, absoluta y totalmente comprometida en el sociologismo y la economía, de aquellos en quienes la ciencia no ha embotado del todo el sentimiento, de lo bello, pero que no aceptan lo bello un fondo de verdad y de utilidad.

Se han ensayado en Colombia varias escuelas: "Piedracielismo", "Cuadernícolas", "Nadaístas", para resucitar el interés por la poesía. En vano. Todas han muerto y apenas se han salvado del naufragio, algunos de sus iniciadores, aún cuando más que todo para figurar en la historia de la poesía colombiana. No han podido permanecer sobre la superficie del interés general de los lectores.

Las razones? Esa falta de música de pensamientos en la modernísima poesía colombiana. Como desde el piedracielismo y poco a poco se volvió sutil, aérea, casi incomprendible para el público general; como el sistema de hacer poemas, sonetos, silvas, cortos o largos, con gran fantasía, en los que se daba en comprimido al lector una corta novela o cuento romántico o trágico; una leyenda, casi siempre sentimentales, fantásticos o románticos pasó y nuestros poetas abandonaron ese camino, ya el público se cansó de leerla.

ESCRITOR EN PROSA

Siendo tan grande Valencia como poeta, —de los más grandes que ha dado la lengua— no faltan quienes lo consideren igual como prosista, debido especialmente creo yo, al hechizo que tienen oraciones panegíricas suyas, como “Ante el cadáver de Caro”, “Elogio a Rafael Uribe Uribe”, “En la Quinta de San Pedro Alejandrino” y algunas más. Sin embargo, jamás podremos considerar los escritos suyos en prosa, sino a la luz de su genio de poeta. En todos los panegíricos fulge su maestría de expresión y su talento asombroso para seleccionar y relacionar bellísimas imágenes. Fuera de esto, hay siempre en ellas una floración natural de ideas, de pensamientos profundos redondeados en verdaderos apotegmas.

Así como los estudiantes han acostumbrado, al deslumbrarse con el descubrimiento del poeta inmenso que hay en él, aprenderse de memoria algunos de sus poemas, también ha sido costumbre memorizar con fruición intelectual y estética, sino todos sus panegíricos, si parte de ellos.

En esos tres sube al olimpo a la sublimidad y majestad. Por eso, merecerán siempre figurar al lado de sus más grandes e inspirados poemas: “San Antonio y el Centauro”, “Job”, “La Parábola del Foso”, “Las Dos Cabezas”, “A Popayán” etc.

No quiso sustraerse a las luchas ardientes del periodismo político y sostuvo en los últimos años una hoja periodística en Popayán, que era citada constantemente por todos los diarios del país, titulada “Claridad”.

Un hombre como él no podía dejar de caer en esa tentación. Muchos de sus artículos de prensa tienen el mérito de haber sido escritos al calor de los acontecimientos, así se resientan, como es ordinario en el

periodismo, del indispensable auxilio de la lima y ostentan otros el inevitable malgaste de su ingenio en asuntos volanderos que fueron y ya no son.

En sus grandes Oraciones y Panegíricos campean la abundancia y novedad de las ideas, el numen avasallante del poeta, su fantasía poderosa, su elocuencia sublime, su sentimiento ardiente y profundo. En ellas hizo un poema en prosa a los grandes de Colombia y los grabó con buril de fuego para la inmortalidad. Cualquiera que escriba sobre Caro, Uribe Uribe, Bolívar, Casabianca, Arboleda, Torres, Caldas, Popayán y sus grandes hombres tiene que citar los discursos que sobre ellos pronunció el Maestro.

En cuatro de sus Panegíricos raya Valencia en grandilocuencia y majestad, en sublimidad e inspiración altísimas, que bien pueden considerarse el ápice alcanzable.

En ellos traspasa los términos de lo bello en oratoria y toca la cumbre de lo sublime. Así comienza el de Uribe: "Allí cayó silenciosamente el héroe cual un soberbio felino, hendida la cabeza de un hachazo bajo la atónita luz meridiana. Allí como en hora grave el gran Julio, buscó el mártir decoro para su caer; y con un gesto altivo de inmortal gentileza, probó parar la vida que le huía a torrentes de las enormes grietas que abrieron en su sien las abominables manos alevés".

Dio demasiada importancia a las detracciones y proceder de sus adversarios y respondió con exceso de erudición, por ejemplo a Bernardo Arias, Trujillo, cuando éste criticó su traducción "Balada de la Cárcel de Reading" (1). Sin embargo, aquí, como en sus "Réplicas a Don Lope de Azuero", y en 76 páginas de revista hizo gala de erudición, de ironía sangrienta y de sarcasmo.

(1) Guillermo Valencia. "El Vengador de Wilde" Popayán 1.936. 76 páginas.

Los dos artículos en que replicó a “Don Lope de Azuero” y que Jorge Luis Arango recopiló en 34 páginas de folleto en 1.952, son un modelo de crítica literaria, erudita, irónica y magistral. Lo útil e importante del ataque de don Lope de Azuero que tal vez fue un grupo de personas, dadas a las letras, bastante informados, con el don de escribir con pluma intercambiable, festivas en el trance analista y algunos seguramente poetas envidiosos y preocupados por el largo éxtasis de los amantes de la poesía en seguir admirando el astro de Valencia, fue el haber provocado la réplica de éste. Es un faro que irradia erudición.

Leía y estudiaba sin cesar el maestro, aun de cuestiones muy ajenas a literatura, poesía, historia, política etc. Y asimillaba tan bien, que en toda reunión social, en todo cenáculo literario, en toda actividad en que se veía frente a profesionales de diversas clases o personajes expertos en diferentes puntos del saber, disertaba con tal precisión, que muchos creían estar oyendo a un experto en Paleontología, ingeniería, medicina, arte, física, ciencias naturales, idiomas clásicos etc.

Dice Maya: “es un escultor de ideas y de sensaciones. Su mundo favorito es el de las estatuas, el de las columnas y el de los frisos; suele transportarnos también a las arenas del desierto, a las cuevas de los ermitaños, a las villas de la Edad Media o las urbes del Renacimiento. En Valencia encontramos la alegría de las formas, los lujos del color, los más ágiles escorzos del movimiento y las más insinuantes ondulaciones del relieve. “Es un scholar de las disciplinas humanísticas, nutrido de abundantes lecturas y muy conocedor de textos y de citas, desde sus días de seminarista en Popayán. Hombre de ideas al desarrollarlas procede en orden netamente lógico, comprobativo. Por eso el sostén fundamental de sus escritos en prosa, es una verdadera organización ideológica”.

“En su oratoria, es la imagen, en el fondo de cuya envoltura se adivina, después de algún análisis, el principio vital: la idea fuertemente organizada”.

Orador y Recitador

Tuvo cualidades excelsas para la oratoria y la recitación de sus poemas. Quienes le oyeron recitar algunos poemas suyos, dicen que produjo siempre una impresión tal que no se borraba después por entero, en todo el curso de la vida.

Era de regular estatura, bien formado, con rostro en que se hermanaban la gravedad, la simpatía y la dulzura. Tenía voz sonora que se dejaba oír en dilatados recintos. Fluía a torrentes la palabra, sin vacilaciones ni tropiezos. La acción oratoria era amplia, elegante, solemne y majestuosa.

Monseñor Carrasquilla dice sobre el arte de la oratoria:

“El orador necesita un don natural. Aquel aforismo: **el poeta nace y el orador se hace**, es una de las mayores tonterías que haya inventado el vulgo. Hacer a Cicerón es como hacer a Virgilio: Marco Tulio nació orador, como Marón nació poeta. La oratoria es, después de la poesía, —antes dicen algunos— lo supremo del arte. Y el arte requiere la disposición natural, el **quid divinum** desarrollado por el estudio y el esfuerzo. No es orador el que no siente, el que no se inflama, el que no ama, el que no detesta”. (1)

Las grandes páginas de la oratoria pierden mucho al leerlas.

El mismo Monseñor dice que son como flores muertas entre páginas, porque carecen del metal de la voz del orador, del ambiente en que se pronunciaron, del fuego de la mirada y del lenguaje mudo pero coadyuvante de la acción, de las inflexiones de la voz.

(1) Mons. Carrasquilla “Obras Completas”

Por lo tanto, grandísimo y elocuentísimo orador fue Valencia, cuando leídas apenas sus oraciones, seducen y conmueven todavía.

Por dos épocas lo vio Colombia entera en ciudades, plazas, pueblos y aldeas, millares de veces, conmover las muchedumbres, durante sus dos campañas presidenciales. Yo mismo conservo un recuerdo vago, de infancia casi inconsciente, cuando en 1.929 fue a El Santuario en su campaña; sólo recuerdo el metal de su voz, su acción ondulante y majestuosa y el color de cera alabastrina de su rostro, en que brillaba o relampagueaba su mirada.

ANECDOTARIO DE GUILLERMO VALENCIA

Una dimensión interesante de todo personaje, es la del anecdotario o pequeña historia, que demuestra las reacciones espontáneas del discurrir cotidiano y humano y las emociones naturales, frente a situaciones y circunstancias.

Enuncio únicamente algunas de las que he podido conocer del maestro Valencia.

“En una de las parlas interminables, en torno al problema territorial, los peruanos se mostraban intransigentes en no reconocer a Colombia su soberanía sobre las riberas amazónicas. En cierto momento, alguno de los delegados peruanos dijo:

—Es que ustedes los colombianos, están acostumbrados a tragar tierra.

Y Valencia, erguido y orgulloso replicó con ira:

—Sí. Los colombianos tragamos tierra pero vomitamos plomo.

x-x-x-x

En la campaña separatista de Pasto

En el Parlamento se discutía un intento separatista de la provincia de Pasto que, por resentimientos, manifestó deseo de formar parte de la república del Ecuador. Al discutirse el tema, Valencia hizo un gran discurso sobre la intangibilidad de la república. Cuando terminó, Aquilino Villegas se acercó al maestro y con voz efusiva le dijo:

—Te doy mis parabienes, Guillermo, no sólo por la belleza del discurso, sino por el patriotismo de defender la integridad nacional.

Y Valencia, limpiándose las perlas de sus párpados, le contestó con burla:

—Mi discurso sobre Pasto no lo hice con un sentido patriótico. Es que si Pasto se nos va del mapa colombiano, los popayanijos quedamos de pastusos. Y eso si no, vive Dios.

X-X-X-X

Por maledicencia le dijeron ateo

El maestro Valencia había traducido un soneto de Verlaine, "Agonía" en cuyas rimas castellanas se leía, equivocadamente:

"No creo en Dios. Ahuyento de la memoria mía el pensamiento; nunca me nombren la ironía llamada amor, que a tantos y tantas enardecen.

En lo más duro de la campaña presidencial para 1.930, sus enemigos, entre ellos muchos eclesiásticos, lo tildaron de ateo e indigno de ser Presidente. Por esa causa un día Valencia, sabedor de esta campaña contra él, explicó:

—Mi traducción de Verlaine está publicada de manera equivocada en la edición inglesa de "Ritos". Yo no traduje al francés diciendo: "No creo en Dios", sino en forma generalizada, "No creo en Jove". Ahora, después de la campaña contra mi candidatura por el Nuncio del Papa, Mons. Pablo Giobbe, tengo que rectificar mi versión del atormentado Lelian en esta forma: "No creo en Giobbe".

X-X-X-X

Un predicador

En un Viernes Santo acudió el maestro a oír predicar el que siempre ha sido considerado el más famoso y principal sermón de la gran Semana, el de las "Siete Palabras", a la catedral de Popayán. Resulta que el predicador era muy piadoso, pero algo ignoran-

te y sin dotes especiales. El maestro exasperado por el léxico chabacano del predicador, se salió del templo mucho antes de que terminara la predicación.

Al pasar, camino de su casa, se encontró con Irigorri que marchaba presuroso.

—A dónde va tan raudo el señor Irigorri?

—A oír a nuestro amigo en el sermón de las Siete Palabras.

—No vaya, le dijo Valencia. Desde la tercera palabra mató a N. Señor.

x-x-x-x

Con Ñito Restrepo

En la célebre controversia parlamentaria con Ñito Restrepo, en el Congreso, en cierto momento, al relatar Valencia su nobleza y la de sus antepasados, terminó un período con estas frases: "Por manera señores, que yo tuve la ventura de nacer Caballero Andante".

Ñito, rápidamente le interrumpió: "Sí señor, caballero andante o andariego que es lo mismo.

—Valencia inmediatamente le replicó: No lo niego. Siempre ha andado con el lanzón de Don Quijote en busca por el ideal, dejando a otros la conquista de las alforjas.

x-x-x-x

Susceptibilidad

El maestro Valencia era de temperamento susceptible y a veces neurasténico. En uno de sus viajes a París, en una crisis nerviosa (hipersensible lo han considerado algunos), quiso que lo examinase el Dr. Juan

Evangelista Manrique, en el que tenía fe ciega. Durante la travesía se mantuvo enclaustrado en su camarote. Al llegar a París, se dirigió al Dr. Manrique y le pidió un examen minucioso de salud.

Tras uno, detenido y cuidadoso, el Dr. le manifestó a Valencia que debía volver al otro día por el diagnóstico. Tras una noche de insomnio, por los temores, llegó al consultorio del Dr. y éste le entregó ceremoniosamente un sobre cerrado con el diagnóstico.

Valencia, lleno de miedo, abrió temblorosamente el sobre y leyó este dictamen científico: "fregastenia". Juan Evangelista Manrique".

X-X-X-X

Diarismo

Dirigió semanarios e interdiarios como "El Siglo", "Adelante" y "Claridad", de los que la prensa del país reproducía constantemente sus artículos. Pero le tuvo alergia al diarismo. Como se le preguntara por la razón manifestó que provenía del fastidio que le ocasionaba tener que escribir metódica y cronológicamente cada veinticuatro horas un editorial, una crónica etc. Y agregó "si me propusieran convertirme en animal y me preguntaran cuál elegiría, habría de responder que cualquiera, menos la gallina, por no tener la obligación de poner un huevo todos los días.

X-X-X-X

En sus últimos años, achacoso y enfermo, solía repetir: "No creo ni en la virtud del joven, ni en la salud del viejo". Y a un amigo que lo visitó después de una operación de próstata, al preguntarle éste cómo se sentía, le contestó: "Aquí pagando boca arriba las que he hecho boca abajo".

Lo malo es casarse con Pánfila

Cuando tradujo la poesía "Pánfila" de D'Anunzio, un personaje de la política que hacía el papel de puritano, pero que estaba casado con dama casquivana, de reputación discutida, censuró rudamente por inmoral y escandalosa, esa traducción.

Valencia, impaciente, contestó:

—Sepa amigo, que lo malo no es traducir a Pánfila. Lo malo es casarse con Pánfila.

X-X-X-X

En las cumbres hace frío

Eduardo Carranza cuenta que visitó al maestro en la plenitud de sus veinte años.

Había publicado sus primeros versos en el éxtasis inicial de la efusión literaria. Tras una charla amistosa en que el maestro habló con pasmosa erudición, como solía, de muchas cosas, le dijo a Carranza: Amigo, nuestras amadas musas siguen fulgurando. Después, entre amable y olímpico, volviéndose a él comentó: Parece que entre los más jóvenes se hacen muy serios reparos a mi estética.

—Se dice maestro; le contestó Carranza, que hay en su poesía un exceso de cautela y de contención, que la torna un poco fría e impávida.

—Amigo, contestó rápidamente el maestro: en las más altas cumbres hace frío....

X-X-X-X

Popayán fue por los últimos años del maestro una ciudad de peregrinación de la inteligencia colombiana, de todos los niveles. Muchos, aún de pueblos muy

apartados y lejanos, acostumbraban organizar viaje a la ciudad del sur, con el único fin de visitar al maestro Valencia, convertido ya en la más alta cumbre de la poesía de habla española. En la misma España se escribía y aseguraba que en Popayán, Colombia, vivía el poeta más grande del idioma. Yo estaba en el Seminario cuando Monseñor Unzalu, enviado especial del Papa Pío XI a todas las naciones de América Latina, con el fin de promover la actividad en favor de las misiones, estuvo varias semanas en Medellín.

Y un día, ante un grupo de seminaristas que estudiábamos literatura, nos dijo:

La semana entrante viajaré a Popayán, con el solo fin de visitar al poeta Guillermo Valencia. Desde que el Papa me encomendó venir a América Latina, me propuse visitarlo, porque han de saber que hoy en día es el mayor poeta de habla española en todo el mundo.

A un poeta menor, de El Peñol, que lo visitó, le oí decir: "Fuí a Popayán a visitar al maestro y escuché la recitación de dos de mis poesías, con sencillez y cortesía. Al terminar, le pregunté: "Maestro: no entiendo bien el verso de su Canto a Popayán que dice:

Y el rey degollado, mil veces púrpura el azul.

Entonces se levantó ceremoniosamente, me tomó del brazo y sacándome a uno de los balcones de su mansión señorial y mostrándome en el occidente un atardecer con el sol entre nubes de grana encendida se limitó a decirme: Mire Ud. amigo, cómo realmente el rey de los astros, al morir en las tardes, purpura el azul.

X-X-X-X

Espantajo del trigal literario

Cuando era Gobernador del Cauca, en la dictadura de Reyes, escribió a un amigo de Bogotá una carta,

de la cual transcribo lo siguiente, ya que da idea de la crítica dura que se le hacía, pues no querían aceptar la renovación y originalidad verbal y de figuras retóricas del maestro, a quien censuraban, por ejemplo, porque llamaba “alto nido de férvidas estrofas, la mente de un poeta; “tísico instrumento”, al violín etc.

“Tiempos hace que yo soy la piedra de escándalo; dijérase que mi equívoco ya ha matado para siempre el sueño de los justos de mi patria; he sido el espantajo colocado para escarmiento de las tímidas avecillas a la entrada del trigal literario. Usted ha caído en el garlito, sin recordar que cuantos se juntan a mí, arden como untados de pez; diariamente asisto al extraño espectáculo de mi muerte y resurrección, decretadas simultáneamente por los que me odian y por los que no me quieren, en forma que mi entidad está haciéndose ya inconsistente a fuerza de reacciones críticas. Sin embargo, esto da placer. Verse mordido es una delicia para el que se siente puerto espín. Muchos me han arrancado los lomos, pero sus voraces mordiscos les han asaeteado la boca, lo que produce luego el placer de desespinarlos con la ironía, con la piedad o con el desdén, que es una mezcla de ironía y de piedad. Las heridas literarias tienen la ventaja de que atraviesan el corazón y no causan la muerte, de donde podemos inducir este aforismo: Nadie mata en literatura: unos apalean, otros espinan, otros muerden, otras sajan y otros enronchan; éstos son los ironistas. Es muy agradable convertirse en tábano, colocarse en medio de la Academia, pontificante; aplicar el aguijón al buey más satisfecho y mirar luego cómo empieza a mover la cola y la inquietud del establo. El odio metódico refrigera y fortalece; y recordar el dicho del viejo Hipólito Taine, es higiénico: “el único medio de soportar la vida es olvidar la vida”.

X-X-X-X

Manos amigas tendidas a través de una vidriera

El Obispo de Antioquia Mons. Guillermo Escobar visitó con el P. Hernando Barrientos al maestro Valencia allá por el año 1.939, unos cuatro años antes de su muerte.

Ambos recuerdan con emoción estética esta visita al poeta más admirado de los colombianos. En un momento de su charla, les contó el maestro cómo había contestado a un grupo de políticos bogotanos del liberalismo, al final de su última campaña.

Ellos, en largo telegrama manifestaron la conveniencia de que yo, con mi sinceridad, advirtiera al conservatismo la necesidad de resignarse a la pérdida del poder. Yo les contesté en otro largo telegrama explicándoles que todavía no habían terminado los escrutinios y por consiguiente no era el hombre para dar la última campañada de mí derrota. Y terminé con esta frase: **"Como dos manos amigas que tienden a estrecharse a través de una vidriera, tiendo la mía a la de ustedes. Mi impaciencia no justificaría la rotura del diáfano estorbo". Hasta luego. Guillermo Valencia**".

Fue una campaña sumamente agria, y en ella el partido conservador perdió el poder después de casi medio siglo. Valencia fue derrotado por segunda vez, tras una campaña agotadora a través de toda la nación y por muchos años su conversación, con quienes le visitaban, incidía irremediabilmente en el tema político. Dejó huella imborrable en su sicología, por cuanto fue muy combatido. Fue el año en que muchos colombianos reaccionaron contra el concepto de presidentes gramáticos, literatos elucubradores y pensadores. La celeridad de la marcha del mundo se sentía colarse por la hendija ancha de nuestras arterias nacionales y se buscaba, no al pensador sino al de acción intrépida, tanto más, cuanto que el gramático que dejaba el poder había sido quietista en materia de progreso.

POESIA MODERNA

En 1.938, al escribirle a Santiago Martínez Delgado aparenta ceder un poco a los "nuevos" que atropellaban, preocupados porque sus versos no causaban mayor resonancia, al estar los lectores amantes de la poesía, enteramente apegados al estro del prócer y fénix de los poetas colombianos.

"Y qué opinar sobre las corrientes modernas? Las literarias, como las acuáticas llevan de todo en tumultuoso y complicado arrastre. En ellas debe distinguirse lo permanente de lo fugaz y transitorio y discernirse hasta donde es posible lo que es estilo y lo que es moda. El signo que los caracteriza, lo mismo que a ciertas plantas es el tipo y dirección de las raíces. Todo estilo las tiene pivotantes en busca del jugo profundo; las modas no arraigan; medran generalmente en las aguas someras, y aunque dan hermosos cálices, pasan en su vivir efímero.

"Los que pudieron ser defectos, según el consenso de la generación caduca a que yo pertenezco, son reivindicados como virtudes y aciertos por algunos escritores modernos, para quienes el arte la "ars longa" de los antiguos, es un recién nacido. Entonces para qué mirar atrás, cuando dijo Nietzsche que el hacerlo en tal dirección convierte al hombre en cangrejo y al enseñarle a mirar hacia atrás, le enseña también a pensar para atrás? La venerable gramática es una anti-gualla que pugna contra la expresión libre y el verso de ritmo clásico, "un juguete bolido de inanidad sonora". Hoy parece demasiado sencilla la manera de los antiguos clásicos que como ni conocieron la perspectiva, gustaban de la línea recta, en planos superpuestos. Y así la voluntad jónica que aludía a la divinidad, fue un embeleco ritual acaso, más que realización estética. Hoy vivimos en el reino de Proust, que

aplicó a las letras la cartesiana geometría espacial. Creemos los antañones que se escribe para ser entendidos; hoy existen muchos que opinan lo contrario y colocan a Licofrón por encima de Homero y al Góngora de "Polifemo" sobre el cantor del romance de "Angélica y Medoro". De que resulta: a los viejos se nos tacha de anquilosados y fósiles, de papanatas y vacíos, de eruditos y fofos; su contraposición serían la elasticidad, la vivacidad, la plenitud, la suficiencia, en una palabra, la perfección. El cedazo del porvenir dirá qué queda tras su filtrar sereno. Qué rumbo o camino deben seguir? Pues sencillamente el que los conduzca al estilo eterno. Que cada uno siga por donde crea llegar: su victoria señalará el camino. Yo creo en los que tienen algo nuevo que decirnos o algo viejo expresado nuevamente con claridad, sinceridad y elegancia".

Juicio sobre el morbo soviético

Cuando el famoso cuanto aterrador y peligroso "Frente Popular del Presidente Alfonso López", quien trajo embajada rusa a Bogotá, que tuvo participación intensa en la era que provocó el 9 de abril, fecha negra de Colombia, el maestro Valencia escribió en la hoja "Claridad".

La versatil aguja apunta por la mañana hacia Moscú y por la tarde a la Roma Vaticana. El atentado es fruto precoz de la predicación marxista. El atentado como medio de acción política hace parte del sistema y es vano pretender buscar en el arrebatado pasional que puede exculpar en muchos casos, lo que es simplemente aplicación de un método. Desde que apareció el morbo soviético en Europa, el procedimiento ha sido el mismo: imponerse por la violencia cuando fallen el mimetismo y la penetración astuta. La revolución social no para en medios, ni mira hacia atrás como no sea para enardecer el odio, ni atiende al dere-

cho ajeno, ni a la jerarquía, ni al decoro de la persona humana; es la fiera en plena libertad dentro de la selva primitiva; no conoce más lógica que la del animal instinto elevado al mito de sanción necesaria y normativa. El hombre inculto abandonado a sus ímpetus ciegos puede vivir en sociedad a condición de que los férreos barrotes de la sanción penal le impidan ejercitar a su guisa el colmillo y la zarpa; mas cuando el guarda descuidado e indolente o cuando el dueño enloquecido o ebrio franquean la puerta a la fiera contenida, entonces ocurre lo que es lógico: la naturaleza cumple su destino de devastación y de crueldad. En el comunismo ocurre otro tanto: los felinos atacan y son peligrosos cuando sus guardianes les liman las rejas que los guardan, y es esto precisamente lo que está ocurriendo en nuestro país”.

Análisis del gobierno de Alfonso López, cuando el conservatismo se impuso como norma la abstención electoral.

“Cómo rendir hoy las armas ante una política que socava los fundamentos de la patria misma; que desconoce el alma nacional; que entrega maniatado el derecho de propiedad a las iniciativas audaces de sus jurados enemigos; que repite los viejos métodos de hostilizar la obra moralizadora de la Iglesia Católica; que se empeña por imprimir un sello de indiferentismo naturalista en el plasmable espíritu infantil; que parte la república en dos zonas; la del partido de gobierno, heredero único y a puerta cerrada del acervo acumulado por el esfuerzo de todos los colombianos y la zona de los otros; los innominados, los vitandos, los enemigos del progreso, de la revolución en marcha, los verdugos de la pasada centuria, los siervos de la gleba oficial, aptos únicamente para ayudar a mantener la burocracia de comitres que vigila, difama y vapula a varios millones de colombianos a quienes se invita hipócritamente a cooperar en la obra de destrucción ideológica de cuanto les es caro y de sañuda hostilidad

contra sus derechos, prerrogativas y personas. La presencia de las víctimas de nada sirve en tales casos, como no sea de escarnio para ellas y de regocijo para sus victimarios.

No debemos forjarnos ilusiones: actualmente Colombia está dividida en dos campos perfectamente bien deslindados: el del Dr. Alfonso López con sus cuadros oficiales de administración pública y su macedónico acompañamiento de aliados bien sabidos y conocidos, y de secuaces eventuales que aparecerán como las hienas, a la hora precisa en el campo de la devastación; y al frente el partido conservador que se le opone con la decisión necesaria para seguir la lucha, probando equilibrar hasta donde sea dable los medios de combate. El deber premioso para nosotros es de reorganización metódica, incansable, apasionada. De enemigos mucho mayores se ha sabido dar cuenta. Esta es hora de cooperar entre nosotros puertas adentro. Sea consigna de cada conservador: la de los antiguos estoicos *Sustine et abstine*; resiste y abstente”.

Al leer párrafos como estos y otros del maestro, he tratado de encontrar la razón del antivalencismo morboso de “El Espectador” de Bogotá, por cuanto, desde el preciso momento en que fue lanzado el nombre del ilustre hijo Dr. Guillermo León para la presidencia, hubo una preocupación sistemática en cada uno de los escritores, comentaristas y columnistas, junto con editorialistas, para no perdonarle descuido, intención y actividad, con el fin de mirarle lo blanco, negro y lo negro mucho más negro de lo que era. Lo defectuoso, ennegreciéndoselo, jamás se lo vieron bastante negro. Hubo un columnista que prácticamente ganó su salario en ese diario, por escribir contra Valencia. Y el propio día de su entrega del poder, publicó una página entera, para clausurar su antivalencismo enfermizo y sistemático. Pero seguramente hay otros secretos; la actividad antivalencista de “El Especta-

dor”, para atacar a uno de los presidentes históricos y grandes del país, debe tener otros secretos, porque un rencor de esos, no es normal.

X-X-X-X

Desconfiad del color violeta

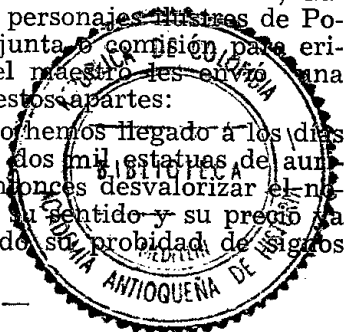
En el discurso que pronunció en la recepción a Monseñor González Arbeláez, como Arzobispo de Popayán, ya al final le dijo estas frases amargas: “Con vuestra rica gama de virtudes en que la lealtad es luz y la sinceridad espejo, hacedme olvidar Excmo. Sr. para siempre el torturante aviso de Gourmont: “desconfiad del violeta. Es el más pérfido y cambiante de todos los colores de la vida”.

Ambos sostuvieron una amistad profunda; las gentes de Popayán veían frecuentemente pasearse por sitios históricos, poéticos y queridos de la ciudad a esos dos hombres, en diálogo sobre cosas divinas y humanas. Monseñor González recibió la última confesión del maestro y le entregó, para el viaje sin regreso, la Hostia Inmaculada, cuando, como dijo Antonio Llanos del Libertador, “el genio se doblegó ante el impalpable peso de una espiga”.

Declinó el honor del bronce en vida

Cuando algunos poetas como Antonio Llanos, Garrido, Ricardo Nieto y otros personajes ilustres de Popayán, se constituyeron en junta o comisión para erigirle estatua en Popayán, el maestro les envió una larga carta, de la cual son estos apartes:

Muy queridos amigos: no hemos llegado a los días de la Roma cesárea con sus dos mil estatuas de aungas vencedores. Para qué entonces desvalorizar el noble metal que aún conserva su sentido y su precio ya que las palabras han perdido su probidad de siglos



representativos de realidades, para tornarse valores fiduciarios de la insinceridad, la ligereza y la lisonja? Es el bronce a modo de fosilización a que llegan los hombres tras un arduo proceso, después de pasar por estados sucesivos de crecimiento, madurez, reposo y preservación definitiva.

Cómo intentan ustedes mis cariñosos amigos ponerme a sostener en los pocos años que me restan, ese terrible diálogo entre mi doble y yo? A estas horas de mi vida la vanidad se me aparece como un engaño juvenil que espoleó mi pereza.

Si a las generaciones futuras se les señala en mí lo fácil que es trepar al solio de los inmortales, habremos recortado la fatigosa escala de innumerables pedañes que llevan al merecido galardón”.

Refiriéndose en cierta ocasión a esa idea de sus admiradores, que también quisieron coronarlo como poeta, a instancias del P. Daniel Restrepo S. J. dijo: “Si contra mi voluntad llegaran a erigirme la estatua, sólo pediría el favor de que para que no se perdiera el cuerpo cuando quisieran arrancarla, le pusieran la cabeza de tornillo”. Aquí aludía muy sarcásticamente a las volubles democracias. Por eso, cuando colocaron su retrato en el salón del Concejo de Popayán dijo: “mis queridos amigos,, no le temo tanto a la colgada del retrato como a la descolgada”.

Hablando en cierta ocasión del terror que les tenía a los discursos largos, dijo: “Para mí los discursos se dividn en cuatro categorías: los malos que son los malos y largos; los malos buenos que son los malos y cortos; los buenos malos que son los buenos pero largos y por último los buenos buenos que son los buenos y cortos.

No quiso más Ministerios

Cuando fue el doctor Abadía Méndez a Popayán, ya enteramente en las postrimerías del régimen conservador, para las fiestas del centenario de la Univer-

sidad, deseó que Guillermo Valencia, le aceptara el ministerio de gobierno. Entonces le repuso: No acepto Excmo. Sr. Los Ministros son como los cirios que iluminan los cadáveres y se consumen sin que les agradezca la familia, ni el muerto”.

Un Telegrama a Reyes

Por la época de la dictadura del quinquenio, cuando el Parlamento se mostró hostil al General Rafael Reyes, le escribió un telegrama, cuya terminación fue motivo para que muchos tildaran al maestro de antidemócrata: “Recuerde Vucensia que desde los tiempos de Cronwell se alquilan las casas de los Parlamentos hostiles”.

Enemigo de la Escuela Naturalista

Alberto Mosquera publicó en 1942 un volumen de poesías, con maneras brutales de decir las cosas, llamándolas con el nombre corriente, pero demasiado obsesionado en lo sexual y vulgar. El maestro Valencia, una vez leído el tomo, durante una bronquitis febril, le envió una carta, de la cual son estos apartes:

Mi querido Alberto:

No me canso de celebrar su experto malabarismo para jugar con sentimientos nobles y sus antitesis, con sutiles delicadezas y brutales maneras de decir

Y en este punto le digo a Ud. ingenua y sinceramente la imposibilidad en que se encuentra este su viejo pariente de 69 años para acompañarlo en desnudez adámica por los curiosos campos de la publicidad. No en mis días, querido Alberto. He vivido siempre reñido con esta escuela novísima de reciente arraigo entre nosotros, que gusta de expresar con un realismo crudo lo que no debiera pensarse. Las voces nobles elevan y las vulgares tiznan el estilo de medio-

cridad y bajeza. El arte debe ser puro en el sentido moral de la palabra y no aludir, en lo posible, a las funciones primarias de nuestra mísera animalidad. De mi sé decirle que toda expresión de vulgaridad arrabalera me peina a contrapelo y que nunca gusté del documento humano que preconizó la escuela naturalista del siglo pasado —el mío—.

“Lo convido a luchar por la desanimalización del arte, por el decoro de la expresión, por la purificación del sonido verbal que pueda llamar a todo oído civilizado y por lo mismo bueno, cristiano y casto”.

VALENCIA PENSABA PUBLICAR SUS OBRAS COMPLETAS

En un reportaje al maestro Valencia, hecho por el Dr. René Uribe Ferrer en octubre de 1.941, dos años escasos antes de su muerte y publicado en "Pórtico", suplemento literario del diario católico "El Pueblo", contesta Valencia a la pregunta: prepara algo maestro?

"Estoy ocupado ahora en la ordenación de mis producciones en verso y prosa. La edición de mis obras completas, si algún día se hace, habrá de comprender un volumen de poesías originales, otro de traducciones, otro de discursos patrióticos académicos etc. excluyendo los meramente políticos y una miscelánea de ensayos y artículos diversos. En este sentido las estoy clasificando aun cuando no es probable que me encargue de la edición, al menos por ahora".

A la pregunta: y qué es lo que más estima de su producción? contestó:

"No haga preguntas indiscretas. El arte es largo y la vida breve. Yo nunca he sido un profesional de las letras. Mi vida al mismo tiempo que por el arte ha sido absorbida por múltiples y variadas actividades: la familia, la patria, la política. Mis poesías fueron escritas incidentalmente: muchas de ellas compuestas para funciones de beneficio de artistas pobres. Le repito: no he sido un profesional de las letras, como lo fue por ejemplo, Monseñor Carrasquilla, una figura de las más grandiosas que ha producido esta tierra, genial institutor, formador de varias generaciones, que lo citan con orgullo y como su maestro, autor de obras profundas y valiosísimas. Como lo fueron en la poesía el gran Rafael Pombo, Julio Flórez".

A la pregunta: existe verdadera oposición entre las nuevas formas de arte y las antiguas?, contestó:

“Si aceptamos los puros dogmas de algunos propugnadores de las escuelas novísimas tendríamos que borrar del calendario poético los grandes nombres del pasado pues todos caen bajo el anatema de la nueva moda literaria que tiene mucho de moda y muy poco de nueva. La sustitución de las formas vitales por abstracciones inaprensibles ha sido ensayada de antiguo con más o menos buen éxito en muchas artes; y una experiencia que ha sido feliz en algunos casos, cuando coincidió con el genio indudable de ciertos autores, no puede elevarse a canon de crítica porque en las realizaciones no siempre resulta afortunado. No existen para mí sino dos escuelas: la de los que escriben bien!! y la otra”.

La política lo absorbió en tal forma que frente al cúmulo de conocimientos que adquirió en sus incesantes lecturas y a la formación humanística que tuvo, su obra escrita en prosa y verso no corresponde a lo que muchos esperaron.

Por eso dice Rafael Maya: “en horas de encendida pasión política prodigó los sarcasmos y las ironías sobre grupos o individuos de poca significación: buena parte de su actividad mental la gastó en estas pequeñas luchas políticas con algunos de sus adversarios. Era Valencia un gran polemista, y así lo demostró en varias ocasiones, aunque la mayor parte de sus discusiones, no tuvieron más ambiente que las calles de Popayán, ni más órganos de difusión que hojas periodísticas de provincia. Fue un hombre de aventajada cultura clásica y de extensos conocimientos en materia de literatura contemporánea. Poseía un arte perfecto para exponer tesis o doctrinas o para disertar sobre cuestiones intelectuales. Este arte se caracterizaba por el poder de síntesis con que agrupaba las ideas o por el lucimiento imaginativo con que desarrollaba, entreverando algunas observaciones personales, alusiones históricas, anécdotas espirituales y frases brillantes que salían de su cerebro repulidas y

sonoras como monedas de oro. Desgraciadamente, tanta erudición y tanta diversa sabiduría, no pasaron el círculo de sus amigos y allegados, entre los cuales no existió el Eckerman que recogiera algo de tan fértil como brillante vena. Si su producción hubiese continuado con el mismo ritmo de los venturosos años de mocedad, prolongándose hasta los días de su madurez, la obra de Valencia habría superado, por todo aspecto, a la de todos los grandes capitanes del movimiento modernista" (1).

Lo que sí es un hecho innegable es que es el poeta colombiano que produjo mayor número de obras poéticas, tan bien dotadas de eternidad, que por más de setenta años, todavía se leen, se aprenden de memoria, se reeditan y se releen con gusto y con deleite, en diversas etapas de la edad.

Y la causa de no haber producido mayor volumen de obras en prosa o en verso, es su confesión sincera: "Yo nunca he sido un profesional de las letras".

(1) Rafael Maya. "Estampas de Ayer y Retratos de Hoy". Bogotá 1.958. P. 209.

**PANEGIRICOS DE
GUILLERMO VALENCIA**

MIGUEL ANTONIO CARO

Ante su cadáver

El honorable Senado de la República me confirió ayer el encargo de llevar su voz en esta hora no menos triste que solemne, y yo cedo a ese encargo, y al hacerlo, no obro como un oscuro miembro de la honorable corporación que de mí fía, sino cual un hijo férvido de las llanuras libres.

No ha mucho tiempo, al transitar por uno de nuestros caminos soleados que caldea un verdadero fuego de justicia, al dejar que mi cabalgadura sedienta escampase del rayo abrasador bajo una ceiba copada y centenaria, oí que un grupo de labriegos que allí estaban reposando llamada "la casa verde" al árbol venerable cuya frondosidad libraba a innumerables cabezas de una luz sin contrastes bajo un cielo inmisericorde. Recogí esa frase, caída de los labios del pueblo, como un símbolo grandioso de verdad y experiencia, y comprendí cómo lo que llamaba la boca vulgar "la casa verde" era una concepción grandiosa, dentro de la categoría de la vida, que estaba diciendo a todos aquellos oscuros conductores de animales cansados y soñolientos, cómo bajo la inclemencia del cielo se abría un parasol gigantesco de brazos ampliamente protectores, para cubrirles, con la opulencia de sus frondas, de la rudeza adversa de llamas quemadoras, para orearles bajo la sombra hospitalaria de los ramajes verdes. No sé por qué extraña asociación de ideas se avivan hoy en mi espíritu aquella frase, y aquel símbolo, y aquel paisaje; ni sé tampoco por qué afinidades electivas e intelectuales quiero hallar consonancias entre el árbol de muchos días que hundía sus raíces torcidas en los antros más profundos de nuestro suelo, con este débil resto que vamos a entre-

gar en breve a la avaricia de la tumba, y que fue un día portentoso gigante que asombró mil caravanas bajo su copado follaje y llevó flores al extremo de sus ramas nudosas, no menos fuertes que sonoras, no menos poderosas que risueñas de gracia y de color,

Dentro de la relatividad humana, estas palabras: ¡Caro ha muerto! indican solamente la misión natural de un organismo que cumple su destino, la caída silenciosa de una fruta cargada de perfume y de miel que se desprende al peso de una tranquila madurez; mas, ¡cómo desconocer que aquella poma de oro declina hacia el abismo de la final delicuescencia, arrastrando consigo muchas esperanzas, todo el aroma de recuerdos inenarrables! Porque, la desaparición de Caro no es el ocaso de un sol que se oculte hoy para reaparecer mañana; es el súbito hundimiento de la isla de la sabiduría, del promontorio excelso que se ha tragado el mar, de una segunda isla llena de sonoridades inauditas, desaparecida para siempre, de una Atlántida espiritual, no menos hermosa que la que ideó Platón, sumida eternamente entre los abismos sin fondo.

No estaría bien que dijese su elogio los familiares del grande hombre; los que recibieron su mano honrada entre las suyas trémulas de respeto; los que con él partieron el pan modesto en la mesa frugal; los que, en hora feliz, oyeran correr en vena incontenible y dilatada el divino caudal de ese "Crisóstomo parlante"; era preciso que el Senado de la República comisionara al hondero humilde y bárbaro que fue osado, en no apartado día, a lanzar sus guijarros contra el pecho del paladín invicto para que dijese qué resistencia férrea oponía aquel pecho bardado de bronce al fiero ataque; para que nos constase a todos cómo el oleaje popular, trocado en marea ascendente e invasora, iba a romper sus ímpetus y a convertir en flores la espuma de sus iras contra aquel arrecife incommovible, constante como el tiempo y sereno como la eternidad....

Es cosa cierta que la historia y los grandes hombres que actúan en ella no pueden ser considerados sino a la distancia. Los que hacemos parte de un proceso; los que hemos terciado en el combate diario, influidos por el medio y el momento y todas aquellas circunstancias que impiden al contemporáneo proceder con justicia en los fallos que dicta, no podemos apreciar, por manera definitiva, aquellos movimientos humanos en que nos hemos mezclado como actores. Los hombres, como los mármoles, ganan a medida que los tiempos corren, y dejan las horas, con el roce furtivo de sus alas, un pulimento de contorno que en vano es demandar lo mismo a la parcialidad reconcoida que a la enemistad rencorosa.

No sería yo el llamado a decir definitivamente, en el juicio histórico que hoy se ventila, acerca de este hombre que, semejante a una crisálida, deja ante nuestros ojos la grosera envoltura para abrir ante la luz del tiempo sus alas policromas de belleza y de verdad. Pero existe un hecho que debe hacernos meditar, que contrae nuestro pensamiento, que nos precisa un juicio, que nos impone un fallo, fallo que se resume en pocas palabras: Caro fue un grande hombre; fue un gran colombiano; fue un genio nacional y, ensanchando el ciclo: fue un americano enorme, un latino gloriosísimo, un hombre verdaderamente mundial.

En este momento de la evolución comercial, cuando el vivir sólo busca como meta el bienestar individual y el reposo de la tranquilidad adquirida, ese hermano nuestro era un contrasentido, un verdadero inactual, una aspiración del presente lanzada hacia la opuesta orilla del pasado. Tuvo quel hombre la virtud asimiladora y comprensiva de los próceres del Renacimiento italiano: Leo Batista Alberti no se habría desdeñado de sentarle a su mesa, y el Bembo y el divino Leonardo esquivado no se habrían de invitarle a cerrar círculo en torno suyo,

Poeta, gramático, filósofo, teólogo, historiador, filólogo, legista, crítico, maestro, aquella inteligencia recorrió todas las esferas de la actividad psíquica; supo desvanecerse en todos los matices de la modalidad interior. Su sabiduría no simulaba aquellas fosforescencias engañosas de las plantas marinas que flotan deslumbrando con reflejos extraños a los ojos incautos, arastradas, en nuestros mares tropicales, por las olas torosas; esa ciencia sólida, robustamente asentada y finísima, hundía sus raíces penetrantes y vivas en lo más hondo de los suelos clásicos, y recibía vida, y aliento, y calor, y energía, inexhausta de aquellos jugos misteriosos que en el reino de las letras se apellidan la antigüedad. Bien pudo Caro, interrogado como Leconte de l'Isle, de qué se había alimentado para ostentar tanta lozanía en sus producciones literarias, haber contestado con aquella frase del hombre de mármol: "Me he nutrido de raíces griegas". Dijérase que aquella alma inmensa, aquel espíritu aquilino, rehuyó sentar la garra triunfadora sobre este manzanillo envenenado de la vida moderna, y movió los remos pujantes hacia las edades pretéritas, y como el Aguila del Casco, en el poema del grande Hugo, levantó el vuelo desde la cimera del yelmo que encarnaba el triunfo brutal de la materia, para hundirse en las profundidades de un ensueño grandioso. El, removiendo escombros que pregonan las destrucciones seculares, encendió la divina luz de nuestra lengua cástellana entre el armónico laberinto de las sintácticas ordenaciones latinas, y nos mostró la ferocidad de "esa casa de fieras" que se llama la Iliada y a nuestros padres en la raza, no ya cubiertos con el oxidado arreo de la ornamentación itálica, sino resplandecientes de la hidalguía caballeresca que fluye de todo cuanto toca a la divina lengua que hablamos, de todo cuanto hiere el rayo puro y vibrante de la hidalguía española. La divina proporción helénica; el exámetro homérico, que se mueve idealmente bajo un

ritmo interior; la agria, rectangular disposición de las latinas cláusulas; el jugoso mimbres y flexible y perenne del verso virgiliano; y Anacreonte, el vinoso senex, y Lucrecio, el pagano, honrado y panteísta, y Horacio; el intelectual equidistante, y Agustín, el inflamado, y el árido Propercio, y el esotérico Tibulo, y Dante, el teólogo, y Carducci, el rebelde; y Byron, el soberbio, y Heredia, el todo ojos, y Sully-Prudhomme, el equilibrio satisfecho, cruzaron ante nuestros ojos, envueltos en la hopalanda castellana, como extranjeros sonreídos que trocaron sus trajes peculiares con el manto opulento de nuestro gay saber. Un día se apoderó de él el anhelo de lo ignoto, y evocó el Genio de la Historia, y en vuelo hacia los tiempos idos condujo hasta las forjas romanas todo el bronce que había recogido para fundir en él el alma de una estatua: la de nuestro padre Bolívar; y evocó la epopeya colombiana; y vio lo que fue la independencia: un ensueño de hombres agitados del espíritu de aquella diosa que escanció en cincelado vaso para el filósofo antiguo el divino coloquio de la República; una tribuna sin cesar ocupada por oradores fervidos; un circo de los tiempos antiguos lleno de mártires despedazados; una historia entera desbaratada a cañonazos, y sobre el cuadro portentoso y épico, un hombre, y ese hombre era Bolívar. La palabra vuela cansada para decir lo que fue él: predecir, luchar, vencer, crear, orar, gemir, cantar, rugir, maldecir, convencer, soñar, padecer, agonizar, morir. Morir, no como quiera, sino como la columna robusta, cansada de llevar sobre sus hombros el dombo inmenso de las naves; contemplar cómo España ataba de su escudo a la fiera soberbia y melenuda y dejaba volar; a cobijar el nuestro, con la sombra sagrada de sus plumas, esa ave libre que gustó de armar su nido sobre el pico más alto de las sierras. Y esa fue la visión del poeta; y él vio al héroe mártir; y supo contemplar su perfil vencedor sobre el muro negro y derruido de los tiempos que fueron; y

su gesto aguileño y su abrasada tez, y sus mismas quemadoras pupilas en que reverberaba el sol rojo del combate; y vio cómo al acompasado galopar de su caballo, la tierra brotaba soldados que iban formando a su espalda como la cauda inmensurable de un cometa, y cómo iba llevando, de colina en colina, los incendios de la guerra; y él, Caro, el poeta, cogió esos rasgos esenciales, y fue a llevar a la fragua volcánica el sagrado crisol que contenía el bronce futuro de otra estatua inmortal que, erguida eternamente bajo el cielo purísimo de la memoria colombiana, vivirá para siempre cuando el bronce de Tenerani, limado de los siglos, yazga inútil e informe cabe el pedestal deruido que hubo de sustentarlo un día....

Y Bolívar vivirá mientras el habla castellana nos esté pregonando, en las estrofas del poeta, un pasado glorioso y un compromiso para lo futuro. Pero Caro no era sólo poeta: orador también fue, y era de ver al coloso enfurecido, sacudiendo la soberbia melena, discurrir invicto por el recinto del Senado, y soltar su frase destructora, chasqueante como un látigo, luminosa como un relámpago, fatalmente rápida y eficaz como la cuchilla de la guillotina que cae. Sería preciso ver un monstruo de aquellos que la ciencia moderna nombra acorazados, para forjarse idea cabal de lo que fuese, idealmente estimado, aquel orador político. Su cerebro era un volcán inflamado, y su boca un cráter espantoso. Quien asistió a aquellas lides no lo olvidará nunca. Brotaban las frases de esos labios tremendos con certeza fatídica: era la lucha de un gigante contra las multitudes. A cada disparo certero y formidable iban hacia el fondo, una por una, las más gallardas naves de la opuesta escuadra, y ese coloso de la palabra gustaba también de la ironía y se solazaba viendo cómo la barba de su flecha fingía una sonrisa al clavarse temblando en el corazón del contrario. Elocuente, discreto, poderoso, suave, fecundo, sutil, docto, ingenioso, incisivo, vehemente, grande y hábil, son

los atributos con que Caro supo mostrársenos desde la tribuna.

¿Y el periodista, y el maestro, y el filósofo, y el sabio, y el político?

Digan otros su elogio, porque vasto es el tema e inagotable en esta hora de recogimiento y de dolor, en que no solamente deploramos la ausencia eterna de un grande hombre en la categoría del espíritu, sino también el ponerse de un astro de la virtud y del honor, porque aquel personaje, cosa rara en los días que alcanzamos, era también un hombre virtuoso. Fuerza es reconocer que Caro sirvió sus ideales con desinterés cenobítico y con probidad insospechable. Este es uno de los mejores títulos a la gratitud de sus conciudadanos. Jamás vendiera él su primogenitura ideal por el mezquino plato del semita Eraú. Atravesó el desierto, semejante al camello, sin otro refrigerio que su fuente interior, y no curó jamás si a la postre la muerte pudiese encontrarle con el manto hecho jirones y los pies descalzos, porque él sabía muy bien que la bandera colombiana no había de faltarle por sudario, y que ella tiene más púrpura y más oro y más cielo que todos los mantos imperiales, que todas las venas codiciadas y ocultas de la tierra, que todos los espacios abiertos.

Caro desaparece, y no en la hora propicia. Colombia está muy triste; Colombia se halla por todas partes combatida; Colombia le necesitaba, y el paladín se ha ido, y se ha ido para no volver. Es ciertamente deplorable que aquella suma de energía moral, que aquel prestigio evidente, que aquella autoridad intelectual, que aquel papado del espíritu que emana de ciertos hombres, no se transmita a nadie, ni perdure después de ellos, ni descienda sobre alguien cual una a modo de investidura de la inteligencia. Seguramente, la actuación política y moral de un hombre queda en sus libros, mas toda fórmula escrita tiene mucho de cristalización; es algo definitivo que parece no ave-

nirse con la mudanza de los tiempos, con el perpetuo devenir de las aspiraciones humanas. ¿Será que la verdad política, a semejanza del maná, se agria por la tarde aunque recogida en la mañana? En el orden meramente adjetivo, bien puede ello suceder; mas hay otro orden en que tal no acaece. Yo creo en esa geometría divina de las almas que, sometidas a la inevitable fatalidad del círculo, pregonan la equidistancia del centro que apellidamos Dios. Para nosotros ya no es quien, con dedo infalible, nos indicaba la línea recta a ese punto central. El código, escrito está y escrito queda; mas en el calidoscópico agitarse de las ideas modernas, hace falta quien nos enseñe a discernir lo accesorio de lo esencial y lo mudable de lo permanente. La República tiene sed de probidad, "como el desierto tiene sed de agua pura"; y en esta hora de dolor estamos viendo complacidos cómo entre el agua turbia del interés mezquino y el bochornoso peculado, entró como tributo inexplicable y extraño y como espejo de consuelo, el agua límpida de ese torrente claro. Hubo en Caro una dualidad que es fuerza discernir: el hombre sustantivo y la personalidad adjetiva. Sea ésta juzgada muy a espacio por la crítica que se solaza en buscar aquellos matices que presta a las luchas políticas la algazara agresiva de los juegos infantiles; cuanto a la personalidad esencial, vivirá tanto como la verdad en que él creyó y en que nosotros creemos; como los principios que él defendió y que nosotros sustentamos; como las nociones de que él fue propagandista afortunado y que nosotros hemos recogido; como el ejemplo de austeridad y de firmeza que nos diera y que nosotros anhelamos imitar.

- Bien me sé que la hora no es oportuna para recordar ciertas palabras; mas cómo no acariciar con ellas a quien las cargó de sentido, les infundió el alma de su alma, las hizo el lema de su escudo y apacentó su esperanza en su eficacia consoladora? El señor Caro fue el jefe indiscutido del partido conserva-

dor, que le venera y ensalzará siempre como a su patrono espiritual. Para que la gloria de aquel ilustre cenobiarca fuese completa, recibió de mano nuestra la corona de espinas que es el gaje obligado de los hombres públicos. Mas ¿qué importa todo ello si su anhelo fue noble y trabajó por el ideal? En nuestras turbulentas democracias sólo sufren los buenos, los que resisten, los que luchan; para los otros llueven las rosas de las fáciles alegrías y de las complacencias humillantes; sólo que estas flores, como las del festín de Trimalción, desaparecen con el vino de las copas, en tanto que la espina ensangrentada que ayudó a tejer la corona de los redentores, brilla cual una joya glorificadora entre la noche de los tiempos.

¡Es increíble que esta urna encierre tanta historia patria, oculte tanta gloria, vele tanta virtud, recate tanta ciencia y selle tantas esperanzas! Si el pasado necesita distancia para sus perspectivas, fuerza es que vean mejor la grandeza de los grandes las generaciones por venir. Cuando pasen los años, quebradores de aristas y pulidores de contornos, la figura de Caro aparecerá en toda su excelsitud clásica, serena e imponente. Para el crítico del futuro, el suelo en que nació será el pedestal raro escogido por la naturaleza para asentar los pies de aquel coloso cuyos lineamientos generales ocultarán en lo venidero las leves imperfecciones de la forma. ¡Quién pudiese contemplarlo en esta concepción sumaria, bajo las especies de esa síntesis ideal, tras de cuya expresión anhelan los cinceles de Albert Bartholomé y casi, casi realizaron los de Rodin!. ¡Oh! si nos fuese dado, después de algunas centurias, contemplar idealmente la figura de este hombre que ya no nos ve, ni nos oye, ni nos habla; él, que fue todo ojos; él, que fue todo oídos; él, que fue todo verbo, verbo inflamado, verbo puro, verbo de Dios, y contemplarlo con ese gesto dolorosamente expresivo que el escultor francés supo imprimir en la mármorea figura del Panteón parisiense. Ver así a-

quella alma, atormentada y gigantesca, en el escorzo violento del "Pensador" que apenas logra sostener la mole de la cabeza colosal preñada de un pensamiento qu fuese al propio tiempo toda una tempestad; así como un buzo enloquecido que va a lanzarse desde lo alto de una roca sobre la mar sin límites; cual un gigante cuyo cuerpo, floreciente de vida, traduce en musculosas contracciones una angustia infinita, eterna e invisible; así como para hundirse en el vacío, ostentando sobre la frente de anchos planos algo como la huella de un martillazo homérico y ciclópeo, como el golpe de la fatal tortuga que hendió al caer la cabeza de Esquilo; así, cual un pensamiento hecho hombre, convertido en un león presto a saltar, y a quien el pueblo atónito que le está mirando quiere detenerle vanamente; porque ha sonado ya la hora, y fuerza es que se cumpla la voluntad del misterio y.... en ese instante precisamente nos hallamos. Quien dijo a Colombia: Patria, de tus entrañas soy pedazo, devuelve a ella la grosera envoltura, mientras el alma que ésta contuviera asombrará por siglos, semejante a una ceiba, a innumerables caravanas que pidan sombra, que anhelan escuchar el canto de mil pájaros, que busquen el reposo y ansíen recibir la luz eterna del sol indeficiente filtrándose a través de hojas de perenne verdura, de ramas opulentas y de flores que no se mustian.

URIBE URIBE

En el Capitolio Nacional, el 15 de octubre, en representación del Senado de la República, con motivo de la colocación de la lápida conmemorativa del asesinato del caudillo liberal y eximio patriota General Rafael Uribe Uribe.

El Congreso de Colombia ordenó fijar aquí esta lápida para conmemorar el trágico fin de un varón eximio.

No deslustran vano epíteto ni superfluo elogio la sencillez augusta de la consagración: A Rafael Uribe Uribe, el Congreso de Colombia, y al pie la negra fecha, es cuanto quiso que en forma lapidaria constase, el cuerpo soberano de la República. Extraño homenaje que así calla cuando quiere decirlo todo; silencio sapientísimo que al omitir exalta; mudez desafiadora de la ingratitude y del tiempo; y es que ni el domador universal, ni la perfidia humana consiguen abolir jamás el recuerdo de las grandes horas, y ésta lo fue muy grande, por lo intensa y dolorosa, para el corazón de la Patria.

Allí cayó silenciosamente el héroe, cual un soberbio felino, hermoso y pujante, hendida la cabeza de un hachazo, bajo la atónita luz meridiana. Allí, como en hora brava el gran Julio, buscó el mártir decoro para su caer, y con un gesto altivo de inmortal gentileza probó parar la vida que le huía a torrentes de las enormes grietas que abrieron en su sien las abominables manos alevés.

Vosotros os vivisteis aquellos aciagos instantes; recogísteis vosotros al adalid ensangrentado y le llevásteis a su postrer refugio —meciéndolo amorosa-

mente entre alabanzas y suspiros— como por sobre un lago perezoso de flores impalpables; vosotros comenzásteis en loor suyo la férvida apoteosis que no terminará ya nunca mientras Colombia aliente, como que aquel lamentado jefe e hijo epónimo de la Patria, fue verdaderamente un prócer nacional.

Fuerza y raíz de su personalidad, fuera la disciplina heredada de un padre severísimo, a cuyo estímulo fortificóse aún más el gallardo mancebo, inquieto, pertinaz y bravío. Dilató en las montañas su pulmón, siempre ávido de los aires libres. El agria salvaje del nativo terruño, el fuego irascible de las llanuras caucanas, le templaron el ánimo para las arduas ascensiones, y le mostraron un horizonte con áureas lejanías, muy más allá de las adustas o inflamadas barreras. ¿Trabajo rudo. Es él, como labriego, el mejor entre sus camaradas. ¿Batallas. Allá va, rompiendo, entre los primeros, el mortífero anillo. ¿Sangre?, corre la suya, y cojeando, como un semidiós de la Hélade, parte desde el campo sangriento a la metrópoli, con hambre de saber. Estudia y triunfa, y continúa la propia epopeya, vencedor o vencido. Combate, perora, escribe, publica folletos, riega hojas, incrimina, emplaza y desuella. Sus artículos son obuses, tempestades sus polémicas, incendio sus libros. Proclámase Imperator, ordena y arrastra, organiza legiones y ¡adelante! Bucaramanga, Peralonso, Palonegro, La Ciénaga, Nerlandia. Regresa ya vencido, con una altivez que no ostentaron sus propios vencedores. Recoge los amigos dispersos; muéstrase grande en el infortunio; se apacigua, se concentra, y medita, y cuelga luégo, por pesada, la mellada hoja del guerrillero para empuñar el fino estoque de los diplomáticos. Y así termina su primera etapa.

Ha sacudido como una pesadilla la vehemente imagen de sus pasadas fiebres. Viaja, estudia aún más; compara y revalúa. Medita analizando; muéstrale Chile, en su primera época, la anárquica diátesis hereda-

da a que pone término el genio de Portales; advierte su homogeneidad étnica y su irresistible, prístina orientación hacia la estabilidad fundada en aspiraciones de orden práctico, a que sirven de eje dos postulados: autoridad y religión. Tras el conservatismo de Montt, la influencia moderadora de Pérez, de Errázuriz y de Santamaría, y después, Balmaceda, el reformador demócrata que, tras echar las bases de una evolución incalculable, sella también con la propia sangre su pacto con el porvenir.

La historia del Brasil va desplegando ante Uribe el más extraño turno de acciones y reacciones. Don Pedro I, el emancipador; luego su hijo, comparado muchas veces con Marco Aurelio, que fluctúa entre la tradición conservadora y las aspiraciones democráticas exacerbadas por la pluralidad de razas, y que ¡oh raras antinomias! con la libre aceptación por parte del Emperador de profundas vicisitudes políticas de que fueron exponentes a su lado Bonifacio, Parana-guá, Itaborahy, Nabuco de Araújo, Caxias y el primer Riobranco, se prepara, fomenta y estimula el advenimiento de la república en el seno mismo de la monarquía. Y entre el flujo y reflujo de plataformas antagónicas, la autoridad salvando a aquel país, de las contiendas fratricidas.

Argentina le ofusca con su salto pasmoso de la anarquía del caudillaje con los Albear y Sarratea, los Dorrego y Soler de Rivadavia, el hombre del centralismo y de la autoridad, a quien nombraron a buen fuero "el Evangelista de la democracia". Después, la lucha con Artigas; el prodigioso Sarmiento; la rebelión provincialista con su cohorte de jefes regionales cuya tremenda síntesis fue Rosas, "el Maquiavelo de la Pampa", que, entre demencias y crueldades, fortifica la osatura patria sin alcanzar por eso la absolución histórica. Bases sangrientas y malditas de la actual prosperidad del Plata.

Y cuando Uribe no palpó, ya lo tenía sabido, o lo adquirió después. Conocía el significado histórico de cada hombre célebre, de uno a otro extremo de América. En el inmenso catálogo biográfico que registra desde Alaska hasta la Patagonia, supo él atribuir a cada prócer su aporte de bien y de mal en el postrero y portentoso ciclo de la transformación política panamericana. Como las condensadas cifras de una vasta síntesis química, Uribe consiguió valorar el exponente de reacción escrito por la historia al frente de cada gran nombre continental, en la política contienda del siglo pretérito y del que comenzó. El sabía cualitativamente qué valen para Venezuela los nombres de Páez, de los Monagas y Guzmán, los de Falcón y Zamora, los de Rojas y Castro; qué cifraron para el Ecuador los de Flores y Rocafuerte, de Urbina y García Moreno, los de Borrero, Carrión y Espinosa; qué, para el Perú, los de Castilla, Pardo y Piérola; qué, para el Uruguay, el épico nombre de Artigas, los de Lavalleja y Rivera, Giró, Flores y Berro hasta Batle y Ordóñez, claro compendio de sus antecesores. El sabía también del medroso doctor paraguayo, de los dos terríficos López, de Melgarejo, el boliviano inverosímil. Conocía del Méjico de Iturbide, de Santana, de Guerrero y de Maximiliano, de Juárez, el indio sublime, y de Porfirio Díaz, el mestizo enérgico y astuto, y de los Maderos y Huertas y de los Villas y Carranzas. No olvidaba tampoco qué encarnaron para la América Central las figuras de Morazán, de Guardias y Carrera, y de tantos otros conductores —si gloriosos— que han exaltado el nombre de sus pueblos; si maléficos, que contribuyeron a hacer de esos atormentados países unos a modo de Balkanes de América.

¿Y qué decir de nuestra Patria? Familiar como le era su historia, hasta en los íntimos detalles, supo valorar él la inmensa suma de esfuerzo y de dolores, de error y de verdad que, alternativa o simultánea-

mente, han confluído a elaborar la resultante actual de las aspiraciones colombianas. La colosal República del Norte lo subyugaba y lo inquietaba a un tiempo mismo. Más de una vez rememoró sus grandes hechos, sus grandes hombres y sus grandes faltas. Y de toda aquella ingente copia de acontecimientos y triunfos y caídas, de absurdos y verdades, de eclipses de la libertad y estrangulamientos del orden, de piedad y de irreligión, de persecuciones y amparo, de datos científicos y de reacción concienzuda, surgió distinta en el fondo de su espíritu una noción de patria que, al engrandecerse por gracia de aquella acción fecunda del vulgarizador, iba al propio tiempo engrandeciéndole con ella.

La conferencia que dictó en Río de Janeiro en 1907, sobre Colombia, fija la madurez de evolución, en esta segunda etapa del General Uribe. Anota entonces cuidadosamente aquellos puntos que sirven para fijar las deducciones del sociólogo. No podían escaparle ni el cariz del medio físico ni la posición privilegiada, ni los factores étnicos, ni el movimiento histórico, ni los valores morales, ni las contingencias de orden internacional; en una palabra, todos aquellos elementos que constituyen la fisonomía de un pueblo, y entre ellos, y peculiarmente, los que integran el alma nacional. Allí se reconoce "que la mayoría de los colombianos es católica, si bien la libertad religiosa está garantizada por nuestro Estatuto"; acentúase allí el porcentaje de la población blanca y mestiza; condénanse con valor los extravíos pasados y álzase jubilosamente un inflamado himno a la paz. Cualquier pueblo de la América Latina —dijo el caudillo— podrá en adelante renovar el escándalo de la guerra civil, menos Colombia, porque ninguno existe que haya escarmentado tanto como ella con ese azote; y, aleccionada por la más triste de las experiencias, ninguno hay que esté más en guardia contra las revoluciones. La estabilidad del orden descansa en un querer

consciente, ilustrado por el mejor de los maestros de hombres y pueblos: "el infortunio". Más tarde y muy a espacio, aplica admirablemente su dilatada experiencia a lo que él estimaba problemas nacionales. Estudió vastamente la paz interna y la paz exterior con sus corolarios subordinados; la organización militar, la moneda, el sistema tributario, el analfabetismo, la reforma universitaria, la higiene pública y privada, el sufragio, la organización de los partidos políticos, el parlamento, el orden jurídico, la autonomía de las secciones, el régimen de la prensa, las vías de comunicación, la población del suelo patrio, el carácter topográfico del país, las aguas y florestas, la estadística, la organización del trabajo, la estabilidad burocrática, algunas cuestiones demográficas, el problema de la alegría, y, para compendiar aquellos sesudos y luminosos razonamientos, concluía: "Cosa ninguna puede intentarse con buen éxito si no es apoyándose en una fuerza verdaderamente nacional, expresión de la opinión libre y consciente. Mientras los colombianos estén exclusivamente dominados por odios e intereses sectarios, se engaña tristemente el que tenga la veleidad de juzgarse el Mesías salvador y reformador de este país. Mucho harán los buenos gobernantes, pero el poder de su energía y de su ilustrada voluntad no alcanzará hasta cambiar de un día para otro la educación que el pueblo ha recibido en ochenta años de zambra permanente. Es la nación misma quien ha de resolver esos problemas, y nadie en su lugar. Promover reformas completas que abracen todo el mecanismo social y todos los ramos de la actividad, pero sin convulsionar el país y sin provocar discordias, sólo puede conseguirse con la obra de varias generaciones, por medio de la lucha pacífica y esclareciendo los espíritus con la propaganda activa y evolutiva, estrictamente dentro de la ley. No parar, no retroceder, no precipitarse; he aquí el derrotero. Hacer patria llamábamos nuestro empeño en las guerras civiles, don-

de acabábamos con la poca que teníamos. Hoy sí que es cierto "que necesitamos hacer patria".

Y como cifra de tan axiomáticas verdades, y como fruto de tan dolorosa experiencia, llamó clamorosamente a una coalición nacional, con este sencillo programa:

- "Sobreponer a todo trance la patria a los partidos;
- Conservar y defender la integridad nacional;
- Sostener sin reservas la paz y la legalidad;
- Fomentar la instrucción y la educación públicas, y
- Acordar una tregua durante la cual se abstuviesen todos de tratar cuestiones políticas y religiosas candentes".

Como en Uribe pensamiento y acción fuesen casi simultáneos, siguió vistiendo estas grandes ramas de doctrina —del modo más profuso y elegante— en la tribuna parlamentaria, en la conferencia pública, en el periodismo y en la correspondencia.

En torno suyo se agrupó un gran partido, a quien él vivificaba con la pujante radioactividad de su feliz pensar y con el fuego inexhausto de su querer avasallador, incontrastable e invicto. Porque este hombre de acero quería con la arrolladora voluntad del Canciller teutónico, sin que su eminente facultad crítica lograse paralizarle a la hora de actuar, como que él realizaba aquella ideal conjunción, tan rara entre los hombres, de la mentalidad que ilumina y el brazo que ejecuta. Tengo para mí, que sólo remontando hasta Santander le hallaríamos un cuño similar. Hoy mismo, para reemplazarlo idealmente siquiera, necesitaríamos sumar muchas actividades, mientras que ese hombre extraño pronunciaba la arenga, escribía el artículo y daba la batalla.

El saludable tránsito de la actividad desmandada y nociva a la intervención moderadora y al laborar fecundo, se había verificado en él. Una noble serenidad enseñoreaba su alma enantes turbulenta, y en el camino que siguiera, moviendo sus legiones a la con-

quista del futuro, se halló un día con nosotros en aquella región ideal que simboliza para todos vosotros, y para mí también, lo más grande en nuestros recuerdos, lo más dulce de nuestras ilusiones y lo mejor de nuestras esperanzas: ¡ese lugar se llama Patria! Y fueron dos ejércitos, furiosamente contrapuestos en fenecidos días de locura, los que, al imperio de una aproximación espiritual y bajo el signo de una alianza sin promesas, marcharon paralelamente. La sociología y la experiencia habían movido hacia nosotros al soberbio jefe contrario. Allí nos halló él, a la sombra de nuestra vieja encina tradicional y geórgica, descansando sobre los polvorosos pergaminos en que aprendimos ha tiempos las leyes que presiden a la evolución de los pueblos; donde supimos que la raza es el factor supremo en la constitución de un grupo nacional; que la herencia y la tradición gravitan como plomo en el camino que conduce al reino que habrá de venir; que la religión es el eje del alma nacional, y que cuando abandona a un pueblo, se inicia en él un rápido proceso de descomposición, como pasa con los cadáveres dejados del espíritu. Allí leímos también que la persecución no funda nada; que sin principio de autoridad “no hay sociedad posible, de la misma manera que no hay río sin riberas que lo encaucen”; que “es muy peligroso tener a la fe por enemiga, y que un gobierno que persigue creencias religiosas, se expone a perecer por ellas”. Encontramos allí la respuesta de José de Maistre a la eternal pregunta: “¿Qué es una Constitución?”, que, a su entender, es la resolución de este problema: “Dados el número de habitantes de un país, su religión y situación geográfica, las relaciones políticas, las riquezas y las buenas o malas cualidades suyas, hallar las leyes que mejor le convengan”.

Así el ilustre conductor que en la mitad de su existencia fuera sólo un agitador público, marcó en su nueva fase la cifra del verdadero revolucionario,

iniciando un movimiento que padecerá eclipses, pero que habrá de ser seguramente condición vital de una agrupación política y elemento indispensable para conseguir sólido bienestar para nuestra Colombia. La formidable reacción que él levantó contra los viejos ídolos y el espantoso hachazo con que derribó las cabezas de antiguos errores, suscitaron en contra suya una desatada tormenta. Se le tizó de tráfuga, se le creyó vendido y pareció encarnar por un momento al Cid de antaño, al héroe de la epopeya nacional española, de quien se cuenta que, disgustado con el suyo, le juró obediencia al rey moro; Mas no, mil veces no! Lo que en nosotros la filosofía, obró en Uribe la sociología, y el intransigente adversario de otros tiempos nos comprendió mejor, y casi, casi digo que llegó a brindarnos con su afecto. Y si fue siempre fiel a sus sueños de libre, miró también con ojo cariñoso el torso olímpico de nuestra libertad, mutilada, pero fecunda y apacible como la Venus manca; ¡divinamente heroica en su ímpetu poderoso, como la victoria de Samotracia!

Pensar que aquel portento de inteligencia y entusiasmo; que aquel estoico restaurador de clásicos empeños de austeridad y fortaleza; que aquel potente acumulador de energía; que aquel solitario peregrino de los ideales ardientes; que aquella insomne lamparilla de oro que ardía perennemente delante de los patrios altares; que aquel sapientísimo guardador de nuestras sacras lindes; que aquel arco poderoso, siempre vibrante y tenso con su saeta de fuego lista a volar certera; que aquel apóstol magnánimo que no vivió un instante para sí mismo; que jugó la vida tantas veces y aventuró su nombre tantas cortejando a una falaz deidad; que aquel atrevido conquistador que se adelantó a los mejores, y descubrió reinos y dictó fuero a nuevas regiones; que aquella cristalización diamantina de la conciencia nacional, ¡hallase en este mismo sitio fin tan menguado y execrable! ¡Así pre-

mias, ¡oh democracia!, a los mejores de tus hijos? ¿Con óleo de sangre los unges, ¿Los vistes de escarnio y los paseas ceñidos en los cascabeles de los locos? Sucre, Arboleda, Uribe! A quien sólo tuvo para ti la palabra de miel, ¿tú le respondes con la voz del agravio? A quien se desveló sirviéndote, ¿así le galardonas tú con el sueño medroso de los sepulcros? A quien cantó para ti con labios encendidos el himno de tus glorias, ¿tú sólo le respondes con el yambo de la venganza? A quien te ofrendó sus placeres, ¿tú le retribuyes con tormento? Lincoln, Canalejas, Jaurés... ¡Oh, democracia, bendita seas aunque así nos mates!

Quiso el destino que el divino árbol del esfuerzo rindiese solamente frutos de dolor, y que en el vértice del inmenso ángulo formado por aquellas dos líneas trazadas por Dios mismo en el espacio y en el tiempo, y que responden a los nombres de certidumbre y duda, se levantase una cruz simbólica que va recibiendo, uno en pos de otro, a todos aquellos grandes descontentos, creadores del progreso, ese delicioso fruto de lágrimas y sangre. Bastaba que el Dios vivo hubiese magnificado aquel sino sombrío, para que las generaciones, en atropellada carrera, con la fiebre del extravío en las pupilas átonas, se precipitén en inacabable teoría a la conquista de las doradas pomas que cuelgan de aquel árbol teñido de púrpura. Las muchedumbres son como el océano, tímido espejo a ratos que apenas si refleja las nubes que pasan; galán risueño, arrullador e inquieto, con su gorguera de móviles encajes; monstruo furioso luego que todo lo embiste y desbarata, que todo lo trueca y arrolla; que en su inconsciencia mata, y cuando ya cansado de la devastación torna a sus viejos lindes, va sacando hacia las remotas arenas, cual si fuese la obra de su remordimiento, los cadáveres de sus naufragos, coronados de algas amarillentas. Tal con Uribe y con la

lengua serie de todos los sacrificados por la ferocidad inocente del tigre y de las muchedumbres.

Mas como la moneda con que el hombre paga su ventura se llama dolor, la ferocidad, la ingratitud y la ira cifran maravillosamente una potencialidad restauradora. Dentro de aquel crisol forjado en vil arcilla se aquilata un nombre, se clarifica un pasado, se depura un caudillo, y aparece entonces en toda su brutal eficacia la virtud del hierro. El cobarde instrumento hace resaltar, en el ennegrecido muro de los tiempos, el perfil inmortal; en la poda villana, entrega a la disolución los torcidos renuevos; limpia y fija, y cuando pensó borrar para el futuro anonadando en el presente, trueca, sin quererlo, el corte destructor por los filos creadores del cincel que labora para la eternidad sobre los bloques límpidos y augustos. Y allí comienza la renovación: la pulidora lima de las misericordias, la piedad que se olvida, la disculpadora tolerancia, el entusiasmo que engrandece, el amor que deforma, la gratitud que defiende, la parcialidad que sublima, el odio que se solapa, la indiferencia que se encoge de hombros, el tiempo que va puliendo aristas, la distancia que sabe armonizar; la Patria, en fin, que como madre, todo lo exculpa y lo perdona todo. ¿Qué significa entonces el seide innominado que clavó su puñal en el centro mismo del corazón del héroe; qué las hachas sacrílegas que hendieron en dos la concha nacarada para que pudiera ostentarse, bajo la clara luz de Dios, el oriente policromo de una perla rarísima? Abominable golpe que así rompe el pomo de la esencia preciosa; estallido feroz que así abre los diques a la catarata sublime; ¡asesino relámpago que, entre la noche tenebrosa, así orla de luz las más inaccesibles crestas de los montes!

Incomprendido como Jaurés, como él caíste, ¡oh grande Uribe! Aquella gloria latina, hermana es de la tuya, por el prestigio y en el martirio. Tú sentiste como él lo que era patria, y como el portentoso tri-

buno de las Galias, nos dijiste mil veces y nos escribiste con sangre la fórmula sublime: "Estáis atados a este suelo por todo lo que os precede y por todo lo que os sigue; por lo que os creó y por lo que creáis; por el pasado y por el porvenir; por la inmovilidad de los sepulcros y por el vaivén de las cunas".

Sé, ¡oh nobilísimo hermano! que tu sacrificio no ha sido desechado; que esta patria, a quien tanto amaste, te agradece, te comprende, te suspira y te llora; que esta soberbia fábrica capitolina, tan digna de otros tiempos y de otros hombres, consagrará en su simbólica columnata la fertilidad de tu esfuerzo, como que aquellos pilares sustentantes que simbolizan en su fortaleza la perdurable resistencia de la doctrina en que yo creo, también comportan sobre la superficie la gracia audaz de sus estrías que, debilitando en la apariencia, embellecen y consagran y confirman la inmutabilidad del sostén. Si tus últimas horas fueron de angustia y de zozobra, no temas ya que tu nombre querido sea borrado con saña de nuestras páginas eternas. Allí irradiarás tú, en tu grandeza personal y única, conviviendo en el ideal de los tuyos, concentrando, cual maravilloso foco, todos los rayos del saber y del valor y del patriotismo.

Cualesquiera sean las sorpresas y los infortunios que nos reserve el porvenir, la aguja de tus amores patrios señalará siempre el norte del anhelo. Tu sangre, vilmente derramada, ofrecerá nuevo blasón al escudo de la República. Distanciados de ti por el abismo insalvable que ha cavado entre nosotros la lógica cristiana, oírás, no obstante, desde tu refugio, cual voz de compromiso que se alzara de nuestro propio campo, la palabra de divina tolerancia que brotó un día de los labios mismos del Pontífice Benedicto XIV: "Dios permite a los herejes, nosotros debemos tolerarlos". Y ya a la postre del final certamen, tú habrás de ser, en el concierto universal, un signo de rescate y una prenda de reconciliación; y Jesús mismo, que pre-

side para los hombres el devenir del universo, no desde la diestra impenetrable del Dios Padre, sino desde el madero de su tormento humano, estoy seguro que habrá de desprender un día sus manos traspasadas para estrechar en un divino abrazo a cuantos murieron por la Patria y por la fe y por la ciencia y por el amor y por la libertad. Y allí nos estrecharemos contigo, ¡oh dadivoso Uribe!

Cuanto aquí palpo es ruin, cuanto aquí miro es turbio. Una densa valla de tinieblas nos tiene separados de tí. Es preciso huir muy lejos, volar hacia el pasado, buscar en las repúblicas antiguas el adecuado signo con qué valorar tus preeminencias. Solamente así podremos a justicia ensalzarte y engrandecerte. ¡Encarnación de extraños tiempos! arranco para ti de un pentélico bloque estas líneas de Simónides para los que sucumbieron gloriosamente en la inmortal garganta: "Los hombres ilustres —y tú lo fuiste entre ellos— tienen toda la tierra como sepulcro, y no solamente en su patria, las inscripciones grabadas sobre la patria, dan testimonio para ellos, sino que en las mismas comarcas extranjeras un recuerdo no escrito vive en todas las almas y representa su generosidad muy más aún que sus acciones". Mientras viva Colombia y mientras viva América, mientras perdure la gloria y subsista el prestigio, habrás de vivir tú, ¡oh mi noble amigo, oh inolvidable Uribe Uribe!

EN LA QUINTA DE BOLIVAR

(De este discurso dijo el propio Valencia: "allí dije en prosa lo que no habría podido decir en verso).

Hemos llegado sigilosamente a este dilecto albergue tuyo, ¡oh Padre inmortal! La esquivada pendiente que a él conduce, despoja al espíritu de su vulgar ropaje, concentra la emoción, aguza los recuerdos y purifica el alma para la visión del martirio glorioso.

Todo es sagrado aquí, y una voz interior nos murmura que este sitio no sabe parecerse a los otros lugares. Hinchido fue de la majestad heroica; todo él quedó impregnado por una olímpica ambrosía, y el acre olor del león apenas cede a aromas de suavidad equívoca que están fluyendo ahora de la núbil belleza o del jazmín oriental, de los claveles trágicos y las violetas escondidas.

¡Todo es sagrado aquí! En esta diminuta porción del suelo americano estampó su pie levísimo el nuevo Hércules, el hombre-tempstad que flageló las cimas andando "sobre pies de paloma". A esta cornisa rocosa vino a posarse, brevísimos instantes, el águila soberbia que traía un grueso haz de purpúreos laureles, tronchados sobre la inflamada llanura de Carabobo; y desde aquí se alzó en alas de su genio cesáreo, oteó los horizontes australes, remontó hasta el sol, y, al clavar en vuelo oblicuo, fue dejando caer de uno en uno los gajos que portaba, convertidos en fuego, sobre la tierra sitibunda de justicia. En Bomboná, en Pichincha, en Junín, en Ayacucho, no soltó ya laureles sino rayos.

Aquí dialogó el genio con la divinidad; aquí fueronle, por ella, ceñidos los potentes lomos para el ceramen de imposibles; de aquí mismo volaron en eflu-

vios la pujanza creadora y el soplo redentor de pueblos; aquí cortó el cometa de procelosa cauda, en su carrera fulgurante; la órbita destinada para camino de los dioses.

A todo lo largo de la tormentosa odisea austral, iba añorando el héroe esta su hechizada gruta de Calipso. No sabré deciros si la olvidara un instante desde una repuesta mansión del Rimac, donde la sombra nocturna era siempre nupcial por la gracia de morenas en flor a quienes sorprendía la mañana. —como a la doncella de Mileto— inclinadas sobre las copas vacías y con el velo desceñido sobre el hombro; mas al tornar aquí, cuatro años adelante, consumado ya el prodigio, él esquivó ágilmente el agasajo palaciego para volver el mismo día de su triunfal entrada a éste asilo que enmarca desde entonces un tríptico sublime: Gloria, amor, dolor. De aquí partiera el Padre a redimir tres pueblos, y aquí mismo volvió trayendo las cadenas rotas por sus manos. Fue tal vez ese el momento culminante de su fortuna. Horas después, al reposar los ojos en las áureas pomas hinchadas que le cuajó el destino para melificarle los labios sedientos de gloria, advirtió ya en ellas, apenas perceptible, el estigma precoz de la caducidad implacable. Sólo el broncíneo laurel, áspero y afilado, estilizaba perennemente en sus gajos vivos las victoriosas lanzas, agrupaba en pródigos collares sus bayas verdinegras, como bélicos frutos de muerte!

¡Quién hubiese podido contemplar aquí a aquel Homero-Aquiles que un día se soñó su propia Iliada, y al anochecer del siguiente, se la tenía ya vívida y cantada! En los frontones colosales del Ande, sobre los desfiladeros insignes, este escultor de pueblos pasó tallando el friso de sus hazañas inmortales, y sobre las llanuras, los bajorrelieves esculpidos a botes de lanza, entre su fiero y rítmico galopar de centauro.

Ese primer reposo tras la fatiga creadora, selló de inmortalidad este retiro. Entretúvose aquí destejien-

do, a las plantas de amor, la alternada corona de laureos y de espinas. Tres lustros de victorias y de reverses; de arrebatos febril y lasitudes de angustia; de ávida fe calcinadora y helado soplar de desconsuelo; doseles de la triunfal altura sorbidos súbitamente por las mudas bocas del abismo; la bronceada esclavitud torciéndose en el espasmo de un dolor irredento, mudada luego en la radiosa libertad, sonreída y soberbia; escombros, ayes, ríos de múrice; cárdenos resplandores de incendio —aureola de las ciudades violadas—; legiones ebrias de victoria, o pávidos tropeles de fugitivos; fúnebres árboles de punición, doblegados al peso de sus frutos de muerte; sabios y santos, mancebos y heroínas, descuartizados sobre el estadio pavoroso; odio, amor, ira santa, rabia ciega; anhelo, acometida; resistencia, fracaso; votivas guirnaldas, locuras: todo aquí fue evocado en las ardientes vigili-as confidenciales y perfumadas. Ese mirador está suturado de grandeza: ¿No advertís que perdura allí todavía el acre olor del león? Este asilo es grande, porque lo sublimó su dueño, y hermoso, porque lo embelleció con su cariño la caldeada imaginación del amante. Es el templo a que se acogió el Libertador de cinco pueblos para repensar su epopeya, sobre el regazo de la fatal belleza...

Estas arenas imprimieron las huellas que dejara el acelerado andar del coloso; este murado recinto recogió en sus ángulos el gemido arrullo y el rugido feroz; estas pulidas fuentes desgranaron sus rumorosos collares en la serenidad acariciadora del crepúsculo; el alma del soñador diluyó en esta atmósfera su idealidad que vivirá!...

Apagáronse una en pos de otra las notas de aquel himno, y las áureas pomas hinchadas que le cuajó el destino al héroe, para melificarle los labios de gloria, fueron, dolorosamente, cayendo de las ramas.

Ecos de lejanas tormentas, marchas precipitadas, arrebatos coléricos, penas del corazón, salivazos, in-

jurias, celosa ingratitud, envidias, extraviada grandeza, rectitud implacable, juvenil demencia, te alejaron ¡oh Padre! de tu enantes hechizado asilo. Tornaste a él después, mas con el alma desgarrada, en la incurable desolación del tedio, con el arrepentimiento de habernos creado, bajo la indecible tortura del naufrago en la noche. Sobre estos muros donde las antorchas del festín proyectaron, en días abolidos, manos que se tendieron agitando coronas para ceñir tus sienas de Imperator, el fatídico brazo de Edipo alargábase ahora, armado de la hoja parricida, en busca de tu corazón magnánimo. Y en ese mismo mirador rememoraste entonces, no ya la voluptuosidad de la apotheosis, sino la amargura de ser grande, gustada gota a gota entre el medroso silencio de las vigiliatras.

Cuéntase que al amanecer probabas apaciguar tu espíritu, mordido de letal desaliento, sembrando árboles que para ti fueron sin duda confidencias a la tierra, a la tierra que no nos engaña y retribuye con nectáreos cálices nuestro sencillo y confiado amor. Imagino que al sembrarlos ibas diciendo a cada uno como el dolor judío: "Yo te he plantado en medio de mi amargura". Allí están ellos guardando el mirador, asombrando la callada alberca, adusta como un crimen, insondable cual una cisterna disipada. Yérguense allí los arduos pinos, erizados al soplo del dolor, en haz apretado y sombrío, adelgazando sus fúnebres ramajes que figuran las negras llamas de la desolación, y nos están contando, entre suspiros, que antes que sembrados, fueron pensados por ti, ¡oh mártir voluntario por las ajenas desventuras! Esos árboles —tristes como la noche en que apagó su latir un corazón amado— sudan, por todos sus poros, inconsolables desventuras, y los dejaste allí para eternos testigos de tu sin par melancolía. Allí están señalando el sepulcro de tu anhelo y la urna en que encerraste todas, todas tus ilusiones.

Llenas y vivificas estos esquivos sitios palpitan-tes del hálito que tú les infundieras, y al dejarlos u-na tarde, te desasiste de ellos para siempre: muerta ya la esperanza, todas las cosas murieron para ti.

¡Eres tú el mismo que llegaste algún día sobre el plaustró de los antiguos triunfadores, que arrastraron vírgenes, y conducido ahora, al lento andar del enflaquecido jamelgo —como el dechado de los caballeros andantes—, tú, viejo domador de leones acosado de ratas? ¡Oh, manchego redivivo, qué bien sombrea tu austera excelsitud al hondo pesar que te nubla! “¡Qué triste!”, dijo alguno mirando un antiguo monumento, delante del gran corso. “¡Triste como la grandeza!”, respondió el guerrero. Triste de grandeza, fuiste también bajo tu inseparable dualidad del príncipe Hamlet y de Alonso Quijano

Alegría es signo de la pequeñez en equilibrio. Tu desorbitada magnitud te mostró siempre taciturno. Tu euforia fue instantánea como el relámpago en la noche. Quien te modele para la posteridad, debe sentirte como te sintió Tenerani: ¡triste como la grandeza!

Enloquecido por la gloria del Macedón, propúsole un día Scopas tallarle en estatua la portentosa mole del monte Athos. Algo mayor ha soñado mi admiración para tí: ¡Tú eres el espíritu que anima otra estatua durante milenios preexistentes: el mundo que redimiste! Sólo el mar de Atlante, que presidió tu locura creadora, puede simbolizar, en su tormentosa fecundidad —con rito eternamente renovado— tus vastas concepciones germinantes y tu cabeza olímpica. Tan sólo la estupenda figuración andina, de aceradas vértebras y ligamentos de oro, pudiese sustentar tus músculos que, al distenderse, anonadaban, y, en reposo, distancian y defienden, dilatándolos hasta la remota ribera en que empapan tus plantas las aguas del Pacífico, pedestal de inmortales, imagen de la gloria sin fin que te aguarda, en la incalculable sucesión de

los tiempos, en que cada espuma es un día y cada tumbo un siglo. Cruzados los brazos, en el ciclópeo nudo de la Gran Colombia, escudan al que fuera tu propio corazón palpitante. Los relámpagos en las alturas evocan tu surcada, tu indomable, tu procelosa frente, y para el rápido y chispeante centellar de tus ojos, fulguran sin descanso los volcanes andinos. Sólo la voz del trueno, tableteando sin cesar entre las oquedades de los abismos, pudiese responder en ecos portentosos al silencio imperturbable de tu gloria, ¡oh Padre inmortal!

PAGINAS HISTORICAS
DE
GUILLERMO VALENCIA

EL DOCTOR CARLOS E. RESTREPO

Ha causado honda sorpresa en toda la nación el fallecimiento del doctor Carlos E. Restrepo, en Medellín, cuna del renombrado expresidente de Colombia.

No le basta a un político el ejercicio de la primera magistratura para llamar sobre sí tenazmente la atención de los contemporáneos, quienes se orientan, de ordinario, hacia los caracteres definidos y con capacidades para valer en más de un campo. Y ese es el aspecto porque se revela a nuestros ojos el doctor Carlos E. Restrepo. Fue hombre de contornos precisos porque la franqueza fue en él una cualidad predominante. Amó a Colombia intensamente con un fino y elevado sentimiento de su decoro. Como escritor era elegante, ilustrado, incisivo y lleno de intención, y sabía hablar como escribía. En sus mocedades concurre a los campos de batalla con aquella gallardía y fervor que le fueron ingénitos.

Llevado casi por sorpresa a la primera magistratura en una hora de reacción contra el gobierno recientemente presidencial del General Rafael Reyes, personificó en el mando el espíritu liberalizante de la reforma constitucional de 1910, cuando una (convención de la unión republicana conservadora - liberal) modificó el Estatuto que en esa forma logró mantener el orden público hasta estos tiempos ya que no en igual grado ni por el mismo lapso, la paz política.

El joven magistrado llevó al gobierno sus personales prendas de tolerancia, de intransigente probidad, de orden y economía y de amor al trabajo. Es indudable que estas cualidades contribuyeron en mucho a la formación del efímero partido republicano que empezó a disolverse con la dejación del mando por el viril patrono. Una concentración conservadora

puso término entonces a la republicana unión: era inevitable. El republicanismo, partido de centro, ecléctico, bastante reñido con la tradición política de las dos grandes comunidades históricas, ostentó una florecencia magnífica de espíritus innovadores, un tanto escépticos, de atrayente simpatía para la juventud, y que parecían haber abjurado por siempre de los anatematizados fanatismos de antaño; pero ese clima espiritual de un núcleo de intelectuales no pudo eliminar lo que el jefe apellidó “nuestros queridos odios” y el ingenioso tabique de algodón aislador contra la fragilidad de los vidrios, enantes en recia fricción, se convirtió a poco andar en algodón pólvora que acabó por dar al traste con el partido nuevo. De su lujoso y flamante mobiliario solo quedaban restos de un sofá que se extraviaron cuando la elección presidencial del año 30.

Era asaz dificultoso mantener tan inestable equilibrio entre aquellas dos enormes masas. El aporte liberal eleccionario a la unión republicana sugirió la idea a muy importantes jefes liberales de liquidar a favor de su programa, de sus métodos y de sus hombres la asociación, fundada para conquistar el poder público, y como fueron tan pocos —aunque sí de mucho valer algunos— quienes como conservadores unionistas ayudaron con su voto a la elección presidencial del Dr. Restrepo, estos copartidarios nuestros no sintieron a su espalda el rumor reconfortante de nuestras grandes masas y advirtieron su falsa posición. El presidente, entre tanto, fiel a su programa, empeñábase por enfilear los platos en un titánico esfuerzo. En esto estriba, a nuestro ver, la gloria que ganó en la prueba.

A diferencia de aquellos conductores falaces que para triunfar prometen todo, y ya en el puesto olvidan lo prometido, el doctor Restrepo tomó a lo serio y de veras su programa de tolerancia y de gobierno probo, y cumplió su palabra, contrariando así a mu-

chos que contaban con la consabida y tantas veces practicada treta. No es dudoso que algunos de sus adeptos deploraron en lo íntimo del alma haber embarcado con ese hombre de hierro en nave de tanta idealidad; esos iniciaron el desfile llamándose a engaño, a deslealtad, a fullería. Otros permanecieron fieles a sí mismos. Mantuviéronse constantes en la vía comenzada y solo muy a la larga la soledad en que se vieron los espantó de modo que regresaron a sus antiguas toldas, si bien unos tantos conservan todavía en sus maneras ese aire inconfundible de elevados propósitos que había sabido inspirar una vez sus actuaciones.

A tal punto es verdad lo dicho, que el partido conservador en masa desertó de la unión republicana sin más excepciones que las de Cauca y Nariño, primeros vencedores de aquélla, y que por no haber participado nunca en la liga, continuaban en su puesto. En esta capital, no obstante el triunfo conseguido sobre la Unión, cierto grupo liberal se creyó dueño del poder, y para hacerlo patente, desde el día mismo de su derrota había ultrajado a conservadores meritísimos, en una de aquellas zambras precursoras de las que hoy estamos presenciando.

El ideario republicano era irreprochable, como lo fueron algunos de sus sostenedores, pero la gravitación de la masa liberal imperante turbaba la ecuanimidad de los dirigentes: el republicanismo era la idealidad, y la realidad, los republicanos. El doctor Restrepo no hizo nada desde el gobierno para mantener a su partido (el republicano) en el poder y reconoció serenamente la victoria a su sucesor. Salió del palacio como había entrado: gallarda, honorablemente, con el aprecio y respeto de toda la ciudadanía, dejando definitivamente solidificado su merecido prestigio de conductor nacional.

Alejado habitualmente de las actividades políticas, intervino a veces en graves situaciones del país

y solo cuando la solemnidad de la hora hacía necesaria su opinión respetable, la que dio siempre con nitidez, con meditación y con valor. Colombia no pudo olvidar que aun acogido a obstinado silencio, vivía siempre para su defensa y su nombre Carlos E. Restrepo, exponente magnífico de un gran pueblo y de una ilustre, fundamental-estirpe.

Encariñado siempre con su viejo ideal, probó resucitarlo el año 30, en un segundo intento que, a semejanza del primero, comenzó bien pero continuó y acabó como es patente.

Imitadores suyos, quisimos algún día buscar la convivencia pacífica y ordenada de los partidos previo un acuerdo sobre bases ciudadosamente estudiadas, pesadas y medidas antes de los comicios, para conjurar futuros desacuerdos. Más felices acaso que el ilustre montañés, no alcanzamos a probar la **amargura del triunfo**, aunque si el vivo escozor y las lejanas consecuencias de los rayos ultravioleta...

La última intervención oficial fue la embajada ante la Santa Sede, —de la que sabemos muy poco— que el Presidente doctor Olaya Herrera confió al doctor Restrepo.

Fue éste sin duda una figura de grandes relieves en que predominaban la decisión, la integridad y la entereza. Tuvo un espíritu jovial, de subido sabor picaresco y muy gráfico; en la juventud cultivó la poesía, la crítica y otros géneros literarios con singulares donaire y fortuna.

Hombre de familia, fue su hogar un verdadero templo, magnificado por la excelsa dama que acompañó sus días y exornado por una descendencia nobilísima, prez del suelo patrio, a quienes también nosotros acompañamos en la desolación hoy que Colombia entera está guardando a su lado un doloroso silencio.

SINCERA OFRENDA A PEDRO NEL OSPINA

En la estatua de Pedro Nel Ospina toma forma visible y perdurable la gratitud de un partido que, erigiéndola, castiga y enmienda la desidia o desvío de quienes fueron tardos en cumplir la voz de la Nación que ordenó glorificar a uno de sus más ilustres conductores. Así este monumento no se ofrece para adorno de nuestra metrópoli, sino como hito indicador del más levantado ápice a que deben alcanzar los mejores.

Fue Ospina hombre recio, fundido al nacer en el duro metal del estoicismo familiar: almáciga de patricios que vivieron para cumplir con el deber en casa, afuera, en el destierro, en el campamento, en el gobierno, en toda circunstancia y en todo momento. El trajo el instinto de superación como norma vital: si estudiante, si profesional, si empresario, si escritor, si guerrero, si parlamentario, si caudillo, si diplomático, si jefe del Estado. En brava lucha con el trópico, aquilató las virtudes que conducen al triunfo sobre la tremenda rebeldía de nuestro mundo geórgico y las que entregan la clave para conocer y utilizar a sus pobladores: la mina, la maraña, el río, la feria, le habilitaron para la lidia de gentes; el libro, la cátedra, la academia, el intercambio espiritual, para las arenas del pensar; el salón refinado y los viajes, para la esgrima diplomática; la escuela de la guerra para la vigilancia, la previsión y el cálculo, y la adquirida pericia en el uso de tantos muelles, resortes y palancas, para la eficiente y acertada dirección del Estado, en las arduas y complejas faenas del mando. Como fue grande en el obrar y en el pensamiento, el resultado de su acción rebasada y excedía el límite impuesto por las ideologías sectarias. El punto de partida, la orientación política eran en él conservadoras en su o-

rigen, en su dirección y en sus fines, pero al desenvolverse sus iniciativas y programas crecía bajo un impulso creador que superaba la limitación y convertía-les en formas de una amplitud tan majestuosa que a su sombra cabía la Patria entera y podían caber muchas otras Patrias. El pensaba y proyectaba en grande porque conocía la grandeza de su país, capaz de despertar y de vencer a la voz de una acción honrada, poderosa, científica y constante. Así proyectaron Caldas, Mosquera y Reyes; sus huellas en nuestra historia, como las de los gigantes antediluvianos, contrastan con lo menudo de las de roedores y tortugas.

Enclaustrado el país dentro de su triple cordillera; esquivada ante el viajero su Capital, como la del Tíbet; casi nulo el aporte inmigratorio; descoyuntada la nación por un defensible federalismo hijo de la topografía aún no vencida por ferrocarriles, carreteras y aviones; dándose la espalda los dos litorales por la interposición del istmo panameño, el ambiente colombiano fue durante un siglo, campo muy propicio a las iniciativas audaces, a la visión aventurera, al arrebato temerario. Vivíase más en el mundo de la ideología que en el de las realidades pungentes. El síno geográfico parecía irrevocable a la mayoría de nuestros estadistas. De tarde en tarde un Cisneros, un Camacho Roldán, un Berrío, un Miguel Samper abrían en el muro invicto ventanas hacia el porvenir, mientras la agitación política servida por la tribuna y el periódico, llevaba a la perfección sistemas y programas. Muchos jefes de Estado que surgieron de ese medio ideológico creado por la inacabable controversia partidista, no creían tener otra misión que la de representar en el mando el ideario teórico de sus comitentes y reproducir con fidelidad en el ejercicio directivo la resignada, la apacible, la inexorable pasividad del país, impuesta por el medio físico. Sólo quienes conocían a palmo el patrio territorio, quienes habían estudiado personalmente su capacidad productora y sus inago-

tables recursos y habían sabido aprovechar en sus viajes de estudio por otros países las lecciones de la experiencia para trasladarlas al propio, tuvieron siempre una idea precisa y clara de nuestros medios de liberación, de las claves de nuestro progreso. Fueron contados entre aquellos hombres quienes llegaron al poder: Mosquera, Reyes, Ospina pueden servir de ejemplo.

Mejor preparado que nosotros, por sus conocimientos profesionales, por su amplia cultura, por su leer constante y por su inquietud constructiva. Ospina recibió el Gobierno en hora propicia para su capacidad de organizador y entre factores circunstanciales que le franquearon los recursos del crédito, y, más afortunado que sus predecesores, dispuso de elementos nuevos eficazmente utilizados por una competencia insuperable que dominaba todos los campos de gobierno: el de la política, la economía, la educación, la diplomacia y el de la guerra. Sus ministros, con ser tan altos y expertos en su mayoría, fueron, más que colaboradores, ejecutores del Jefe de Estado. Aquel cuatrienio memorable fué fecundo para la República que ostenta con orgullo su obra. Es la verdad que el país tomó desde esa época un rumbo nuevo, paralizado un tanto por la crisis mundial que sobrevino a poco, y recibió una orientación básica que aún persiste en muchos ramos. Estos, los mejores títulos de Ospina a la gratitud nacional.

Para el partido conservador que le venera entre sus próceres, es el hombre que demostró en el mando el poder cultural y la capacidad para el progreso, de nuestros sistemas administrativos. Como ni la ciencia, ni la técnica tienen matiz político que las caracterice, sus efectos serán fruto de la confianza del pueblo en el gobierno, de las facultades de éste y de su competencia científica; mejor si soplan vientos de buena fortuna!

A Ospina como a empresario y creador de riqueza, como a conductor y maestro de profesionales, como a expositor y propagandista de disciplinas útiles, como a precursor de métodos agrícolas, también se le adeuda reconocimiento y así lo sabe y así lo siente la magnífica Antioquia.

Del ciudadano intachable, del jefe de un hogar ilustre, del amigo, del político y el guerrero quedan en la Nación entera muy frescas y gloriosas huellas que la historia empezó ya a buscar con paso diligente.

La estatua de Ospina ha surgido del suelo patrio como una evocación y un homenaje, como tributo de la tierra que él tanto amara y sirviera y como un Hermes vigilante entre dos heredades, dos sistemas, dos épocas que él enlaza y funde maravillosamente como síntesis de esa Colombia con que todos vivimos soñando.

ARBOLEDA Y CASABIANCA

EL AGUILA Y EL LEON

Se ausentó de entre nosotros, en silencio, sin dejarnos sentir en un postrer abrazo el noble palpitar de su gran corazón, sin que su mano leal, que condujo tantas veces el voluble corcel de la fortuna, nos transmitiera el último latido de la vida, en pulsaciones febriles y robustas.

Se ausentó de entre nosotros en silencio, pero hemos podido descubrir el lugar de su refugio por las hojas de laurel que señalan su paso, desprendidas del grueso haz que se llevó sobre los hombros.

Uno de esos árboles centenarios que el rayo lame con su lengua de fuego y el viento golpea con cien cadenas sonoras y que, triunfantes del rayo y del viento siguen irguiéndose entre el gran desastre de la floresta derribada: tal la figura de Manuel Casabianca, tras la espantosa hecatombe de 1876.

Todos conocen sus hechos, todos hemos repetido su nombre y embriagándonos con él como que fue un nombre de victoria. El manifestó de qué es capaz el partido conservador, cuando se le dirige bien y se le sirve con desprendimiento.

Y representó una gran virtud: la energía para la lucha. En el conflicto, aquel espíritu era una ecuación donde el exponente simboliza el esfuerzo, lo fijaba siempre el obstáculo que era preciso remover del camino. En esa hora el alma del campeón alcanzaba el cenit. La mente era una fragua; el ojo, engrandecido como el mar, reflejaba el conjunto; audaz, el pensamiento, la voz, imperativa, la acción precisa y, como la guillotina, irremediable, deslumbradora y rápida. No fui de los afortunados que pudieron contemplarle en sus cargas heroicas, como un mariscal épico de la

Francia Cesarea. Cuán hermoso debió de mostrarse el centauro, armado el brazo pujante de la filuda y espantable hoja, al arrastrar cual una locomotora, a través de la llanura ensangrentada, el tempestuoso estruendo de mil jinetes que le seguían en apretada cadena, llevando alternas a la grupa la victoria o la muerte.

¡Y qué mucho que fuese capaz de tanto si servía a nuestra causa! Dejad que la escarnezan los que quieren alcanzar la meta llevados por caballos sin freno. No importa si hacen mofa de nuestra arca vetusta labrada en palos torcidos pero fuertes, cuántos creen burlar desde el ápice de un monte que se tragará las aguas, la ola arrolladora del diluvio. Sobre el universal naufragio de doctrinas e ideas mostraremos vivas las buenas tradiciones que deben perpetuarse, las nobles especies que merecen vivir y que habrán de hacer en el vuelo, el regocijo de los aires, y el decoro y autoridad de la pampa, con las melenas; y nos ufanaremos en mostrar junto a Julio Arboleda, esa cabeza de águila, a Manuel Casabianca, esa otra cabeza de León.

La vida de éste va tan estrechamente ligada a la de nuestro partido, durante los últimos treinta años, que no puede hacerse abstracción de tal nombre sin dañar la explicación de los más importantes acontecimientos que por nosotros o que para nosotros se han verificado. Y sin embargo, ha habido quiénes hayan lanzado al rostro del caudillo esa palabra que subleva el orgullo de las almas grandes, ese vocablo corrosivo como un frasco de ácidos bastante conseguir que, oyéndolo, Ney palidciera y se extinguiera la voz en la garganta Bazaine. ¡Traidor! ¡Traidor! ¿Sabéis por qué? Porque el partido conservador es un organismo robusto que elimina cuanto le es adverso o dañino; porque estaba demasiado próxima la matanza de Palonegro, para que pudiera echarse suertes sobre las tónicas sangrientas de los sacrificados; porque la vieja

tribu estaba en pie, resuelta a salvarse, y su empuje era incontenible. Entonces vino el conflicto para el jefe que, ignorante en un todo del golpe preparado por nuestros amigos, en un momento dado se encontró frente a frente de la autoridad que le requería por un lado y de la opinión avasalladora que hizo impotente la adversa tentativa del ministro de guerra. No fue un círculo ni siquiera una parcialidad los que pidieron cambio de personal en el escenario de la república: la nación entera clamaba por ese cambio. Y ante aquel torrente de opinión, Casabianca prefirió el dictado de republicano antes de merecer el torpe apodo. Y nuestra causa se salvó, y los nervudos brazos de nuestros jefes nuevos hundieron sus picas en aquella techumbre podrida que se desplomó para no ser levantada jamás!

Bien se me alcanza que muchas de estas consideraciones no habrán de tener valor para el futuro porque se refieren a detalles que la historia no aprovecha en sus síntesis definitivas. Muy bien se que el adjetivo para calificarnos se escribe, si muy pronto, doscientos años después de nuestra muerte; no ignoro que una frase de encomio es cual una guirnalda de palabras que se mustian horas después de entrelazadas; y sin embargo estará siempre bien que seamos de nuestra época, que gocemos el sol de nuestro día y nos entusiasmemos con el entusiasmo de nuestra hora. Cuán hermoso es contemplar una multitud conmovida que va cargada de flores, en presente al héroe que la conduce no ha mucho a la victoria. ¡Sí! La necesidad del momento presente exige que apoyemos a nuestros jefes y echemos en olvido sus defectos, para que nos quepa a todos una parte, aunque mínima, en el feliz éxito que obtengan sus virtudes.

Seamos gratos a los leales servidores de nuestra causa y abandonemos ese funesto hábito de declarar extraños en la propia comunidad a cuantos se aparten de nuestro sentir en puntos que no comprometen la

doctrina. Aceptemos sin enojo la superioridad de los que la hayan conquistado. No hagamos silencio en torno de nuestros antiguos servidores; cuando la edad los venza, que perezcan como el estilista del siglo XVIII, por la fatiga de las ovaciones, bajo el peso de las guirnaldas y no por los miasmas mefíticos que vierten la boca del ingrato. Allí están los González, los Albanes, los Ospinas, los Enrique Arboleda, los Pintos, los Molinas, los Velascos, los Morales, los Valderramas, los Perdomos, los Uribes, los Dousdebés, los Riveras y tantos más adalides nuestros, dignos de todo encomio, acreedores a todo honor y a toda confianza. Si les somos gratos, habremos aprovechado el largo sacrificio del veterano muerto que se ausentó de entre nosotros en silencio, sin dejarnos sentir en un postrer abrazo el noble palpitar de su gran corazón, sin que su mano leal que condujo tantas veces el voluble corcel de la fortuna, nos transmitiera el último latido de la vida, en pulsaciones febriles y robustas.

Mañana cuando bajo las aguas turbias y dormidas de ese golfo negro que llamamos olvido, hayan desaparecido los últimos vestigios de nuestras luchas y nuestras inquietudes, de nuestras esperanzas y de nuestros dolores, y cuando, en mala hora, el herrado tacón del yankee huelle tal vez como amo, campos que fueron nuestros, al remover la tierra el agricultor atónito verá brillar bajo el arado una hoja blanca que el orín no mordió ni melló el tiempo: esa habrá sido vuestra espada, ¡oh bravo general!

Mayo de 1901.

JUICIOS SOBRE EL LIBERTADOR

Quince años de rudo choque contra la adversidad pulieron las facetas del adamantino capitán, y apareció el soldado infatigable, valiente y previsor, el jefe experto, imperioso y providente, pulcro e inflexible; el vencedor justiciero y magnánimo; el vencido soberbio y pertinaz; el diplomático sagaz, insinuante y fecundo; el orador de excelsitud subyugadora; el político hábil de intuición prodigiosa hasta cristalizar en unos cuantos aforismos la evolución sociológica de los pueblos indolatinos; el modelador de naciones dentro de su índole peculiar; el forjador de quimeras que gustaba proseguir el camino hacia la gloria tomándolo en el sitio que alcanzaron los grandes, como cuando holló la cima del Chimborazo, saltando la meta que detuvo a Humboldt; como cuando escaló el Potosí, con la enseña de Colombia, adelantándose desde el punto a que llegara San Martín.

La envidia le mordió sin fruto; la rivalidad emuló con él sin dañarle; la traición le alargó solamente los caminos del triunfo; el fanatismo, semejante a un molusco, ennegreció, no más, el fondo diáfano en que navegaba el inocente; la cobardía y el egoísmo corrieron cerrojos al escuchar los pasos del inflamado caballero que cruzaba sin mirar siquiera; las balas se desviaron ante el libertador de pueblos, y los puñales asesinos no lograron escribir con la sangre del león el epitafio de la eterna vergüenza. La ingratitud únicamente, pasándole de claro el corazón, consiguió al fin contra el héroe lo que no habían podido ni el odio, ni la venganza, ni la muerte.

LA PIADOSA AMISTAD (V́ctor Ma. Londoño y Cornelio Hispano)

Refiérese que Aristóteles ya a punto de morir dijo con gran dulzura a cuantos rodeaban su lecho atribulados: "Amigos, no hay amigos". Esta amarga frase del filósofo debió herir en lo hondo a alguno quizá de sus oyentes, quien la entregó a la historia en toda esta acerba acritud que el vivir infirma con repetidas excepciones.

He recordado la cruel despedida del griego a propósito de dos espíritus helénicos, tildado el uno de impasibilidad marmórea, y el otro, de glacial ataraxia: Víctor M. Londoño y Cornelio Hispano, **arcades ambos.**

Alejado de nosotros para siempre el ático cantor de J. Asunción Silva, dejó una dulce remembranza en el espíritu de quienes lo trataron; unas ricas esencias de altísimo precio de que se han embriagado algunas generaciones, y las flores dispersas de un huerto espiritual que florecía y aromaba en silencio.

Cornelio, todo entusiasmo y todo afecto, ha labrado con feliz esmero un ánfora egregia para recoger aquellos perfumes y confió al mármol de su estilo y al de Carrara con qué erigir su funeraria stela al poeta desaparecido, y ellos se plegaron complacientes.

¿Qué otra cosa sino una urna antigua es el libro trabajado por Hispano para conservar la memoria del victorioso? Todo en él es esmero, férvida inspiración, curiosa diligencia, culto de belleza, nimiedad cariñosa, pulcritud cordial, feroz disputa contra la aridez del olvido y la avaricia de la muerte. Cornelio ha escrito este libro bajo el dictado de la amistad más pura y la más sentida admiración, como si el nombre del poeta previniese ya el anuncio de este vitor glorifi-

cador. Todos los devotos de Londoño debemos a su biógrafo el testimonio de la más justa gratitud porque el libro en que lo celebra erige para el bardo el más firme y el más bello de los monumentos. En buena hora el Congreso de la Nación, con un noble sentido, ordenó la colección, o mejor la Antología de Londoño —porque toda su obra es una inmarcesible guirnalda— pero eso no bastaba. Era preciso el dón evocador de Hispano para deleitarnos con la obra escrita y con la vívida presentación del hombre sin reproche. Solo el amigo íntimo, la urna de confidencias, el compañero de siempre, la sombra fiel que seguía al que se iba, podían revelárnoslo en la diáfana fulgencia de su vida rítmica, serena, laboriosa y modesta. Si el poeta existía para el mundo que lee, en la belleza de sus cantos, el hombre le ha sido revelado, ceñido en púrpura por quien si supo comprenderlo, confortarlo y amarle hasta la muerte y más allá de ella.

Esos “recuerdos de Víctor Londoño por Cornelio Hispano” no podemos leerlos quienes fuimos testigos de la existencia allí narrada sin una honda sacudida de ternura indecible. Circulan por esas páginas nombres que veneramos, de maestros y camaradas ligados en la más desinteresada hermandad de fiebre espiritual y pasión por el arte. Con un hilo de oro ha engarzado Cornelio todo aquello “que fue nada y que un diamante hoy es”. El evocador no declama. A través de la sencilla expresión de su frase, deslustrada a propósito para hacernos sentir el contraste con la llama que arde debajo, va apareciendo el vate, ingenuo, luminoso y grande. No habría estado completa la figura si Cornelio, con la piedad de un pagano antiguo no hubiese llevado al sepulcro de su amigo, en homenaje póstumo, cuanto el otro ama y aprecia como prendas de valor inmortal; su sentido helenista, la gloria de sus amigos y hasta su gran dolor de pa-

dre, sublimizado ya por su estilo en lípidos mármoles, para que así el tributo al hermano panida fuese digno y perfecto. Solo Fedón pudiese acompañar como pretérito testigo, el coloquio de los filhelenos; solo el evocado numen que contristó a Meandro, pudiese proyectar su adorable sombra juvenil al lado de la fúnebre estela; solo la Nike mutilada podría asombrar con su remo aquilino la cabeza creadora y apacible ungida para la eternidad por el óleo de la muerte.

Cómo contrasta este rito de amistad en el que solo resplandece la fe en el espíritu, la gracia del tributo, el ardor pasional por arrebatarle al olvido un nombre que debe vivir, con la vulgar indiferencia que todo lo ensombrece. Cornelio Hispano es el insomne escultor de la gloria tardía. Hoy corona a Londoño; mañana entregará a la veneración de la Capital colombiana otro monumento erigido por él solo a la fama de Isaacs. Con qué fervor ha cultivado esa memoria el hijo epónimo de la Ciudad Señora. El ayuda a crear la gloria de los grandes muertos, la investiga, la purifica, la sublima en el libro y la lega al porvenir en páginas impercederas, y eso bastaría a otros. Pero Cornelio Hispano quiere además que todo arte contribuya a la apoteosis, que ningún sentido se agravie en la glorificación del talento, y casi está sembrando de mármoles los ángulos sagrados del patrio suelo donde él los entrega a la veneración de los que vienen. "Amigos, si hay amigos". ¡Allí tenéis a Cornelio Hispano!

HISTORIA, EMBUSTES NO...

ULTIMO ESCRITO DE VALENCIA

Entre los graciosos episodios con que me ha regalado mi honorífica, senatoria candidatura, dejo anotada la súbita intrusión por una de las ventanas del viejo caserón conservador, de un mozo vociferante contra la memoria de mi padre, el doctor Joaquín Valencia y de mi abuelo materno el Coronel Bartolomé Castillo. El haber oído de un contendor que el intruso había quebrantado la disciplina del partido y facilitado el asalto del adversario, llevóle a afirmar que mi genitor había “pedido el destierro del ilustrísimo Arzobispo de Bogotá, don Manuel José de Mosquera”, en 1853. En otra sesión de la Asamblea pretendió silenciar a su adversario al decirle “que él (el implume orador) no tenía la desgracia de descender de Joaquín Valencia ni del Comandante Castillo”. Aun cuando el novel tribuno intentó desdecirse, muchos escuchamos sus palabras como quedan transcritas, y ellas me han movido a restablecer la verdad histórica en su sitio de honor de donde no podrán bajarla ni la audacia atropelladora, ni la envidiosa malevolencia, ni la ignorancia irresponsable. Fortuna para el caso es que los dos personajes aludidos no fuesen gentes sin relieve ni actuación conocida, sino ciudadanos de valer que abrieron hondo surco en el pasado de la Patria: el uno como soldado de la Guerra Magna y el otro como distinguido estadista de la primera generación republicana.

Joaquín Valencia Quijano, nacido en 1825, se graduó de doctor en Jurisprudencia, en nuestra Universidad, a los 21 años cumplidos (diciembre de 1846). Sobra decir cual fuera la enseñanza de la época en

los institutos docentes nacionales: la filosofía sensualista del siglo XVIII personificada por Destut-Tracy, Locke y Condillac; el racionalismo del Barón D'Holbach y el utilitarismo de Bentham, jefe enantes de los radicales ingleses y mentor luego de los liberales españoles e hispanoamericanos.

Como la emancipación de estas colonias se había efectuado por reacción ideológica contra las doctrinas peninsulares del derecho divino de los reyes, etc., etc., y antes que depositarios de esa clase de tradiciones fueron nuestros libertadores hijos legítimos del filosofismo del siglo anterior, las doctrinas que informaron la ideología de América tenían que ser y lo fueron por esencia opuestas al espíritu de la Metrópoli. Quien primero mentó a Bentham fue Nariño, desde 1811, y las primeras generaciones republicanas hablaron en la Gran Colombia, el lenguaje de la revolución tal como lo hubieron en la Francia antimonárquica y regicida. Por un solo aspecto se acentuó con menos vigor la concepción filosófica que derivó de Francia: en materia de religión. Casi todos nuestros grandes próceres fueron fieles a la doctrina revelada, mas en punto al derecho del **patronato real** sobre las Indias se declaró su sucesora la República de Colombia —en la parte que le correspondía— al expresar por la ley de 28 de julio de 1824: “toca a la República el ejercicio del derecho de patronato, tal como lo ejercieron los reyes de España”.

No se presentaron conflictos mayores durante la primera época de vida independiente, entre la Iglesia y el Nuevo Estado, porque Bolívar, con la intuición de sociólogo que le era característica, procuró hasta su muerte mantener el equilibrio entre los dos poderes y conservar un clima de tolerancia y respeto hacia la Iglesia Católica, en el ejercicio del patronato real.

Para darnos cuenta de cómo lo entendía España en su época más gloriosa de conquistas y descubri-

mientos, basta recordár, entre un acervo innumerable de casos, la manera como el Muy Católico Rey Don Fernando de Aragón, esposo de la Reina Católica por antonomasia, Doña Isabel de Castilla, conminaba desde Burgos, por mayo de 1.508, a un su virrey en el Reino de Nápoles, con motivo de que el cursor del Papa había promulgado un breve pontificio en tierras sometidas a la soberanía real española, sin dar aviso previo ni solicitar el pase de su Majestad Católica: “Nos escribimos sobre este caso a Jerónimo de Vich, nuestro embajador en Corte de Roma, lo que veréis por las copias que van con la presente; y estamos muy determinados, si Su Santidad no revoca luego el breve y los autos por virtud del fechos, de le quitar la obediencia de todos los reinos de la corona de Castilla y Aragón, y de facer otras provisiones convenientes a caso tan grave y de tanta importancia... Y vos faced extrema diligencia por hacer prender al cursor del Papa que nos presentó el dicho breve, si estuviese en ese reino: y si le pudieréis hacer, faced que renuncie y se aparte, con auto de la presentación que hizo del dicho breve, y mandadle luego a ahorcar”. Y el Rey Católico ordenó aplicar pena a cuantos tomaron parte “por los de Asculi en este negocio”. Y si fue ese, en cuanto a patronato, el temperamento español en el siglo XVI, fueo asímismo a comienzos del XIX cuando Fernando VII quiso hacer valer sus regalías ante el Papa León XII para poner trabas a la emancipación de las colonias americanas.

El 20 de mayo de 1.836 el General Francisco de Paula Santander, Juan Clímaco Ordóñez, Pastor Ospina y Lino de Pombo, en representación del gobierno y del Senado y Cámara de la Nueva Granada firmaban un Decreto que “mandó recoger un breve pontificio”, con estos considerandos: Que la Disposición del Concilio de Trento estableciendo (sic) jueces sinodales para delegar en ellos la Silla Apostólica el conocimiento de causas pertenecientes al fuero eclesiás-

tico, no se halla en vigor; y 2º: Que no ha estado jamás en uso en la Nueva Granada, ni es de necesidad en las presentes circunstancias, Decretan: Artículo único. Se recoge el Breve expedido en Roma a 27 de enero de 1.834 por la Santidad de Gregorio XVI”.

El patronato real se explicaba en una época en que la pujante monarquía había defendido la fe católica contra potentes Reyes coligados contra ella y servídola en una sucesión de siglos, con eficacia y heroísmo, aceptándola y defendiéndola como la única religión verdadera y universal y a su Iglesia como la sola y exclusiva del imperio español. Una pragmática de Felipe II había incorporado a la legislación nacional las Constituciones expedidas por el Concilio de Trento, con sus sanciones penales de una severidad terrible.

Sólo a quien así quería y podía defender, auxiliar y amparar podían concedérsele tales privilegios de orden Patronal. Bolívar y Santander no fueron partidarios de la declaración consignada en la citada ley de Julio de 1.824 seguramente por estos, entre otros motivos; porque se trataba de concesiones recíprocas entre dos Estados soberanos: España y la Santa Sede, y si nuestro país se creía poseedor de regalías como heredero de los derechos de España, faltaba título para pretender la parte de la Santa Sede: Estado soberano extraño a nuestra contienda con la Madre Patria y sin cuyo consentimiento expresado en un nuevo arreglo no podía Colombia interpretar en su favor las concesiones hechas a la Corona de España por libre voluntad de la Silla Apostólica. De otra parte, la Nueva República no podía garantizar con la misma extensión y poderío el apoyo que siempre dio España a la Santa Sede, ni una República que estatúa la libertad de cultos podía ser equiparada a otro Estado que únicamente confesaba, admitía y privilegiaba una fe religiosa con franca repudiación y exclusión de las otras. O el canje de privilegios se aceptaba y cumplía simul-

táneamente, como en el pasado, o más o menos tarde se produciría el rompimiento por falla de la base tradicional antigua. Por eso a partir del año de 1.830 comenzó a aparecer esa discordancia por tantas razones explicable. Unos aspiraban a gozar de todos los privilegios patronales pero sin los deberes correspondientes; otros, más sensatos, propiciaban un arreglo concordatorio con el Pontificado, y, finalmente, algunos contra la doctrina de la Iglesia propugnaban la franca y absoluta separación entre Ella y el Estado. Este fermento de ideas antagónicas agitó el espíritu nacional de una manera manifiesta y mucho más aguda desde 1.848 hasta la declaración separatista en la década siguiente. Para colmo de males existía en el particular un estado caótico en los dos partidos militantes que comenzaron a deslindar ideologías de un modo más preciso y definido sin que pudiese conocerse sin embargo cuál era la característica determinante de los dos bandos que nacían, pues había confusión en ambos campos, y bajo el rótulo de liberales se agrupaban católicos, antiguos bolivarianos, santanderistas, conservadores y aún secuaces de las escuelas radicales más avanzadas de Europa que había esparcido nuevo combustible por el mundo tomándole de las hogueras socialistas de la revolución de 1.843. A este contagio no permanecieron indemnes distinguidos miembros del partido conservador; mientras otros se adelantaban a su tiempo en previsión, sagacidad y cordura políticas.

El doctor Joaquín Valencia había formado con la juventud apellidada "liberal" de la época, pero por ciertos actos suyos consignados en los papeles de esos días se echa de ver que no perteneció al bando de los irreligiosos y perseguidores de la Iglesia. Cuando el extrañamiento de los Padres de la Compañía de Jesús en la administración de López (1.850) se opuso a su expulsión. Oigamos al historiador Gustavo Arboleda: "La prensa conservadora se empeñó en la defensa de

aquellos religiosos; Ospina y Caro, redactores de "La Civilización", expusieron a López en razonado memorial, la ilegalidad y la inconveniencia que en su concepto entrañaría la expulsión a la cual eran opuestos unos pocos liberales, como José María Plata, Ezequiel Rojas y JOAQUIN VALENCIA". Y agrega el historiógrafo en una nota alusiva a mi padre: "En una manifestación que contra los jesuítas suscribieron los liberales de Popayán apareció el nombre del doctor Joaquín Valencia pero él se apresuró a desautorizar la colocación de su firma en ese documento que había estado muy lejos de suscribir". (Gustavo Arboleda—Historia contemporánea de Colombia—Tomo III—Páginas 108 y 109). Para prueba de la confusión espiritual de nuestros compatriotas de entonces basta recordar que el Código Penal de 27 junio de 1.837 fue redactado—según afirma en sus "Memorias" el doctor Salvador Camacho Roldán, por el Consejo de Estado que presidía el doctor José Ignacio de Márquez, Vicepresidente de la República en 1.836 y candidato conservador a la Presidencia en 1.837, cuando era ya Arzobispo de Santa Fe el doctor Manuel José Mosquera, quien entonces no hizo observación alguna a esas leyes". (Página 321). Y cuenta que según el ilustre patricio liberal ya nombrado, la ley complementaria de 25 de abril de 1.845" sobre juicios de responsabilidad de funcionarios eclesiásticos, "sancionada por el General Mosquera cuando era aún conservador, fue expedida en tiempos en que quizá no había arriba de dos o tres miembros liberales en el Congreso; pero entonces no se hizo contra ella observación de ninguna especie". (Página 232). El propio eminente Prelado había propiciado la traducción y publicación del texto de Domingo Cavalario, el canonista del regalismo, en 1.837.

Ahora bien: qué decían aquel Código y aquella Ley relativamente a juicios y sanciones eclesiásticas? El artículo 300 del Código Penal citado impuso la pe-

na de expulsión del territorio de la República, por seis a diez años a los prelados, provisos y vicarios generales que usurpasen la jurisdicción o autoridad civil". Habíase erigido en delito (artículos 272, 273 y 274 del C. P.) "presentar como contrarios a la religión o a los principios de la moral evangélica las operaciones o providencias legales de cualquiera autoridad pública", aumentando la pena de dos a seis años de reclusión "si el delito fuese cometido por un eclesiástico secular o regular en sermón o discurso al pueblo, o en edicto, carta pastoral u otro escrito oficial". Esto por la primera vez; pero en caso de reincidencia, "con expulsión del territorio de la República por diez a quince años".

Y en este orden de ideas se establecían sanciones de la laya para los eclesiásticos, porque eso se creía uso legítimo del patronato real, de acuerdo con los canonistas del regalismo.

Es bueno recordar que cuando tal Código Penal fue expedido por quienes se llamaban conservadores —y muchos entre ellos fuéronlo y a buen título de servicios— Don Joaquín Valencia sólo contaba doce años de edad. Autorizaron la expedición del Código el doctor Márquez, don Lino de Pombo, don Pastor Ospina, etc. etc.

Distinguióse la Administración nacida de un tumulto el 7 de marzo de 1.849, por la efervescencia de los ánimos y la exacerbación de la pasión antirreligiosa del grupo dirigente liberal de entonces, y como natural reacción contra la manía persecutoria a la Iglesia y a sus ministros, comenzó a formarse otra corriente a que servía de centro el caudillo popular General José María Obando, el mismo que diez años atrás se había levantado en Pasto en defensa de unos conventos suprimidos; al grito de "viva la Religión!". A los payaneses no nos es lícito poner en duda la sinceridad del General en materias de devoción y fe, y vemos muy natural que su persona hubiera servido de nú-

cleo a una numerosa agrupación reñida con los sistemas de violencia, intolerancia y exclusivismo. Sus partidarios, que aspiraban a la restauración del principio de autoridad y a la creación de un temperamento acorde con la religión del país, fueron llamados **draconianos** en oposición a sus adversarios los **gólgotas**, quienes en lo tocante a la cuestión religiosa tendían a la separación absoluta entre las dos potestades, antes que a un arreglo concordatorio, y veían muy aceptable apoyarse en la legislación anterior para pagar con ello su tributo de imitación a los desmanes anti-religiosos de afuera.

El doctor Joaquín Valencia formaba en el grupo obandista, como se infiere del periódico "El Doctor Cuero" que aquel fundó en esta ciudad para sostener la candidatura de Obando. (Gustavo Arboleda. Obra citada. Tomo III, página 290).

Hacia 1.853 culminó extrema tirantez entre el partido de gobierno y el eclesiástico de la Nueva Granada. Colocado el Ilustrísimo Señor Mosquera ante el dilema de someterse a leyes que no podía acatar ni cumplir en conciencia como Prelado Católico o desconocer su validez o desobedecerlas, optó por este camino que era el del destierro conforme al Código Penal de 1.837 y a las leyes posteriores a cuyo cumplimiento y obediencia civil se había obligado por juramento al entrar en el ejercicio de las funciones inherentes a su sagrado Ministerio. Con la entereza del caso y en oficios y mensajes de meridiana claridad, anunció el Prelado a los poderes públicos su resistencia a la legislación anticatólica que alegaba en su favor el fuero patronal y recortaba día a día las prerrogativas que ese mismo fuero había otorgado, en canje de privilegios, a la Corona de España.

La mayoría gobiernista de la Cámara de Representantes dispuso el estudio de los documentos conducentes en averiguación de las violaciones que implicaban las notas oficiales y los edictos de la Curia

Metropolitana. La comisión quedó formada por dos "gólgotas" y un "draconiano"; era éste el doctor Joaquín Valencia. No fue nunca él hombre de compendias para esquivar con débiles recursos la responsabilidad que se le echaba a costas. Varón recto y de inmaculada probidad, desempeñó su cometido como cumplía a un hombre de honor y firmó el informe en compañía de Carlos Martín y Julián Ponce, Representantes. Declaróse allí que el "Ilustrísimo Señor Mosquera había violado varios artículos de la ley 1ª, parte 4ª, tratado II de la Recopilación Granadina". Brillantísimas defensas hicieronse al Prelado en más de un campo justificativo, pero el simple cotejo de los documentos eclesiásticos frente al texto de las leyes, no deja duda sobre el desconocimiento de esas disposiciones vigentes ni de la desobediencia de su texto. Un jurisconsulto honrado llamado como juez y no como defensor, no podía proceder de distinta manera sin prevaricar. En el campo de la estricta legalidad no era posible ni era debido sofisticar. Allí están las leyes antiguas sobre patronato, las que dictó la República desde que se constituyó hasta la separación definitiva de la Iglesia y el Estado.

Un juez de hecho habría podido apelar a consideraciones de otro orden, de carácter teológico o simplemente religioso, de inconveniencia política, de inoportunidad nacional, más un juzgador de derecho no podía excusarse de fallar como tal. DURA LEX SED LEX.

Mi padre no fue más allá de lo que expresó el informe que publicó más tarde y fragmentariamente don Estanislao Gómez Barrientos en su farragoso estudio sobre "Don Mariano Ospina y su tiempo", para atribuírselo sigularmente al doctor Joaquín Valencia. Pienso que no fuera este el autor de tal escrito y espero que el noble tribuno de la Asamblea del Cauca me esclarezca ese punto que no definió DON TALAO.

Mi padre, que se había mostrado siempre opuesto a todo brote de intolerancia y de violencia, no votó el destierro al Arzobispo probablemente porque ya podía opinar libremente y no con el estricto cartabón legal. Y así consta en la única historia general de esa época, escrita por nuestro coterráneo. Es altamente significativo que el doctor Valencia no tomara la palabra para responder a las defensas del Arzobispo cuando se propuso se admitiera la acusación por la Cámara en segundo debate. A la palestra saltaron sus compañeros de comisión: Ponce y Martín. Este asumió después el papel de acusador. A ser autor del informe, el doctor Valencia habría asumido su defensa porque era hombre de probado valor civil y personal, incapaz de consentir cargasen otros con la responsabilidad que a él atañía. Para mí no es dudoso que existió violación de la ley por las providencias del Metropolitano. Más acaso en el fuero interno del doctor Valencia primó la consideración de que había intereses más altos en juego para apreciar la violación de esas leyes que estaban vigentes en verdad pero que no encerraban el imperativo de justicia cuya falta habían intuido muchos de los libertadores, comenzando por el Padre de la Patria. Sólo así es explicable que ninguno de los compañeros informantes reclamase del doctor Valencia una actitud distinta de la que asumió al votar negativamente continuase la discusión del proyecto en segundo debate, voto que pidió constara, según se lee en la página 327 de la mencionada Historia. Por un voto sobre 16 pasó la acusación al Arzobispo. Mi padre votó en contra con los 16 que se opusieron. Y para que no quedase duda alguna de su intención, el 30 de Mayo de 1.853 “el doctor Joaquín Valencia con los Representantes Paz, Cerón y Lombana, propuso un indulto para los Prelados y autoridades eclesiásticas”. (Historia Contemporánea, página 392). En actas posteriores a la presentación del informe tomó su defensa el doctor Carlos Martín quien seguramente era el autor.

Estoy seguro de que si el doctor Joaquín Valencia hubiese votado el destierro del Ilustrísimo señor Mosquera no habría sido llamado a formar parte del gobierno de Concentración Nacional del Presidente Conservador doctor Manuel María Mallarino, en la Confederación granadina, ni habría sido invitado a colaborar como Secretario en la posterior administración del doctor Mariano Ospina Rodríguez. Oigamos al respetable historiador don Angel Cuervo:

“En esta época feliz llegaron a la plenitud de sus talentos Pedro Fernández Madrid, Julio Arboleda, Manuel Murillo, Benigno Barreto, Salvador Camacho Roldán, Manuel Ancízar, Rafael Núñez, JOAQUÍN VALENCIA, Manuel Pombo, Carlos Holguín y cien más que han brillado en las luchas periodísticas y parlamentarias”... Y más adelante: “Elevado el señor Ospina a la Presidencia determinó el colorido conservador de su administración, nombrando Secretarios a don Manuel Antonio Sanclemente para el Despacho de Gobierno y Guerra, para Relaciones Exteriores a don Joaquín Antonio Pardo y para Hacienda a don Joaquín Valencia, la joya del Ministerio”. (Angel Cuervo. “Cómo se evapora un ejército”. Páginas 3-7).

La rectitud, la seriedad y las capacidades le valieron éstas y muchísimas otras altas distinciones al doctor Joaquín Valencia, y el que don Sergio Arboleda hiciese al siguiente día del fallecimiento del patricio este consagrador elogio: “Acaba de perder la República a uno de sus mayores jurisconsultos, y el partido conservador su primera cabeza”. Sólo faltaba a su gloria que un chisgarabís sin autoridad en ningún campo calumniase e insultase su memoria veneranda en representación de la ignorancia, la necedad y la insolencia!

Como pareció poco empañarla con un nombre por tantos títulos ilustre como lo declararon los contemporáneos y los libros que en él se han ocupado, apechugó también el charlatán contra la personalidad del Coronel Bartolomé Castillo.

A la vista tengo la hoja de servicios de este meritísimo hijo de Cuba, quien buscando la emancipación de su país vióse constreñido a perder su terruño para siempre y adoptar la nacionalidad colombiana después de 26 años de servicio activo por la libertad de su patria adoptiva. Al pie de sus despachos ganados no por favor de parientes, en dos campañas bajo el mando del Grán Mariscal de Ayacucho; las de Guayaquil en 1.828 y Tarquí en 1.829; Bogotá en 1.831; Pasto en 1.832 y 1.840; Norte y Sur de Colombia en 1.841, etc., etc. van las firmas de Sucre, Santander, Juan José Flórez, Valero, Obando, Herrán, Bustamante, Arturo Sanders, Tomás C. de Mosquera, José Ignacio de Márquez, Domingo Caycedo, José Hilario López y Lorenzo Estévez. Y ésto para no mencionar largos servicios en la carrera administrativa del Estado del Cauca y de la antigua Provincia y Cantón de Popayán. Sus luchas por la Independencia le valieron la medalla de los libertadores, y su actuación en Tarquí, donde recibió un bayonetazo—la de los vencedores en ese campo.

Descender de éstos dos hombres fue lo que declaró nada honroso un pobre neófito del servicio patrio, a quien reto a destruir con documentos, no con consejos de enmascarados y correvediles, lo que aquí le-
jó escrito:

Popayán. mayo de 1.943

PAGINAS POLITICAS

historia florentina y la de otras Repúblicas italianas está llena con el relato de aquellas deficiencias. Ha sido menester el aporte de una estudiosa economía que arranca de fines del siglo XVIII, para que empecemos a ver más nítido el libro del pasado y podamos escribir ahora el del presente con mayor certidumbre o con algo que parece acercarnos un tanto a ella.

Más que contra la democracia liberal pareció reaccionar Taine contra las orientaciones socialistas, contra la nivelación sin jerarquía, impuesta sobre el plano antibiológico de una igualdad improbable. En punto a "propiedad" fue intransigente. Esta frase suya vale por un tratado: "En política sólo tengo dos opiniones firmes: primera, que "el derecho de propiedad es absoluto", quiero decir, que el hombre puede apropiarse las cosas sin reserva, y hacer de ellas lo que le plazca, "destruirlas" después de poseerlas, legarlas, etc., etc., que la propiedad es un derecho anterior al Estado, como la libertad individual". Un crítico francés vió virtualmente contenidos en estas líneas todos "los orígenes de la Francia contemporánea".

En las líneas transcritas no asoma una crítica en este punto fundamental y trascendental, al liberalismo individualista; su sentido es expresa y definitivamente antisocialista, aunque el socialismo proceda por vía de reacción o de inducción de la doctrina liberal que entonces, y sólo entonces, dejará de serlo.

En cuanto a Nietzsche, no me ha pasado todavía la admiración por él, por lo helenístico de su genio, por la audacia de su brazo para sondar profundidades, por la belleza escultórica de su estilo. Soy y seré individualista hasta los tuétanos y por eso repugno todo lo que él llamó "I abrutissement par troupeaux". Difícil me ha sido dar con el plano de juntura entre Federico y Adolfo: inactual aquel, éste hodiernísimo; reñido el uno con lo que llamó "la infinita imbecilidad de su pueblo"; en el afán el otro de reconstruir sobre ese pueblo una nueva humanidad, con exclusión de

DEMOCRACIA Y DICTADURA

En el orden político bien pudo estar señoreada la fulgente centuria (el siglo XIX), por el liberalismo más crudo, en muchísimas comarcas, quizá en menor grado en otras, talvez en algunas con mínimos efectos. La definición que dio Compté de la Reforma, si justa en su sentido filósofo, tal vez no alcance a afectar países y gobiernos que se rigieron por el espíritu católico como el nuestro en el último tercio del siglo, a no ser que desde entonces y por ello mismo vengamos los conservadores en "una sedición sistemática del individuo contra la especie", cosa harto difícil de probar para nuestro lado, y caso de conseguirlo, sería en daño de los mismos grandes conductores que nos rigieron y que decimos admirar.

Lejos de nosotros defender errores del pasado. Lo difícil es siempre discernir el mal esencial del que lo es circunstancialmente. El maquinismo creó el capitalismo que en sí no es condenable siempre que el factor moral, que el sentido cristiano, se coloquen entre la caja fuerte y el proletariado para templar con la justicia distributiva los daños que ocasiona la fuerza arrolladora de la máquina, transformada en oro, en oro caparado, en oro monopolizado en detrimento de la persona humana, ese factor esencial que la mecánica va dejando de mero espectador. El capitalismo no es un enemigo nato de la especie, si se le mantiene dentro de sus funciones. Dejarlo andar sin freno es dañoso, ir contra él, absurdo; lo prudente es señalarle justos límites, robusteciendo, sin mengua de la libertad, los órganos defensivos del obrero exprimido. A la distancia y superficialmente, siempre buscaremos hacia atrás la edad de oro. Cuando se estudiar los cronistas medioevales y los historiadores renacentistas se descubren las faltas del sistema corporativo. La

ULTIMA VITAMINA (1940)

Fenómeno digno de anotarse en el tremendo caclismo del mundo actual, es la incapacidad de algunos pueblos para darse cuenta de la inminencia del peligro que les cerca y amaga. Asímbrense viajeros que vienen de Estados Unidos de la atonía de ese pueblo ante el conflicto.

A pesar del incesante hundimiento de barcos; del lejano sacrificio de sus compatriotas en los frentes de guerra; del racionamiento de unos víveres y la total carencia de otros, la masa sigue creyendo que la guerra no llegará nunca a llamar a sus puertas, y que ésta es y continuará siendo, como tantas otras, una lucha de pueblos muy remotos. La escasez de materias primas indispensables a la industria nada dice a aquellas multitudes indiferentes que solo se dan cuenta del peligro cuando se las llama a filas o se acerca el barco de patrulla a recogerlas sobre el mar después del hundimiento del transporte en que navegaron.

Con no menor indiferencia estamos mirando nosotros la ola gigantesca que nos amenaza. No pocos siglos del temporal están diciéndonos ya de su proximidad arrolladora. Contados buques mercantes visitan nuestros puertos; nuestro café y demás frutos exportables se hacinan formando pirámides en bodegas, estaciones, depósitos de emergencia y edificios particulares sin cesar invadidos para almacenamiento, y pasan los días sin esperanza de salida para la mayor parte de nuestros frutos a pesar del inmenso esfuerzo de la Federación Nacional de Cafeteros y de otras entidades para restablecer la exportación. De hecho está bloqueado nuestro comercio marítimo ante la dificultad de aventurar los mercantes que son espiados al ras del mar, con ojo codicioso, por los tiburones de acero. Imposible que una escuadra como la americana, tan

otras normas, los deberes son distintos: protestar, reclamar, denunciar y combatir. En esta obra purificadora no entra el odio, solo opera la condolidada crueldad del cirujano que pincha, corta, rasga y arranca por amor a la vida. Esas heridas no pueden equipararse a las que el odio infiere con el cachicuerno del hampón.

Consignan los bolandistas en su monumental hagiografía pasos edificantes al lado de otros fieramente sublimes. En sus relatos de mártires la prodigiosa variedad es abrumadora y excelsa. Vayan casos. El tirano hizo sumergir entre tinas de hielo a veinte confesores llevados desde Africa, poniéndoles al lado otras de aguas termales y aromatizadas que serían el precio de su fe. Por algún tiempo parecieron sobrellevar animosamente los mordiscos del hielo, mas a la postre el tormento se hizo irresistible. Quince sucumbieron en la prueba; restaban cinco que al ver la suerte de sus compañeros, cedieron ante el halago de la tibieza y el perfume. Solo que al ser hundidos en la tepidez de los cubos, sucumbieron también perdiendo su heroísmo anterior con su corona inmarcesible. (Y no eran viejos).

Otro ejemplo: El procónsul lo hizo atar en el potro y le envió a una cortesana para que lo tentase. El héroe, imposibilitado para la defensa, se trozó la lengua con los dientes y la escupió a la cara de la tentadora, como su última protesta.

En el campo de las analogías estos ejemplos sirven para pedirle al Señor de toda verdad nos de valor para sucumbir entre la tina y el necesario arrojito para arrojar al enemigo la lengua ensangrentada cuando se hayan agotado ya las palabras de indignación y de protesta. Y amén que así sea.

La primera condición de un conductor político es la responsabilidad

Cuando "El Siglo" llegó al número 1.000 escribió para su edición lo siguiente:

"La primera condición de un conductor político es, a nuestro ver, el sentido de la responsabilidad. En nuestros gobiernos presidenciales es donde mejor pueden apreciarse las excelencias de esa virtud o el peligro de su carencia. Quien fomenta desde el poder pasiones ruines, capitula con la protervia y corteja la línea de la menor resistencia. Ni una hipersensibilidad social pudiera escudar para tanto. . . . El verdadero estadista utiliza la fuerza pasional de las masas para el bien colectivo; el guión irresponsable persigue sólo efectos inmediatos sin atender al porvenir. El estímulo a la lucha clasista ataca a la nación en sus centros vitales. En el equilibrio de las fuerzas antagónicas, buscado con nivel de justicia, reina el clima propicio a la fecunda paz, madre de todo progreso".

UNION DEL PARTIDO

Seguramente amaestrado por la lucha de su última candidatura, escribió lo siguiente el Maestro Valencia, cuando se presentó una pugna fuerte entre los conservadores de Caldas y el Directorio Nacional.

“Entre dos políticas, una de las cuales pueda ser mejor que la otra y una sola política, es mejor una sola, porque si se sacrifica la unidad se pierde todo. **Derrotando conservadores no triunfarán los conservadores**, no importa a cuál mano se incline, grávido de victoria el platillo afortunado. A los hombres es preciso tomarlos por su faz eminente y fructuosa. No hay que olvidar que en estos tiempos gelatinosos y de elástico acomodo hay que fundar y edificar sobre caracteres de concreto armado y es este un material que escasea. El papel de rompeolas es ingrato de suyo y a las violencias del mar no deben sumarse las que partan de tierra.

Como en todo organismo viviente —y un partido lo es— las funciones que derivan de la vitalidad: movimiento, vigor, metabolismo, se cumplen a perfección por los órganos jóvenes, sanos y robustos, bajo un control de equilibrio que estorba la supernutrición e impide el gigantismo. Quién podrá negarle a la juventud la arrogancia, el coraje, la vivacidad, el ímpetu triunfal? Ella, con su abnegación heroica, su brillantez mental y su euforia creadora, confirma, hace amable y engrandece toda experiencia vital, siempre que no desvirtúe las normas lógicas de su propio existir.

res seguimos el moverse de nuestros amigos por entre las carnadas incitantes, que no miran siquiera, y sin el más leve asomo de tragarse el gancho.

Un nuevo pescador ha tendido sus varas: ya veremos qué pesca!

Todos estos ardides del adversario nos traen a la memoria las ingeniosas trampas de don Vicente Montero. Cómo negar que su estructura indicaba un razonar muy lógica? Sin embargo no hubo bicho que quedase atrapado. Sería curioso que esta vez los flamantes inventos del popular sabanero tuviesen aplicación perfecta. Por el momento el burro está paseándose con una gruesa piedra atada al rabo, en espera de que las mataduras cubiertas de arroz inciten torcazos y torcazas a posarse y picar. El ladrillazo sería fulminante, y las aves golosas colmarían los cajones dispuestos sobre la albarda falseada, para recoger imprudentes que caerían al saco como ruedan las papeletas en el hueco sin fondo de las urnas alcahuetas...

que saben escudarse de lloro del cocodrilo, precursor del tableteo de sus mandíbulas feroces.

Nuestro anhelo en la hora actual no es el de allegar lastre sino el de soltarlo. De nada nos sirve ahora la disciplina condicionada por la satisfacción de un apetito ciego y descontrolado. Nos interesa más el peso por la densidad que las apariencias del volumen. Se aspira por acá a las monedas sanas y de buena ley como signo de crédito palpable, ya que en la simple política no debe regir como en la economía la ley de Gresham, según la cual la mala moneda expulsa la buena.

No es con el alardear de virtudes ausentes como puede imponerse una causa a la conciencia popular: es por el ejercicio, en todo tiempo y en todo lugar, de las eternas normas de corrección y de respeto.

El convite a hacer traición es por si sólo un agravio al invitado que no tenga antecedentes para sugerirle deslealtades. Los partidos de firme y elevada ideología subsisten a pesar de los desertores cuya fuga equivale a la descamación del cuerpo colectivo en el renovarse de adentro para afuera.

Mueve a risa pensar cómo intentan correr juntos liberalismo, izquierdismo, fascismo. Estos ensayos grotescos de frente-populismo no han servido de gran cosa en ninguna parte. Ejemplos: Francia, España, Checoeslovaquia etc. Si con esta parodia se intenta desconcertar a nuestras masas, buen chasco van a llevarse los ilusos. El partido conservador sólo aspira a forjarse un instrumento de trabajo y defensa. Está en la fragua templando caracteres para procurarse las hojas irrompibles.

Con espadas de lata, fáciles de fabricar y de servicios nulos, no se puede concurrir a los campos de lucha.

Desde el puente de una experiencia hemisecular, vemos flotando en el remanso los velados anzuelos cubiertos de apetitosos cebos, y sin inquietud ni temo-

OJO DE ARGOS!

Es muy sabido el caso del maleante que en vía de hurtarse una lechona fue sorprendido por su dueño. Cubrióla el otro con la capa, pero con tan pobre seso, que dejó afuera las extremidades. Díjole el dueño, —Amigo, a dónde, bueno, y qué lleva allí con tantos cuidados?— Y el ratero: —Voy de ferias y llevo una guitarra. Siguióle a cierta distancia el preguntante, no sin advertirle: “Cuando usted lleve guitarras a la feria cuídese bien de cubrir el clavijero”.

De algún tiempo a esta parte viene muy empeñado un órgano liberal de la localidad por ocultar ciertos propósitos electorales para llevarse al mercado bienes que son nuestros, y cuando se empeña por guardarlos de nuestras miradas, más a descubierto pone las clavijas de su mentida guitarra. Y si nó, qué otra cosa vela el tenaz empeño de que deserten de nuestro campo, rompiendo la disciplina, algunos copartidarios a quienes se supone capaces de soltar el queso de una minoría honorable haciéndoles abrir el pico al blando halago de las falacias lisonjeras?

Si algo hemos querido y logrado darle a nuestra dirección política en el Cauca es elevación y decoro. Cuanto hemos escrito y aconsejado a nuestros copartidarios, puede ser publicado en la plaza pública. No estaría bien, antes sería impropio, que en horas en que se trata de aquilatar la fe política, la lealtad a ultranza, el desprendimiento y la voluntad de sacrificio, intentásemos buscar estas fuentes de renovación y fortaleza por los atajos tortuosos de la intriga, de la maquinación insidiosa, del sucio juego y de los dados falsos. Es baldío propósito el de suscitar resquemores, crear antagonismos, urdir engaños y alimentar rivalidades imposibles entre gentes avisadas

Así ha ocurrido en otros países infectados de soviétismo. Antes de propagarse la epidemia, se han presentado casos esporádicos como signos premonitorios de la propagación general. En el atentado de Cali no se descubre el propósito de apelación moderada a la acción colectiva de las organizaciones sindicales por el procedimiento regular de apoyo y defensa; es la explosión típica anarco-sindicalista de los pistoleros de Cataluña y de Italia que crearon la reacción opuesta defensiva de Martínez de Anido y de Benito. No hay derecho para gritar contra el facismo cuando se crea el fuero de los anarquistas; sin éstos, no existiría aquel. La conversión del mundo a las derechas es el contragolpe natural con que responde la civilización humana contra la barbarie importada, aniquiladora de patrias, asesina al por mayor, esclavizadora, fanática y atea. Una pequeña dosis de comunismo en el gobierno propaga su tinte al conglomerado social; nada hay tan difusible, y si únicamente colorase la superficie, y semejante al fósforo no penetrase destruyendo....

Todo cuanto se diga o se haga para establecer en Colombia un cordón de sanidad contra la atroz pandemia es un deber premioso de sabio nacionalismo.

No está la Patria para sufrir con paciencia indefinidos ensayos de vivisección. Una cosa es la justicia social a que todos aspiramos porque somos muchos los necesitados de ella, y otras las injusticias cometidas a su nombre. El porvenir del país es inseparable del de América Hispana, y nuestra suerte se halla indisolublemente ligada a la del continente. Hay un lamentable error en juzgar de otro modo. No se permitirá a los necios y a los locos seguir despachando fórmulas sociales a base de sustancias tóxicas. Mientras sea más tenaz el empeño de estos farmacéutas de pega, más intensa habrá de ser la actitud que les vede. Abajo divisas de partido! Abajo camisas de color! Quede cada cual con la de sus propio pellejo, resuelto a empeñarlo para salvar la obra nacional de los eupátridas. Guerra, guerra sin cuartel al comunismo y a sus propulsores y padrinos.

FUEGO A PIE FIRME

El atentado de que han sido víctimas en Cali el señor doctor Garrido Tovar y dos distinguidos caballeros es el fruto precoz de la predicación marxista. El atentado como medio de acción política hace parte del sistema y es vano pretender buscar en el arrebatado pasional, que puede exculpar en muchos casos, lo que es simplemente aplicación de un método. Desde que apareció el morbo soviético en Europa el procedimiento ha sido el mismo: imponerse por la fuerza cuando fallen el mimetismo y la penetración astuta. La revolución social no para en medios, ni mira hacia atrás como no sea para enardecer el odio, ni atiende al derecho ajeno, ni a la jerarquía, ni al decoro de la persona humana; es la fiera en plena libertad dentro de la selva primitiva; no conoce más lógica que la del animal instinto elevado al mito de sanción necesaria y de ley normativa. El hombre inculto abandonado a sus ímpetus ciegos puede vivir en sociedad a condición de que los férreos barrotes de la sanción penal le impidan ejercitar a su guisa el colmillo y la zarpa, mas cuando el guarda descuidado e indolente o cuando el dueño enloquecido o ebrio franquean la puerta a la fiera contenida entonces ocurre lo que es lógico: la naturaleza cumple su destino de devastación y de crueldad. En el comunismo ocurre otro tanto; los felinos atacan y son peligrosos cuando sus guardianes les liman las rejas que los guardan, y es esto precisamente lo que está ocurriendo ya en nuestro país, cuyos máximos conductores se empeñan en olvidar la universal lección, la experiencia ya vivida en otros pueblos entre sangre y llanto, para obsequiarnos con la reconstrucción del Circo Máximo de la demencia cesárea.

El caso de Cali es ejemplar y lógico. La actitud del atentador así lo declara: sin reato ni buscando excusas ha relatado la agresión a su superior como un hecho natural que cuadra con su concepción social.

de hace más de una centuria. Ambos pagaron tributo a la ley del tiempo y del medio que dieron un ritmo a su vivir. La razón de que subsistan todavía hay que buscarla muy hondo: en los cimientos mismos de la nacionalidad, en su vida de relación estatal, en la raza y en su peculiar ideología. Para acabar con todo ello hay que tornar añicos los viejos sillares, destruir la argamasa hecha con sangre de héroes para ligar los bloques, sustituir con realidades las que la tradición fundó.

Puede un pueblo pasar de la anarquía a la dictadura, y hasta sentirse libertado por el cambio, cuando probó en carne viva los horrores de la barbarie irresponsable, mas no aceptará de grado —si ha sabido gustar la libertad civil y respirar a pulmón lleno en una atmósfera de tolerancia—, que se le despoje a la fuerza de tan preciados bienes para hacerlo feliz contra su voluntad mediante un truco en que se pierde lo de todos en provecho de unos cuantos. En esta cuestión básica reside para nosotros todo el problema del presente. No admitimos que se nos lleve a Roma por el atajo de Moscú, ni enfilaremos Moscú por el sendero que conduce hasta Roma. ¡Ay de los pueblos débiles que festejen la abolición del derecho! Otros se beneficiarán a costa de la imprevisión atolondrada. La acción salvadora y fecunda cabe dentro de moldes conocidos y ensayados, los que el hombre rompe a veces en horas de ilusión, de ceguera o de infortunio, para tornar luego en busca de los arrumbados fragmentos.

Cuando nos sentíamos más seguros y confiados, oímos el estrépito de las descargas contra nuestro campamento, en un cruzar de proyectiles. Antes el adversario disparaba desde sus trincheras de izquierda; desde ayer hay enemigos a la derecha.

ejes y horadan graníticas moles? Los pueblos se tallan su ideal en paciente labor de años. Si es ventajoso y prudente enseñarles nuevas formas de pulimento y de relieve, es injustificable disolver a su presencia, en la probeta de la crítica desmenuzadora, el material mismo en que ellos gustan de modelar sus sueños.

Los partidos políticos viven también de relatividad. No hay programa, por perfecto que parezca, que no pueda ser reducido a pavesas con un análisis tendencioso, porque todo sistema que deba ser aplicado a hombres por los hombres mismos, nace ya agusanado por sus naturales enemigos. Cuando algo sobrevive y persiste en la conciencia de una agrupación, hay que pensar en un fondo de necesidad que lo preserve: en aquel valor de identidad que caracteriza los sucesos entre el perenne devenir de fenómenos; en aquel principio inmanente que, como en nuestro organismo, flota indemne sobre la renovación, el debilitamiento y la muerte. Dícese que en la actualidad existen invenciones que a ser puestas en planta producirían catástrofes de carácter industrial, con el sacrificio de innúmeros factores, y que gobiernos y empresarios mantienen esas fórmulas en inactividad para no destruir el equilibrio conseguido, —aunque no satisfaga de modo absoluto.

Quisiéramos que esto mismo practicasen ciertos apóstoles de revoluciones antes de ensañarse contra lo útil conocido y probado. Y, cosa rara, como en el mito de la serpiente que se muerde la cola cerrando el círculo de donde no se sale, existe una flexión que lleva fatalmente al punto en que los extremos se tocan, en que principio y término se buscan y se encuentran, en que derecha e izquierda cierran el anillo fatal. Sin quererlo, sin buscarlo, se realiza el empalme por la simple desviación que hace curva una línea que fuera enantes recta.

Entre nosotros el caso se plantea con datos muy sencillos. Dos bandos históricos parten el campo des-

TOMANDO ALTURA

Refiere San Agustín de un su amigo y seguidor de Cristo, que terminó pagano por no haber sabido vencer su pasión por los juegos circenses. Peligro igual corremos todos en el estadio de las ideas si nuestro amor al arte, al apoderarse del ánimo, nos va embotando el sentido del respeto hasta llevarnos a una total revaluación y al desdén abominador de lo que antes reverenciamos y servimos. En lo antiguo el filósofo se confundió con el sofista en su común atributo de amadores de la sabiduría, mas cuando se buscó la verdad como fin último del pensar, quedó al sofista la tarea de conseguirse a todo trance la habilidad del discurrir, sin atender a la esencia de las cosas y convertir en arte el sublime magisterio de la investigación conducida por la lógica.

Hubo antaño entre los sofistas autores agilísimos; húbolos de extensa erudición y plácida elocuencia, pero no fundaron cosa estable porque el alma del hombre exigió siempre nutrirse de principios capaces de moverlo a la acción y aun de llevarlo hasta el sacrificio cuando eso es necesario.

Los tiempos que vivimos reproducen el regreso de los sofistas. El análisis audaz y sin freno conduce al hombre moderno al nihilismo integral. De muchos postulados en que el mundo puso su fe ardiente y le sirvieron para lograr enormes cambios, solo quedan fragmentos inservibles, tal como si un químico delirante se diese a disolver gemas talladas, para probarnos la inanidad de su constitución intraatómica. Si el diamante es hermoso y resiste a la limadura, ¿a qué empeñarse en reducirlo a polvo sobre un yunque destruyendo su luz, su cohesión y su dureza que sabiamente aprovechadas deleitan la visión, fijan líneas de fractura a cuerpos menos sólidos, dan exactitud a los

apetitosas truchas en argentinas fuentes; canastos re-
bosantes de higos, uvas, peras y melocotones que tan-
talizaban a los precitos con su apariencia tentadora y
sus martirizantes olores. Por fortuna muchos compa-
triotas parecen supernutridos por una vitamina mila-
grosa: la ALFONSINA L. y se muestran desdeñosos
frente a las viandas inquietantes, desde la jaula de
hierro que los guarda. "Viva la República liberal",
viva nuestra santa Democracia!

poderosa como quiera suponérsela, se fragmente y disperse para convoyar productos tropicales de tantos Estados desprovistos de marina mercante o temerosos de exponer a destrucción segura, como es lo habitual en estas horas, los escasos vehículos de que disponen. La declaración de guerra de Méjico, la inminente entrada del Brasil, —nuestro vecino— la patente restricción del comercio marítimo entre las tres Américas, no son hechos baladíes para una alzada de hombros. Por el momento la casta privilegiada de burócratas sonríe desde cubierta en la nave oficial que su optimismo beato equipara a la del Patriarca que escapó con los suyos a las iras del Diluvio mientras otros quedaron fuera luchando erguidamente para salvarse del estrago. El agua va subiendo. El pueblo trabajador comienza a padecer las torturas del desempleo con sus naturales consecuencias. Inútiles los decretos sobre racionamiento porque la pobreza ya ordenó el plato único. La marea de los precios continúa creciendo dentro de una desleal competencia entre los víveres y las mercancías. Los empleados solicitan aumento de sueldos; los obreros en función, de salarios; los jornaleros claman por trabajo; los industriales, grandes y pequeños, por provisión de materias primas; los comerciantes, por géneros para surtirse y alimentar su tráfico. Está para perderse del todo la armonía del ritmo vital, y un helado sudario de insensatez e indiferencia nos amortaja a todos. Diríase que dormimos en medio de un terremoto que no tiene fin. ¿Qué resistirá al mismo? ¿qué quedará en pie mañana? ¿Qué se salvará al fin de la catástrofe?

Entre las torturas a que la crueldad del hombre sometió a sus rivales vencidos, en ciertos lugares de los países europeos, estaba el de muerte por hambre a las encarceladas víctimas. Mientras padecían éstas las torturas de la inanición, hacíaseles contemplar a través de fuertes rejas, pavos trufados que giraban en asadores bañados suavemente por salsas excitantes,

espada? Acaso en el fondo de su ser lo esencial era el luchador y el bardo lo accesorio. Después del combate el gran Federico olvidaba con la flauta el horror de la carnicería sin mella ni destemple para su espada. La vejez aducida como consejo de higiene espiritual carece de sentido cuando la voluntad responde todavía a la llamada. Lo importante es que las canas valgan por una corona. Cuando se ha servido a la República sin rótulo, no quedan otros vínculos que los del honor y la verdad; solo al mercenario se le recuerda la soldada.

Nunca pensé hicieran mal quienes simpatizando con mi última candidatura, en su cálculo de posibilidades vieran la victoria a sus puertas y la siguieran hasta conseguirla. De Washington no partió el candidato a derrocar el gobierno a que servía? Nadie tomó a mal; yo menos que nadie, ¿y como él no obraron tantos?

Siempre he creído que la razón es cósmica y no atributo de una sola especie zoológica; no darla a los otros es limitarse. Una gratitud que primase sobre los grandes deberes imponiendo sacrificarlos, despojaría de todo su valer a la razón misma. Entre los mayores peligros del poder estuvo siempre la embriaguez inhibitoria en quienes lo ejercitan. El instinto de conservación crea una falsa conciencia de lo correcto, de lo conveniente y de lo justo; se vive en un hemisferio alumbrado de noche por la aurora boreal del éxito feliz y se ignora o niega como inexistente lo que ocurre en el opuesto campo que está en oscuridad. Esta visión unilateral de un concepto incompleto del conjunto, si es que el paisaje circundante no desaparece absorbido y anulado por el voluble espejo de Narciso.

Quizás a otros tienten las perspectivas de una vejez tranquila que les ciña la guirnalda tejida para ellos como precio del egoísmo precavido, de la sorda complicidad y la mudez abyecta frente a la anarquía, la disociación y el desafuero; cuando se obedece a

CON LA-DIOSA RAZON

Decididamente no he hallado gracia ante el álto tribunal de la razón capitalina, de "La Razón" de mi amigo don Juan Lozano. Con el correr de los días va él descubriéndome nuevos pecados capitales: -hacé cinco años, me enrostró el de soberbia; ahora descubre en mí el odio y la ira, odio contra los liberales. A pensar con él, como sus copartidarios me acompañaron en dos candidaturas, la gratitud me vedaba escribir en su contra hoy cuando, a mi juicio, ellos desiertan del programa que nos ligó enteramente una ocasión y que pareció ligarnos otra. A esa plataforma de acuerdo ha sucedido una muy distinta por lo secundaria y egoísta; a aquel clima templado de tolerancia, los fuegos sulfurosos del infierno rojo, y a la fecunda cònvivencia pro Patria, el amurallado recinto de la República liberal para uso exclusivo de los mismos. Con semejante programa no anduvimos juntos por aquellos entonces, y es seguro que los que sobreviven a ese acuerdo patriótico no se sientan fielmente interpretados en sus templadas aspiraciones de otros días.

Nunca he sentido odio contra nadie, menos hacia mis ex-amigos liberales. Si algo deploro hoy es no saber dónde se hallan para reanudar con ellos el trun-cado coloquio. ¿Dónde estarán ahora? Ni por sus palabras ni por sus hechos puedo reconocerlos ni ubicarlos. Qué triste ha de ser callar para asegurarse el elogio del aliado de la víspera cambiado en el adusto adversario del día siguiente. Una vejez en tal forma sería de cobre hediondo aunque aparentase dorada brillantez. La coalición fue un armisticio; terminada, cada cual tornó a su campo en ánimo de combatiente.

Quiso un poeta ser soldado y conquistar el alterno gajo, y a fe que es venerando. ¿A qué exigirle viva abrasado del arpa si tiene alientos para blandir la

las demás razas, Zaratustra no consiente que sus discípulos le tomen como conductor, mientras el Fühler no se da a partido con quien no crea en él como en un dios y no lo siga como víctima voluntaria y vendada. Nietzsche creyó en Dionisos. Hitler en Votán, la tosca divinidad de Germania. Colocado ante el dictador de su país —que es grande ciertamente por otros aspectos— el filósofo del lago Silvaplan diría de aquél algo menos que lo de otro frenético que se le pareció:

“Es el entusiasmo en mangas de camisa”.

Cuanto a Mussolini, el análisis es más largo y honroso. Tanto él como Hitler forman el muro infranqueable contra la barbarie soviética, y por esta faz nos son aceptos.

Uno es de su siglo y de su medio aunque reaccione contra ellos. Es verdad que en la lectura de ciertos autores Silvio apacentó mis ojos, pero de qué manera: con la brújula en la mano. Aquí del renacentista Policiano: “Bebo un poco en la filosofía, como los perros en el Nilo, algunos sorbos, y huyo en seguida”... (de miedo a los cocodrilos —dice el comentador).

La voluntad cesárea no está reñida con la democracia, toda vez que el gran Julio, que dejó su nombre como emblema, fue al decir de Spengler, “el último hombre de la democracia”, asesinado por un aristócrata usurero”. Mosquera, Núñez, Reyes, Ospina, nunca renegaron de ella, que sepamos, ni sé que Núñez y Ospina puedan colocarse en el mismo plano dictatorial de los dos generales restantes. Reyes llenó las fórmulas democráticas en forma plebiscitaria, para las reformas que inició, como consta de copiosos volúmenes. No así el Gran General en su aventura de Mayo. Reyes cayó por voluntad de sus acompañantes, y puesto ante el dilema, de ametrallarlos o dejarlos regresar a las cebollas de Egipto, optó porque volviesen. La hora en que él mandó fue de desorganización y quebranto, a raíz de la más larga contienda que registre la re-

pública después de fundada. Todo estaba deshecho: finanzas, instrucción y caminos. Como gobernó Reyes era la necesaria forma de gobernar entonces. El surgió de la crisis en un impulso instintivo de conservación y defensa nacido de lo íntimo de la conciencia nacional. Realizó muy buenas cosas; inició otras; creó nuevas perspectivas y falló algunas veces. Tal vez su caída no provino tanto de sus errores como de sus aciertos.

Podría formarse acá un volumen con todos los ditirambos escritos contra la democracia y a favor de la dictadura. Existen hojas periódicas que parecen corresponsalías de Roma y de Berlín. Todos los días leemos artículos dedicados a celebrar los hechos y dichos de los actuales dictadores de Europa. Si es esta una manera de servir a la república, no hemos dicho nada. Mas si no lo fuere, en qué forma podrá afectarnos la cita de Jenofonte?

Lo arduo en estas cuestiones es poder precisar cuándo y por qué está un país en el caso de tirar la Constitución bajo la mesa y apelar al Mesías.

Los conservadores creemos que sin abandonar nuestro credo, puesto que con él gobernaron hombres nuestros —celebrados hasta por quienes hoy no parten con ellos sus ideas— se puede mantener un pueblo dentro de su tradición de libertad ordenada a derecho. Puede haber otros sistemas mejores, aún en vía de ensayo. Nosotros nos atenemos a lo conocido y probado. Qué bien lo dijo un historiador latino: *Non parvum bonum etiam male gubernari a suis.*

EL VALOR DEL APLAUSO

Pocas palabras se prestan como esta al más fecundo comentario. Todas las lenguas las registran y en todo tiempo el hombre apeló a ella para estímulo de sus semejantes, como tributo de gratitud o como expresión sincera de admiración y de justicia. En el idioma del Lacio la voz "laus", que significa alabanza, elogio, es fuente de treinta derivados que expresan los más variados matices en el vasto imperio del vocablo. La noción de lo justo ha encontrado en el encomio la expresión cabal del criterio ético, siempre que este no subvierta los valores y llame blanco a lo que es su contrario. El elogiado, a su vez, agradece el estímulo que recibe, se complace en haber acertado y si la vanidad no le guía, olvida presto su celebrada acción para continuar realizando otras nuevas, y de esta suerte la alabanza coopera en la humana ventura y principalmente en el mejoramiento del carácter del hombre. Y esta, su excelencia máxima cuando así se ejercita en forma cabal la justicia distributiva. Instrumento preciso de perfección, el elogio da el acabado a la escultura individual en la que el mérito es el propio artífice, el insustituible artífice. Pero si la alabanza altera el orden de lo justo, convierte entonces la virtud en fantasma, arruina la noción del mérito y hunde en una deplorable confusión a la conciencia colectiva. Desvirtuando entonces el poder normativo del aplauso, se crea una falsa categoría para el merecimiento, se construye una fortaleza para que se guarezcan las iniquidades, y el error y el vicio se mancomunan para una inmerecida victoria del perverso.

Para que la alabanza ejercite su poder benéfico es indispensable la conjunción de los valores éticos: el del actor y el de su crítico, fundidos en un ideal

común de perfeccionamiento. El justo y el héroe pueden andar solos ya que su actuar será glorioso con o sin espectadores; pero si el juzgador de acciones humanas distribuye sin medidas los aplausos, éstos serán apenas ruido de palabras por falta de una realidad objetiva que sirva de soporte, que los motive y justifique. Cuando el varón probo interviene en la vida política y mucho más si tercia en las lides ardientes de los partidos, no hallará en sus empresas un peligro mayor que el del elogio desmedido o siquiera sin causa. Los partidos elogian o denigran siempre desde el vértice de sus complacencias, y a esta distribución irregular del premio y del castigo se debe la pérdida ocasional o definitiva de la sana conciencia del grupo.

El adversario vierte siempre con largueza de pródigo los frutos dorados de su cornucopia para premiar al enemigo que le ayuda en sus designios y fomenta sus planes: vale tanto la voz del oponente cuando celebra nuestros yerros! En cambio sólo contumelia recibe quien prefiere decidirse por su criterio propio y procede iluminado por una conciencia que no se dá a partido con la iniquidad y la farsa. El amigo y el encomista de ayer han puesto precio a su alabanza; si optamos por ellos, debemos cerrar los ojos ante la desvergüenza, temporizar con el delito, exaltar la mediocridad, callar como muertos ante la falsificación de los valores, y plegar con los afortunados que celebraron pacto con la perfidia y la hipocresía, para poder vivir siempre al amparo y calor de esa lumbre reconfortante. Si sus elogios de antes fueron interesados, de nada valdrán luego sus agravios, también interesados. El hombre de honor justiprecia ambas actitudes y si es fiel consigo, no se desviará un palmo del camino que eligiera como mejor.

El político es de ordinario como el jugador, muy fácil de contentar a condición que el viento favorable

le sonría. Si en la lid política no interviniesen sino los hombres de principios seguros, sería fecunda la resultante en la pugna de la contradicción; infortunadamente a la vida política acuden en inmensa mayoría quienes aspiran a encontrar en el fuego de la pasión, en el trampolín del arrojó, en el cultivo de las malas pasiones contra el adversario, todo aquello que la disciplina, el estudio y el mérito negaron a sus despreciadores, en el ejercicio de la vida normal. Por eso ascienden tantas nulidades: por eso la atrevida arrogancia se disfraza de dinamismo, y hasta la cobardía lisonjera y chismosa asume aires de austeridad intransigente. Qué hombre de valer; qué conciencia limpia, qué patriota de verdad llevarían al mercado de los imprudentes los frutos sazonados del huerto a alterar con la vergüenza de los productos averiados?

Desde cuándo y con qué credenciales alzaron cátedras de crítica quienes no han podido todavía acreditar su personería en los estrados de las sociedades cultas?

Que se complazcan sólo en ejercitar sobre una comarca sus habilidades de langosta migratoria, pelando hasta los enforvios, pero que no se den ínfulas de agrupación benéfica. Llegan, posan, pasan y no queda más huella de su tránsito que la devastación de los campos sembrados.

El elogio que de tales procede no puede modificar la actitud de quien sufra su destructor instinto. Su alabanza sólo puede afectar a quien posea la misma inanidad. Su censura valdrá tanto como quien la profiere, y cuando sólo se conoce a éstos jueces implacables por el admirable número de virtudes de que carecen, por sus capacidades negativas y por su fertilidad ventosa, es casi un placer vedado reir a mandíbula batiente de tamaños rectores de la sociedad y la política.

FIN DE AÑO (1940)

El año que concluye no será marcado fasto, con piedra blanca, por nuestros compatriotas; que año fue doloso, feo, atropellado e indeciso. En la vida política: agitación y desafueros. En lo económico: una pérvida bonanza que rémató en angustia, en perjuicio y en pánico. En lo internacional: incertidumbre por las luchas de Europa, de Asia y de Africa, que han asestado tremendo golpe a la Sociedad de Naciones y abierto negras perspectivas a los Estados débiles. En lo social: el corrosivo fermento de la lucha de clases, estimulada desde arriba y conducida abajo por una demagogia provocadora e inconsciente. Fruto de tan mala semilla, han sido los dos deplorables certámenes eleccionarios últimos con su indeleble marca de fraude escandaloso y de atentados sangrientos.

A la actividad comercial en ciertos sectores de nuestra economía, han sucedido a la postre la paralización, la caída de precios, la retracción del crédito y la zozobra, originadas por el incierto porvenir del café, complicadas con una política oficial que atiende solo a sus propósitos, con menosprecio del clamor que elevan dondequiera los verdaderos expertos de esa industria. En el momento actual nada puede augurarse de la eficacia y virtud de varias medidas oficiales de carácter económico, porque en esos campos la excelencia de un sistema, o siquiera de un ensayo, se mide por sus efectos que necesitan tiempo para adaptarse y continuidad en la prueba.

En lo social, no arroja el balance un saldo lisonjero. A contrapelo de la conciencia pública se forzó el paso a la ley sobre divorcio. La Compañía de Jesús fue despojada de su histórico claustro de San Bartolomé, ennoblecido por la virtud y por la ciencia; ba-luarte en el pasado, de nuestra nacionalidad, y factor

de alta cultura en los días que vivimos. Sin la Obra de los Padres Jesuítas en los ríos orientales y en toda la Hoya Amazónica, muy exigua sería hoy nuestra carta territorial. Su inmensa labor colonizadora en América y, para concretarla, en nuestro país, rebasa el límite de lo creíble porque parece exceder los de toda posibilidad. Por donde pasaron quedó la huella de su planta apostólica de una colosal medida. El sectarismo de un marqués que anuló la victoria final en menoscabo de la obra emancipadora que ellos en parte prepararon, devolvió a la avaricia de la maraña las setenta poblaciones que fundaron en lo que entonces era nuestro por bríos de su penetración suave y su dulce conquista a lo largo del Caquetá, del Putumayo y el Marañón, para no mencionar las fundaciones en los Llanos Orientales. Más grato, más justiciero, el Brasil ha escrito en caracteres de oro los nombres de los Padres Jesuítas que a título tan justo lo llevan, como genitores de Patrias. El docto Padre Anchieta simboliza para el Brasil lo más puro, lo más santo, lo más glorioso de su pasado colonial.

Contra las puertas de bronce de la invicta sociedad irrumpió el necio furor de los revaluadores. Ensayan ahora, en vano, su colmilluda ira frente al Concordato, y aun cuando se esfuerzan en simular ecuanimidad y tolerancia, bajo las togas consulares asoma muy a menudo el pie unguilado de Mefisto. La sorda y mañera propaganda anticristiana está madurando ya en frutos de muerte. De frontera a frontera, entre una paz simulada, repercute sin tregua un fuego graneado. A qué inquirir su origen: son los asesinos, los homicidas, los suicidas celebrando sobre la propia o la ajena cabeza las victorias de la revolución en marcha. Cuando la defensa social abre las cárceles, una torpe lenidad las vacía, mientras la impunidad las sella.

En las escuelas públicas no se practica el boxeo como deporte de defensa y salvaguardia de la persona, con ese criterio ético, que prescribe su técnica, sino

a campo abierto y para desahogo de la venganza y de la ira y como solaz de pedagogos, condiscípulos y transeúntes. Allí comienza el noviciado de la lucha de clases, que continuará bajo la dirección y patrocinio de profesores, de periodistas, del demagogo vociferante, del funcionario, del legislador, de los jefes supremos de los partidos de reforma.

La actual civilización que enorgullece al hombre; la que principió hace veinte siglos en una aldea de Oriente; la que ha podido crear los prodigiosos adelantos de la era moderna: la civilización auténtica, no la que ha sido nombrada con el apodo de "capitalista" que es la desviación del alto y humano sentido de la otra, fue fundada sobre el amor, esclarecido por la fe. En último análisis se revela su fondo; su método y su propósito, en la voluntad de sacrificio. Ciencia es abnegación; abnegación el comienzo y perfeccionamiento de las industrias y las artes; sacrificio, el esfuerzo por descubrir leyes libertadoras; sacrificio, la difusión y la enseñanza; amargura el abandono generoso en busca del ajeno bien; matices todos que se funden en uno: en el purpúreo dolor que no es sino el amor mismo mudado en el cariño que conduce a la verdad y a la liberación y a la ventura de nuestros semejantes. Quien dice amor, dice también fraternidad, cooperación y acuerdo. ¿Qué ofrece en cambio la lucha entre hermanos, mantenida como táctica social? Disgregación, debilidad, tirantez, agravios y venganza.

El año que se inicia no augura paz ni armonía para la familia colombiana. El Congreso Sindical, que el instinto de muchos ha presentado como peligroso a la tranquilidad social, preludia ya las tormentas del año político. Ojalá nos equivoquemos. La política socializante es delicada y exigente porque obra por modo directo sobre la economía colectiva, lo que presupone en los gestores de aquella una compleja preparación y una habilidad máxima al utilizar el factor tra-

bajo. La agitación de las masas, es tal vez el más peligroso y el menos activo y útil de los componentes que juegan en la organización colectiva.

Pendientes todavía los reclamos de vario carácter que han elevado en muchas partes asociaciones obreras, con atolondrada tendencia a apelar a las huelgas —útil recurso si se usa de él rectamente; sistema peligrosísimo cuando va contra la técnica industrial— puede afirmarse que la actividad colombiana seguirá resintiéndose en el orden psicológico y en el práctico. La función electoral para la renovación del mando supremo, se complicará sin duda con la agrupación sindicalista, lo que permite prever cambios insospechados en el rumbo político.

Al conjugar ahora los enumerados síntomas, no aparece muy halagüeño el pronóstico que declaran. Si nos empeñamos en aclimatar aquí los insolubles problemas de otros pueblos, lo alcanzaremos de seguro pero en perjuicio nuestro.

La prensa de oposición, y en primera fila "EL SIGLO", ha prevenido sin descanso contra tan graves errores. Torpemente juzgamos sin trascendencia el peligroso ensayo sin pensar que en la vida de relación de los Estados, tendrá él repercusiones de muy poderoso alcance. Una pesada cadena de hierro nos ata al acreedor que vigila, que anota, que comprende y que deduce. El capital es cauteloso como las aves de paso. Los imperialismos están saliendo de sus jaulas. Ojalá el año que empieza no traiga para Colombia otros nuevos azares.

UN CONCEPTO SOBRE LA GUERRA EUROPEA DE 1.939

“En síntesis podríamos aventurar que asistimos a la lucha entre lo heterogéneo y la unidad, entre lo artificial y acomodaticio y lo vital y permanente.

El Tratado de Versalles erigió monumento de aparente solidez que no ha resistido a la contradicción ni a la prueba del tiempo porque la mezcla que se usó en ellos era una mezcla pobre y que no fraguó a la larga por falta de cohesión atómica y por la divergente variedad de los materiales escogidos para las construcciones. Checoslovaquia es el caso típico de ese infructuoso ensayo.

En la época anterior a la gran guerra era ya Austria un quebradero de cabeza para el equilibrio de Europa y lo era aún más para la Casa Imperial que regía desde Viena. Aún antes de 1.814 corría la especie de que sólo el prestigio que acompañaba al emperador Francisco José mantenía a más no poder la aparente unidad de sus dominios. Austria era desde el punto de vista etnográfico una verdadera colcha de retazos formada de los más opuestos y escandalosos jirones de pueblos unidos, sin soldarse, a golpes de conquista.

Los Aliados perpetuaron esta anomalía en algunas de sus creaciones, persuadidos de que la atmósfera de prestigio que acompañó su triunfo podría eliminar con el tiempo esas divergencias integrales.

En materia de razas, Europa es un naípe barajado y la constitución racial de algunos de sus estados, una curiosa obra de marquetería. De Austria heredaron sus causahabientes la característica racial. Y lo propio puede decirse de los otros Estados a que dieron origen varias segregaciones como los Estados Bálticos, Hungría y el Reino de los Servios, cráatas y es-

lovenos. Concretándonos a Checoslovaquia, su constitución original guardaba un gran problema: con los checoslovacos propiamente dichos que forman el núcleo principal de la población pues son nueve millones conviven varias minorías: la alemana, con más de tres millones y los tres restantes de los quince con que cuenta esa república, se distribuyen entre húngaros, rutenos, polacos etc.

Cada una de éstas minorías, inconformes, irritadas, rebeldes, exigentes, sin vinculaciones recíprocas, antes bien enemigas seculares por raza o religión, no encontraron en las fórmulas de convivencia que creó el Pacto versallesco el logro de sus aspiraciones, más o menos cohibidas por el interés integralista de Praga.

Queda para el mundo esta enseñanza: que lo que se crea fuera de la equidad, no perdura y que las construcciones políticas artificiosas desaparecen en el choque con las realidades vitales”.

PAJAROS BOBOS

No hay población sobre el planeta que no tenga un bobo, y feliz de aquella que guarde uno solamente. Los hay de muchos géneros y en matices de estupenda variedad: bobos callados, bobos garladores, bobos apacibles, bobos agresivos, bobos analfabetos y otros que aparentan no serlo, y hasta bobos sin ínfulas de tales. Si en el físico son reconocibles, lo son también por sus decires y conducta, aunque un poquitín más difíciles de clasificar que los otros: ¡tantas son sus variedades!

El bobo esencial, el pintoresco bobo, la víctima propiciatoria de una imprudente consanguinidad o de insuficiencia endocrina, es el más feliz de los mortales. A paso militar y asentando muy recio los enormes zapatos, regalo de algún gigantón que quería bromear, gallea el bobo con envidiable euforia por plazas y por calles. Sumido en su dicha sin par, ríe a todos satisfecho, con estrépito y malicia, balanceando la enorme calabaza craneana en sus piernas menudas de patizambo. Y ríe, ríe a más y mejor con inmotivada jovialidad, gagueando a voces trucas y palabras inacibles. Solo rompe su actitud de delicia el maligno gamín que andando de puntillas le sopla por la espalda el irritante apodo o le hace cosquilleante mamola. La reacción es inmediata a piedra y palo.

Pero existen además muchos tontos de otra laya sin que ostenten inconfundibles signos exteriores. Aunque no carguen bocio como sus otros congéneres, creen llevar el mapamundi sobre su garganta de gansos, pues un solo hemisferio les parecería chico. De muy variable genio, se exaltan sin razón aparente, ya bajo el signo de la cólera que los hace impulsivos, ya en derroches de efusión que les procura adeptos. Mas

que en el mundo social, triunfan en el de la política, feria de los indiscretos que a nadie exige credencial, porque allí quien más bravuconea más galones cobra y a quien más grita, más razón se concede y ganará palmas quien menos habilidad aporte, porque se vive de viento, en un inflar y desinflar perenne, entre el divertido tiroteo de las nulidades que estallan por incapacidad de expandirse con todo el aire que les insuflan camaradas y cómitres.

Y lo peor de todo es que los tontos se buscan, se reconocen y pactan y se apandillan, y como son numerosos, meten bulla, y si consiguen mando, viven del esponjarse adueñados del corral que hallan estrecho a su vacuidad congestionada. Y no sería esto lo peor si no fuesen además contagiosos. Por miedo, por zorrería, por interés, los acatan y ayudan gentes serias y hasta honorables.

Bastaría acercarse a aquel muestrario de balones hidrogenados para dar cuenta de todos propinándoles sendos alfilerazos, pero quién logra arrimar cuando el hierro guarda su puerta, y el afilado y noble acero vive en barraganía con esas bombas henchidas a veces de un espíritu gaseoso que a menudo se reconoce por su nombre de pila: C₂ H₆ O?

Metidos a lo que no pueden, doctores en lo que ignoran, hábiles para el escamoteo, cubren como una plaga succionante el desamparado cuerpo de una ciudad o de un país, vendados de ignorancia, empenachados de soberbia vacía, engreídos de victorias sin peligros para un escamoso ascender de reptantes. Topos son perforadores —entre la sombra— de complicadas galerías subterráneas en que las sendas tortuosas de las aspiraciones se cruzan o se juntan, se alejan y vuelven a reunirse, en un socavar sordo y constante que prepara dentro del subsuelo la futura tarea devastadora sobre la superficie. De la eficacia de aquel vivir solo darán testimonio el destrozo visible y los aullidos de los insomnes destructores.

Decid que el peculado es delito vulgar de un régimen que publica oficialmente a diario requisitorias contra alzados y estafadores, y entrará en efervescencia la topera. Afirmad que no corre papel público sin registrar día a día una lista interminable de homicidios, asesinatos, suicidios, asaltos y sacrilegios, y protestarán los encolerizados bobos en un confuso clamoreo. Hipnotizados por el brillo ofuscante del poder, no logran sentir la realidad que espina ni duelen sobre su panza dilatada y elástica las pedradas de la evidencia. Su problema vital es el de la ductilidad para poder jurar lo que no creen, defender el absurdo para no perder prestigio ante la bobería, apedrear bronces y sentirse el soporte incommovible de una democracia perfecta. ¿Qué fue del sentido común de la ciudadanía? ¿Qué se hizo la arrogancia con que los mudos de hoy combatieron la libertad y el orden de ayer, cuando vivía la República de Colombia

Solo se escucha el ruido de máquinas de escribir de los atareados en su mística ratonera.

¡Viva el bobo de Coria!

¡Viva la casa de los bobos!

CORTOS JUICIOS DEL MAESTRO VALENCIA SOBRE POETAS COLOMBIANOS

Ismael Enrique Arciniegas

Con muy honda y dolorida emoción recibimos el fatal mensaje: "se fue Arciniegas". Cuando Bucaramanga su capital amada disponía la fiesta jubilar para cubrir de lauros de oro la frente venerable del cantor, la celosa intrusa que nos espía se apresuró a ceñir la gélida guirnalda de adormideras y asfodelos. La corona ha sido fatídica para algunos poetas: Voltaire se rindió a la emoción horas después de la apoteosis y así lo expresó en el glorioso instante; y nuestro Pombo no supo resistir la presión exhaustiva del laurel. Y es que no pueden sobreponerse las coronas: para llevar el gajo consagratorio hay que arrancar primero el espinoso cingulo de puntas cruentas que hace fluír en púrpura de rubíes y adamantina luz la sangre del unguido; y ese desgarramiento es siempre cruel en demasía.

Se fue el poeta! después de dejar un mundo de armonías y colores girando en la órbita que él le diera; tras de haber incorporado en el alma colectiva la grata melodía que brotó del propio corazón.

La obra de Arciniegas es copiosa y selecta y perdurará con la belleza de muchos de sus cantos y por la perfección con que siempre buriló como artífice.

Hay paréntesis en la existencia del poeta que esquivan nuestro recuerdo pero no hacen falta ni disminuyen este cordial tributo de admiración y de afecto que fueron siempre hondos. Nuestro primer poema apareció bajo su patrocinio y toda publicación nueva del vate fue un verdadero regocijo a nuestra mente. Además, como hombre tenía eximias prendas: era bueno, ingenuo, simpático, de corazón muy limpio, sin envidia; gloriosa escultura de si mismo.

Su obra numerosa y pulida no es para juzgarla en líneas de periódico sino en estudio completo, aquilatado y analítico. El pesar de la república concentra sintéticamente y exprime sin palabras la calidad del hombre y del artista que ha perdido. Unimos nuestra voz adolorida a la de la Patria; a la del continente y a la de la raza por la ausencia del vate que se alejó cantando, pero cuyas endechas como los de una suave serenata, siguen llegando a nuestro oído a través de la noche rutilante de luceros.

Porfirio Barba Jacob

Porfirio Barba Jacob es un buen poeta, pero en manera alguna un maestro. Su famosa **Canción de la vida profunda** no me parece profunda ni poesía esencial; no da una visión trascendente de la vida. Apreciando el conjunto de su obra, la juzgo inspirada, inteligible —cosa rara en estos tiempos— y variada.

Es un poeta que muestra una intensa vida interior, aunque, no pueda considerarse como un maestro. De antioqueño tiene muy poco.

Eduardo Castillo

La desaparición del poeta Eduardo Castillo no se presenta a mi espíritu sólo como la pérdida de un gran artista, sino como la extinción de un noble amigo, de un camarada y de un hermano. Ligado a él también por vínculos de sangre (como que su abuelo cubano, el Coronel Francisco Castillo, fue hermano del mío, Coronel Bartolomé Castillo), le conocí hacia 1905 y me acompañó catorce años como secretario privado, con una abnegación, con un cariño, cuyo recuerdo persistente enardece hoy mi pena. Por unos años supo guardarse conmigo el secreto de su irresistible vocación literaria, pues aunque se interesaba sobremanera por la literatura y devoraba libros, jamás logré me mostrarse sus primeros ensayos. A la infidencia de un su amigo debí la primicia de sus versos.

Fuera de las horas parlamentarias, el resto de mi vida bogotana lo pasábamos juntos trabajando o hablando de arte.

En alguna ocasión me acompañó por las tierras del Cauca e hizo conmigo existencia de ranchero; caminó a pie a través de las selvas, asistió a los rodeos, cazó semanas enteras sobre las faldas del Puracé. La grave enfermedad de don Alejandro Castillo, su padre, lo alejó de mi lado.

A partir de 1918 súpelo ya dedicado del todo a las letras, como asiduo colaborador de periódicos y revistas. Tenía formado ya su estilo en el asiduo estudio de las literaturas modernas; dominaba algunas lenguas vivas y asistía diariamente al cenáculo de periodistas y poetas donde era acatado por su erudición pasmosa, su exquisito gusto y sus admirables poesías. Era ya el literato esencial que sólo puede vivir pensando en su arte y realizándolo. Varias revistas de la capital recibieron muchos años su esmerada y atrayente colaboración que buscábamos todos por lo interesante y espléndida. Puedo decir que durante mis largas ausencias de Bogotá estuve siempre, a través de sus páginas en una deliciosa comunicación con Eduardo Castillo. Durante mi última estada en la capital, cuando el conflicto de Leticia, le ví muy pocas veces porque su salud quebrantada no le consentía la libertad de antaño. Me fue hasta difícil ubicarlo algunas ocasiones; pero su ánimo para conmigo no había variado; siempre efusivo, siempre afable y en su perfecta madurez intelectual.

Una de las más atrayentes cualidades de Castillo era la bondad ingenua, la frescura infantil en contraste con su poderosa personalidad intelectual. Tenía un pudor de alma que velaba sus amargas y un gesto de vivaz sorpresa ante todas las situaciones con que lograba cautivarnos y hasta contagiarnos de su franca alegría.

No conozco una sola página de Castillo que no se distinga por lo pulcra y refinada. Su extrema sensibilidad, casi morbosa, tal vez fue factor determinante de la sutileza de matices en su creación artística. La vida interna de Castillo ha debido ser, en los últimos años, afiebrada, analítica y sutil en su agudeza como la de Marcel Proust. En cuanto a su manera habitual de vivir, fue siempre un romántico. Fue el último bohemio de círculo de Murger que alcanzara hasta nuestros días. Castillo amó a Bogotá con delirio, con amor profundo y reverencial. Con él ha perdido la ciudad uno de sus valores excelsos.

El inolvidable nombre de Eduardo Castillo recogerá, mientras yo viva, el más sentido, el más sincero, el más férvido tributo de mi admiración y mi cariño.

Julio Flórez

Flórez es para mí un gran poeta popular, de inspiración innegable. Tenía el verso como el pájaro el canto en el pico. Su musa era espontánea, fácil, estupenda. Esa misma espontaneidad que él no contuvo nunca, hace que su tono decaiga en veces, pero en conjunto conserva su grandiosidad. Creo que en el siglo XIX fue el intérprete auténtico del sentimiento popular general. Ello explica su inmenso prestigio, que no podrá extinguirse.

Laureano Gómez

Formidable este Laureano Gómez cuál una racha huracanada, firme, impasible, sonoro como un yunque, propio para forjar los más finos montantes, las mejores corazas, las más audaces quillas; el hombre tempestad a quien solo se puede amar u odiar, que deslumbra y hiere como relámpago y con el trueno de su voz hincha, colma y sacude las sordas oquedades del pecado y del abismo.

INDICE

| | |
|---------------|-----|
| Prólogo | III |
|---------------|-----|

PRIMERA PARTE

| | Pág. |
|---|------|
| Biografía de Guillermo Valencia | 1 |
| Prestigio literario de Valencia | 5 |
| Una anécdota de Caro | 6 |
| 1.918. Enfrentado a Suárez | 11 |
| Debate presidencial 1.929 | 13 |
| El maestro Valencia delegado a Río de Janeiro 1.932 | 15 |
| La crisis eleccionaria de 1.930 | 19 |
| El maestro Valencia declinó dos grandes homenajes | 21 |
| Ultimo discurso del maestro Valencia | 25 |
| Muerte de Valencia | 27 |
| Valencia poeta | 31 |
| Traducciones | 39 |
| Don Matusalén Anarkos | 47 |
| Katay | 49 |
| La obra poética de Valencia | 50 |
| Originalidad de Valencia | 54 |
| Frialdad de Valencia | 55 |
| La obra de madurez de Valencia | 56 |
| Decadencia de la poesía | 67 |
| Escritor en prosa | 70 |
| Orador y recitador | 73 |
| Anecdotario de Guillermo Valencia | 75 |
| Susceptibilidades | 77 |
| Poesía Moderna | 83 |
| Valencia pensaba publicar sus obras completas | 91 |

SEGUNDA PARTE

Panegíricos de Guillermo Valencia

| | |
|-------------------------------|-----|
| Miguel Antonio Caro | 97 |
| Uribe Uribe | 107 |
| En la Quinta de Bolívar | 120 |

TERCERA PARTE

Páginas Históricas de Guillermo Valencia

| | |
|--|-----|
| El Dr. Carlos E. Restrepo | 129 |
| Sincera ofrenda a Pedro Nel Ospina | 133 |
| Arboleda y Casabianca | 137 |
| Juicios sobre el Libertador | 141 |
| La piadosa amistad con Víctor M. Londoño y Cornelio Hispano | 142 |
| El último escrito de Valencia | 145 |

CUARTA PARTE

Páginas Políticas

| | |
|--|-----|
| Con la diosa razón | 159 |
| Ultima vitamina | 162 |
| Tomando altura | 165 |
| Fuego a pie firme | 168 |
| Ojo de Argos | 170 |
| Unión del partido | 173 |
| Democracia y Dictadura | 175 |
| El valor del aplauso | 179 |
| Fin de año (1.940) | 182 |
| Un concepto sobre la guerra europea de 1.939.. | 186 |
| Pájaros bobos | 188 |
| Ismael Enrique Arciniegas | 191 |
| Porfirio Barba Jacob | 192 |
| Eduardo Castillo | 192 |
| Julio Flórez | 194 |
| Laureano Gómez | 194 |